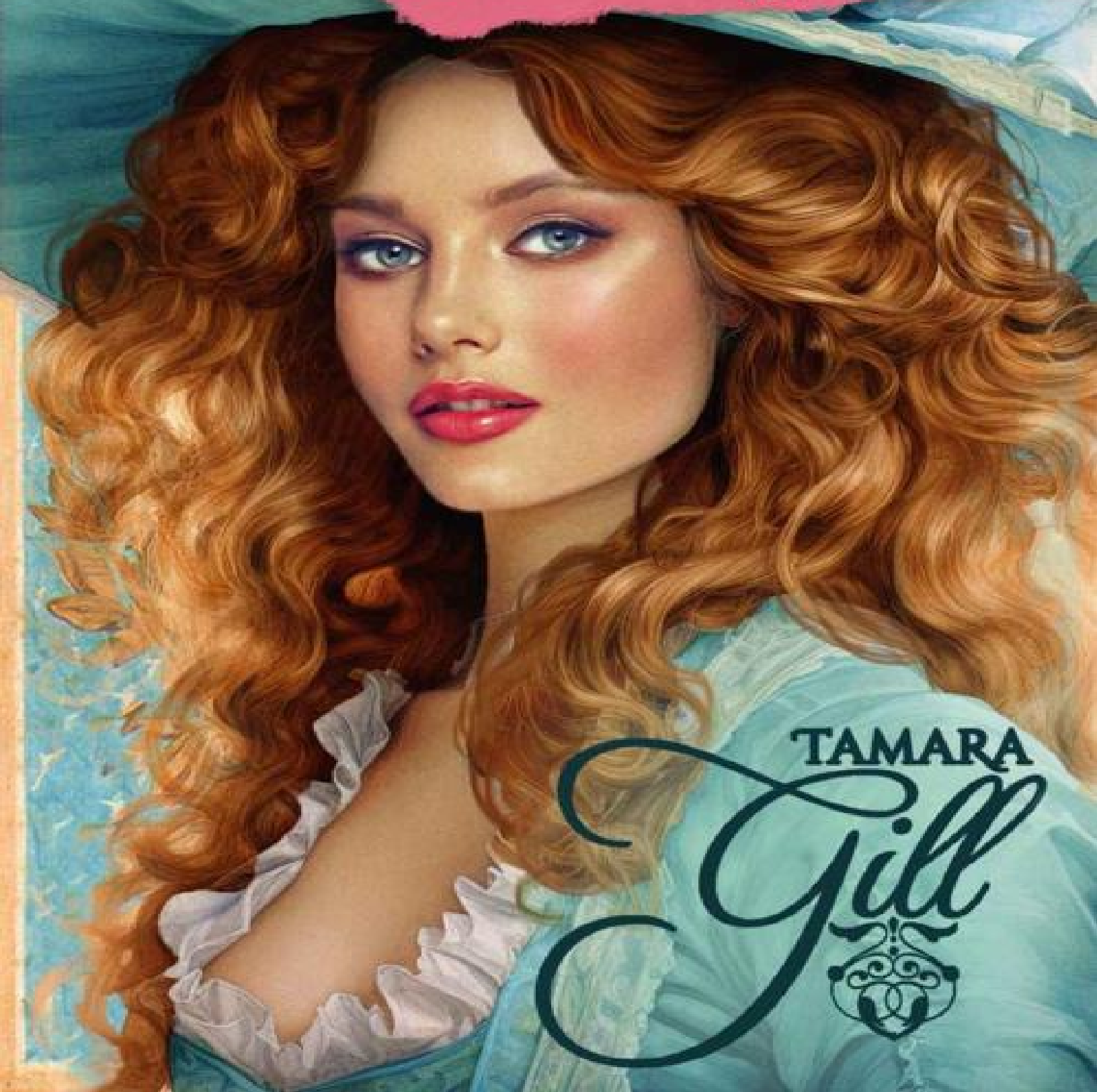


UNA NOCHE EN LONDRES

LA SOCIEDAD 1777



TAMARA
Gill



UNA NOCHE EN LONDRES

LA SOCIEDAD 1777

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Capítulo Veintiséis](#)
[Capítulo Veintisiete](#)
[Capítulo Veintiocho](#)
[Capítulo Veintinueve](#)
[Capítulo Treinta](#)
[Capítulo Treinta y uno](#)
[Capítulo Treinta y Dos](#)
[Capítulo Treinta y Tres](#)
[Epílogo](#)

[Otras Obras de Tamara Gill](#)
[Acerca de la autora](#)

CRÉDITOS

Una Noche en Londres
La Sociedad 1777, Libro 1
Copyright 2024 por Tamara Gill
Portada Wicked Smart Designs
Todos los derechos reservados

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del escritor o se han utilizado de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos reales, lugares u organizaciones es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o introducida en una base de datos y sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de otro tipo) sin el previo permiso por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como de los editores anteriores.

SINOPSIS

Un beso enciende su pasión, pero ¿podrá el amor sanar las heridas del pasado antes de que sea demasiado tarde?

Tras perder a su familia en un devastador accidente, Beckett, Lord Tyndall, busca refugio con la familia de su mejor amigo, incluida Lady Genevieve, la hermana menor de espíritu vivaz cuyo cabello pelirrojo refleja su amor no expresado por él. Pero su afecto juvenil es recibido con burlas y desdén, convirtiendo su estrecho vínculo de antaño en una enemistad persistente que dura años.

Como marido y mujer, su innegable pasión revela un vínculo más profundo, pero Beckett, atormentado por el pasado, aleja a Genevieve para protegerse de más angustia. Frustrada por su distancia emocional, Genevieve se adentra sola en la sociedad, con la esperanza de mostrarle lo que arriesga perder.

¿Podrá Beckett vencer sus miedos y abrazar el amor que ha negado durante tanto tiempo, o su pasado dictará su futuro para siempre?

CAPÍTULO UNO

1777, Londres

LADY GENEVIEVE SABÍA que no debía escaparse de la casa de su padre en Londres en medio de la noche. Sin embargo, una amiga en apuros era más importante que la reputación y los castigos que su padre seguramente impondría si alguna vez descubría sus escapadas. Su madre probablemente tendría un ataque de vapores y le pediría a su sufrida dama de compañía las sales aromáticas o su poción calmante preferida de láudano.

Genevieve, como la llamaban cariñosamente sus amigos, utilizó las puertas del salón de baile que daban a una gran terraza con vistas a sus extensos jardines en el corazón de Mayfair y caminó de puntillas hasta el lateral de la casa, donde corrió hacia una puerta oculta entre una pared de hiedra. Su voluminoso vestido dificultaba su paso por la hiedra. Se enganchó una parte del vestido en la puerta y se tragó una maldición. Por qué las mujeres tenían que llevar una cantidad tan absurda de tela era un misterio que nunca entendería.

Unas risas masculinas y el sonido de un cristal rompiéndose la hicieron detenerse en seco, y esperó entre la hiedra. Se oyeron pasos en el camino de guijarros más allá, y luego la inconfundible voz de su hermano, arrastrando las palabras en protesta por haber sido enviado a casa por su mejor amigo en el mundo, Beckett Green, Lord Tyndall, un hombre fastidioso, burlón y entrometido a quien ella siempre había adorado en secreto hasta que la llamó zanahoria y su enamoramiento llegó a un abrupto final.

Cómo se atrevía cualquier caballero, si es que podía llamarse así, a referirse a una dama de esa manera. Tenía el pelo rojo, sí, y ahora, gracias a él, se esforzaba mucho por ocultarlo de la sociedad siempre que fuera posible. Nadie lo sabría jamás.

Tampoco dejaría que Lord Tyndall supiera nunca de su enamoramiento infantil. Su cabeza no necesitaba hacerse más grande de lo que ya era. Sin mencionar que no quería que varias viudas que deambulaban por los salones de baile del *ton* vinieran a por ella con horcas. No es que realmente fueran a perseguirla con tales armas, pero Lord Tyndall era un caballero muy codiciado. Era noble, guapo y rico. El sueño de toda madre casamentera, incluso de la suya propia.

Pero Lord Tyndall nunca la miraría románticamente. A menudo había dicho a lo largo de los años que era demasiado molesta y empalagosa, y que debía irse a otra parte y dejarlos a él y a Martin solos con sus asuntos de hombres.

No es que ella pensara que él tuviera muchos asuntos de hombres a los dieciséis años, pero habían pasado diez años desde entonces y él seguía mirándola como si llevara coletas y fuera la pequeña pulga molesta que los seguía a todas partes, suplicando que la incluyeran en sus juegos.

Pero ya no necesitaba ser incluida. Tenía dos amigas, las mejores amigas del mundo, que eran las únicas que necesitaría. Su hermano podía hacer lo que quisiera estos días, y sería mejor si se mantuviera fuera de su camino, pues ella tenía un marido que atrapar.

El nuevo miembro de Londres. Un caballero del extranjero, de América, para ser exactos. Era guapo, rico y lo opuesto a aquellos con los que había tenido que bailar estos últimos tres años. Pero estaba decidida a no soportar una cuarta temporada, de ahí que se estuviera escapando con sus amigas al baile de Lady Russel, donde seguramente estaría el Sr. Roger Venzellons, y donde podría continuar su persecución.

Se rumoreaba que no disfrutaba nada más que los bailes de Lady Russel, y por eso era allí donde ella y sus amigas iban, aunque sus padres se lo prohibieran y pensarán que estaba en la cama. Lo que ellos no supieran seguramente no les haría daño. Y los bailes de Lady Russel tendían a ser más del demimonde que de la alta sociedad...

Genevieve se echó hacia atrás entre la hiedra justo cuando el molesto Lord Tyndall decidió que la puerta lateral era por donde iba a hacer pasar a su hermano. A menos que se lanzara a los rosales cercanos, poco podía hacer más que ser atrapada y vista.

Paseó por el jardín, inclinándose para oler una de las rosas justo cuando su hermano y Lord Tyndall tropezaron por la puerta.

—Genevieve, ¿eres tú, hermana? —Su hermano hipó y se rió, y Genevieve luchó por no poner los ojos en blanco—. O estoy más borracho de lo que pensaba, o mi hermana está haciendo jardinería a medianoche.

—No estás alucinando, Martin. Tu hermana está, en efecto, en el jardín. —El timbre profundo y molesto de la voz de Lord Tyndall hizo que a Genevieve se le erizaran los pelos de la nuca, y levantó la barbilla, ya no dispuesta a ser reprendida por un hombre que estaba por debajo de ella. Después de todo, ella era la hija de un duque, y él no era más que un conde. ¿Cómo se atrevía a insinuar que su presencia en el jardín era algo más que disfrutar de las rosas a medianoche? Muchas damas lo hacían, estaba segura, y ciertamente se aferraría a esa historia y no dejaría que su señoría cuestionara su paradero. No le debía nada.

—¿Acaso no se me permite estar en mi propio jardín, Lord Tyndall? ¿Quién es usted para decir algo al respecto? —dijo, dándole la espalda e inspeccionando otra rosa cuyo color, a esta hora de la noche, no podía discernir.

—Ve en esa dirección, Martin, y encontrarás las puertas del salón de baile en la terraza. Encuentra tu habitación y duerme para que se te pase el whisky —dijo Lord Tyndall, dando a su

hermano un amistoso empujón en dirección a la terraza. Afortunadamente, su hermano hizo lo que se le pidió y se tambaleó hasta que las puertas de la terraza se cerraron de golpe, y su hermano estuvo al menos a salvo por una noche más.

Si Genevieve pensaba que su interacción con el conde había terminado, estaba muy equivocada. Un suspiro de fastidio sonó detrás de ella. Se giró hacia él, con las manos en las caderas, y lo fulminó con la mirada, aunque sabía que su rostro estaba en sombras debido a que la luna estaba detrás de ella. —¿Por qué, si me permite preguntar, sigue usted aquí, Lord Tyndall? ¿No debería marcharse ahora que ha regañado a mi hermano como si fuera un niño travieso? —Genevieve no pudo evitar hablarle a su señoría con un tono mordaz. El hombre era exasperante, y ella nunca había superado del todo el hecho de que, a la tierna edad de quince años, se había lanzado a sus brazos en un arrebato de expectación y esperanza, y había sido cruelmente rechazada.

Lord Tyndall la había mantenido a raya con la mano en su frente y se había reído excesivamente en su cara. Ella nunca había superado del todo la vergüenza, y él lo sabía perfectamente. Ya no podía recordar por qué había pensado que él estaba abierto a sus avances. Tal vez le había sonreído durante la cena esa noche o había escuchado su interpretación al piano con entusiasmo. Estaban disfrutando de unas encantadoras vacaciones en la finca ducal de sus padres en Kent, y Lord Tyndall estaba allí. Como siempre, siempre estaba allí, nunca en ningún otro lugar. Qué lástima. Especialmente aquella vez en la que se había hecho quedar como una tonta...

Y aquí estaba de nuevo, en su jardín, reprendiéndola. —Una pregunta más pertinente sería por qué estás merodeando por los jardines pasada la medianoche. Sé por tu hermano que tus padres se quedaban en casa contigo esta noche, lo que significa que tú también. Entonces, ¿te importaría explicarme por qué estás fuera oliendo las rosas literalmente?

Ella entrecerró los ojos, odiando que incluso mientras Lord Tyndall insinuaba una situación que no era asunto suyo, fuera cierta o no, seguía siendo uno de los hombres más apuestos de Londres, con su cabello a la altura de los hombros que siempre parecía perfectamente peinado. Los suaves rizos parecían asentarse perfectamente en su cabeza idealmente proporcionada y hacían que muchas damas, incluida ella misma, lo miraran de reojo de vez en cuando. No es que ella fuera a admitir jamás que lo miraba de reojo. Su infatuación había llegado y definitivamente se había ido.

Mayormente.

—Quería dar un paseo, si es que debe saberlo. ¿Va a mandarme a mi habitación como a una niña traviesa también?

Él la observó, silencioso y pensativo. Algo en su mirada oscura hizo que se le encogiera el estómago. Tragó saliva y consideró que tal vez él realmente la azotaría como a una niña y la mandaría de vuelta, y la idea no carecía de mérito o intriga. ¿Le gustaría?

Genevieve sacudió la cabeza y alejó ese pensamiento absurdo de su mente y recordó su

fastidio con su señoría.

—No, por supuesto que no, pero no me iré hasta que estés de vuelta adentro y a salvo. Discutiremos tus andanzas nocturnas en otro momento, pero ahora, no me moveré hasta que estés en el interior, donde debes estar.

Genevieve sabía que no tenía sentido discutir con él. Era tan mandón como su hermano y igual de autoritario, y ella necesitaba escabullirse de nuevo, quizás no esta noche, pero otra y pronto, y no necesitaba que él estuviera merodeando para asegurarse de que no lo hiciera. Genevieve giró sobre sus talones y se dirigió de vuelta hacia la terraza.

—Buenas noches, Lady Genevieve —dijo su profundo barítono desde atrás.

Un escalofrío le recorrió la espalda, y luchó por no reaccionar físicamente a su voz.

—Buenas noches, Lord Tyndall —respondió ella en un tono mucho más duro y cortante del que sus amigas estarían orgullosas, si lo hubieran escuchado.

CAPÍTULO DOS

MÁS TARDE ESA NOCHE, Beckett estaba sentado en un sillón de cuero en White's, bebiendo distraídamente su brandy y mirando hacia St James Street. Golpeaba con un dedo el vaso de cristal, pensando en Lady Genevieve y adónde podría haber ido esa noche cuando sus caminos se cruzaron. Una verdadera casualidad, de hecho, ya que ella obviamente se estaba escabullendo a algún lugar en plena noche, pero la pregunta era ¿adónde y con quién?

¿Estaban sus padres al tanto de sus actividades nocturnas? Una mujer como ella, una heredera con rostro de ángel —por mucho que actuara de manera opuesta con ese cabello rojo ardiente— no debería estar caminando por las calles de Mayfair a esa hora de la noche. Estaba buscando problemas, y él nunca se perdonaría si algo le sucediera, no ahora que era consciente de lo que ella tramaba.

Tendría que hablar con Martin sobre sus sospechas y hacer que transmitiera la información a sus padres para mantenerla a salvo.

Beckett tomó otro sorbo de brandy, y la suave textura de la bebida le sentó bien después de una noche de juerga con su mejor y más antiguo amigo, Martin. No podía recordar un verano o una temporada londinense que no involucrara a la familia del Duque de Curzon. Su familia también, a decir verdad. La única que conocía y amaba. Lady Genevieve era la excepción. La arpía era una espina en su costado desde hacía quince años. Desde que ella se le lanzó aquel lejano verano, su relación nunca había vuelto a ser la misma.

Y podía entender por qué. Ella se había avergonzado, y él se había reído de su inmadura infatuación con él.

Pero ahora... Bueno, ahora ella era una mujer disfrutando de su tercera temporada en Londres. Una mujer hermosa y voluptuosa a quien muchos hombres habían querido desposar. Y varios, de hecho, le habían propuesto matrimonio a Genevieve, y aun así ella los rechazó a todos. Había levantado esa bonita naricita y dicho cortésmente, *No quiero* en lugar de *Sí, quiero*. No es que Beckett pudiera culparla. Su corazón romántico anhelaba el amor, y si le prestara un poco más de atención a algunos de los caballeros, tal vez podría encontrar esa esquivada emoción surgiendo entre ella y otro, pero no lo hacía. Estaba demasiado ocupada con sus amigas, Lady Charlotte y Lady Matilda. Tres mujeres elegibles que parecían decididas a permanecer solteras

para siempre.

Pero entonces, quizás no.

¿Adónde iba Genevieve esta noche con uno de sus mejores vestidos? No es que Beckett prestara mucha atención a lo que ella vestía, pero estaba tramando algo, y él estaba decidido a descubrir qué era antes de que se metiera en problemas.

Se oyó un alboroto cerca de la entrada de la sala, y Beckett se volvió. El señor Roger Venzellons entró pavoneándose con su alegre grupo de compatriotas americanos. El hombre hacía que a Beckett le temblara el ojo y siguió su progreso a través de la sala hasta el bar, donde se detuvieron y pidieron un número obsceno de bebidas al lacayo.

El sillón de cuero frente a él crujió cuando Lord Wolfson se unió a él, mirando hacia el bar. Beckett bebió un sorbo de su brandy y volvió su atención a su compañía actual, que era muy superior a Roger Venzellons.

—He oído que el señor Venzellons busca una novia inglesa adinerada para llevársela a Nueva York —comentó Wolfson—. Ha construido una gran mansión en Manhattan y necesita más enseres para decorarla. ¿Crees que tiene a alguien en mente? —concluyó Wolfson, encendiendo un puro.

—Supuse que cuando él y su séquito llegaron al principio de la temporada, buscaban novias. Aún no he percibido ningún gran interés en las debutantes de la temporada. Solo las damas casadas e insatisfechas están ocupando su tiempo, pero ¿qué sé yo? No estoy en su círculo de amigos, así que estaré encantado de que me demuestren que estoy equivocado.

—Ah, bueno, no te equivocas. Estuve en el baile de Lady Russel esta noche, y él estaba allí, pero su interés puede recaer en una dirección que podría sorprenderte.

Beckett estudió a Wolfson, quien claramente dudaba en contarle este dato de información. —Bueno, ¿no vas a revelar lo que has averiguado?

—Puedo contártelo todo, pero debes prometerme que no reaccionarás. De ninguna manera. Toma la información que voy a darte y mantén la calma. ¿Me lo prometes?

Beckett entrecerró los ojos, y Wolfson mantuvo una expresión neutral. Una sensación de hundimiento se instaló en su estómago, anticipando que no le gustaría lo que iba a oír.

—Muy bien, prometo no reaccionar ante esta noticia. Ahora, adelante y cuéntamelo. —Su paciencia se agotaba, y rechinó los dientes, nunca habiendo tenido mucha paciencia.

—Sorprendentemente, en el baile de los Russel, Lady Charlotte y Lady Matilda estaban allí, pero no Lady Genevieve, lo cual me pareció extraño, considerando que las tres rara vez hacen algo solas. Son como un círculo de amigas tan sólido como una rueda. Pero Lady Genevieve no estaba allí, y así fue como me topé con otro dato de información que podría interesarte.

Beckett se aclaró la garganta. La mención de Genevieve en esta conversación no era lo que él había pensado que su discurso conduciría, y sin embargo, la inquietante punzada que retorció sus entrañas lo dejó al borde.

¿Estaba Genevieve en algún tipo de peligro? ¿Estaba en problemas? ¿Qué había estado

tramando esa chica fastidiosa que su familia no sabía?

—Continúa —dijo él.

—Estaba yo de pie a un lado del salón de baile, conversando con varios amigos sobre asuntos de poca importancia, cuando escuché a Lady Charlotte y Lady Matilda hablar de su decepción porque Lady Genevieve no pudiera asistir y no hubiera llegado como habían acordado. Sin embargo, cuando busqué a la familia de Lady Genevieve, no estaban presentes, lo cual me pareció extraño. Hasta que... —Wolfson hizo una pausa—. Lady Matilda mencionó otro baile que tendría lugar mañana por la noche, al cual Lady Genevieve estaba decidida a escabullirse para encontrarse con ellas como habían acordado.

La tonta desvergonzada.

¿Era eso lo que había sorprendido a Genevieve haciendo en el jardín más temprano? Ciertamente explicaría su interés por las rosas a medianoche. Asistir al baile de Lady Russel era una insensatez. Pero ¿por qué el deseo de asistir en primer lugar? El baile pondría en riesgo su reputación si algún miembro de la alta sociedad se enterara. ¿Sería la asistencia del Sr. Venzellons la razón?

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó Beckett, preguntándose si realmente quería la respuesta.

—Bueno, sí. Más tarde esa noche, escuché al Sr. Venzellons decir que estaba decepcionado porque la hermosa heredera Lady Genevieve no estuviera presente. Que había esperado con ansias continuar su cortejo con ella. —Wolfson inclinó la cabeza en dirección a los estadounidenses.

Los vellos de la nuca de Beckett se erizaron. —¿Qué más dijo ese bribón? —preguntó, tomando un respiro para calmarse.

—Prometiste mantener la calma. No causar una escena, Tyndall —le recordó Wolfson.

Beckett se frotó la mandíbula, asintiendo. —Por supuesto que no lo haré. Como tu amigo y como caballero, no reaccionaré abiertamente. Ahora dímelo.

Wolfson suspiró. —Al parecer, el Sr. Venzellons ve a Lady Genevieve como su rosa inglesa y futura esposa a quien llevará de vuelta a Nueva York para exhibirla como un trofeo. Declaró que esperaba con ansias montar a la bella doncella y domarla, solo para luego, después de declarar tal propósito, desaparecer del baile con la viuda Russel y no regresar hasta una hora o más tarde, mucho más desaliñado que cuando se fue.

Beckett apretó los puños y dejó su copa de cristal antes de romperla. Eso explicaría a dónde se estaba escabullendo Genevieve, y él había detenido su insensatez. ¿Acaso le gustaba siquiera ese petimetre estirado? Beckett miró al estadounidense, estudiándolo por un momento, y no pudo ver el atractivo, aparte de su riqueza, supuestamente...

—Estás molesto. Puedo ver el músculo de tu sien palpitando —señaló Wolfson, con un ceño de preocupación entre las cejas.

Wolfson debería estar preocupado. De hecho, el Sr. Venzellons también debería estarlo.

Genevieve no podía casarse con un estadounidense. Amaba demasiado a su familia como para mudarse al otro lado del mundo. Él nunca la volvería a ver, nunca volvería a cruzar palabras con ella como solían hacerlo. No es que él estuviera buscando casarse con nadie y, menos aún, con Genevieve, pero por principios, no quería que fuera domada y montada por algún asno que no sabía hablar de ella con respeto.

—Mantén esta información entre nosotros, Wolfson. Hablaré con Lady Genevieve al respecto, y si no tengo éxito en hacerle ver que su interés por el Sr. Venzellons es imprudente, comunicaré mi descontento a su familia. Deben saber cómo se habla en la ciudad de Genevieve, nada menos que la hija de un duque. Dudo que estén contemplando una unión con el Sr. Venzellons, no cuando hay tantos buenos caballeros ingleses que serían mucho más apropiados.

—Estoy completamente de acuerdo. Por eso pensé que debías saberlo. Eres la persona más cercana que conozco de su círculo que no es familia.

—Gracias, sí, aprecio la advertencia. Ahora, ¿bajamos para una partida de billar? —Si no podía golpear al Sr. Venzellons con un palo, lo segundo mejor sería una bola.

—Sí, vamos. ¿El mejor de tres partidas? —preguntó Wolfson.

—Perfecto —dijo Beckett, poniéndose de pie y saliendo de la habitación, pero no sin antes lanzar una mirada fulminante a Venzellons para dejarlo claro. Si el pomposo asno lo notó o no, no lo sabía, pero al menos lo hizo sentir mejor por un momento.

CAPÍTULO TRES

GENEVIEVE CORRIÓ hacia Matilda y Charlotte en el momento en que las divisó esperando fuera de la casa de Lord y Lady Whitford en Mayfair. Grandes candelabros se situaban frente a los escalones de entrada, iluminando el camino para los invitados a su magnífica residencia. Los carruajes bullían por la calle, transportando a la alta sociedad a los numerosos entretenimientos que ofrecía esta cálida noche londinense, pero solo este evento interesaba a Genevieve.

No porque tuviera un especial afecto por Lord y Lady Whitford —de hecho, apenas conocía al conde y a la condesa—, sino porque la invitación había sido dirigida a ella, no a sus padres, y le brindaba la oportunidad perfecta de asistir sin que su madre vigilara cada uno de sus movimientos. Si quería captar el interés del Sr. Venzellons, necesitaba aparecer no como la debutante que su madre seguía tratando, sino como una mujer de veintiún años.

—Oh, estoy tan emocionada por esta noche —exclamó Matilda, con las mejillas sonrosadas y su largo cabello rubio fresa cayendo en bucles sobre sus hombros, acentuando su perfecta tez. Charlotte prácticamente rebotaba junto a Matilda, con una amplia sonrisa que cautivaba a cualquier caballero que pasara cerca. Sus "buenas noches" estaban cargados de significado e interés.

—Lo pasaremos de maravilla y sin nuestras mamás respirándonos en la nuca —dijo Genevieve—. Solo tendremos que lidiar con ellas si descubren que asistimos, pero el castigo valdrá la pena. Especialmente si logro captar el interés del Sr. Venzellons. Oh, cómo me encantaría vivir en Nueva York. He oído que su casa es bastante grandiosa y que tiene más de cincuenta empleados solo en su finca de la ciudad.

—Sin mencionar que es apuesto y adinerado, lo suficiente para satisfacer a tu papá —declaró Charlotte.

Todo cierto. El Sr. Venzellons era adecuado y sería su boleto para salir de Inglaterra y alejarse de Lord Tyndall y los de su calaña. Incluso ahora, sus mejillas se encendían al recordar cómo se había arrojado a sus brazos como un alma perdida, pobre y desesperada.

Con un suspiro, apartó el horrible recuerdo y se recordó a sí misma que él habría olvidado todo sobre ese incidente y ni siquiera sabría de qué estaba hablando si lo mencionara de nuevo. Lo cual, por supuesto, no haría.

Pero era hora de que encontrara un marido. Una cuarta temporada sería terrible y humillante para la hija de un duque, y durante el último año, su padre había perdido la paciencia con ella, y no quería decepcionarlo más. No, era hora de sacar el mejor partido de su situación, cumplir con su familia y casarse.

Se enlazaron del brazo y entraron en la casa. El hogar no era ni de lejos tan grandioso como el suyo propio o el de sus amigas. Eran tres herederas en Londres, apodadas Las Gracias en honor a las hermanas diosas de la belleza, la gracia y el encanto. Sin embargo, esta noche podían añadir otro elemento a su apodo: conspiradoras.

—Oh, mira, Lord Anson está aquí esta noche, y Lord Wolfson, Matilda —mencionó Genevieve, sabiendo que Matilda albergaba sentimientos hacia Lord Wolfson desde hacía un año. No es que el marqués pareciera en absoluto consciente de ello. Se decía que el hombre era muy estudioso y reservado, excepto cuando necesitaba asistir a eventos como estos para mantener contentas a las mamás de la alta sociedad, incluida la suya.

Genevieve controló su expresión cuando notó que el Sr. Venzellons la observaba, con una pequeña sonrisa juguetona en sus atractivos labios. Ignoró el impulso de comprobar su atuendo y, en su lugar, se disculpó con sus amigas y se dirigió hacia quien esperaba fuera su futuro marido. Todo iba espléndidamente antes de que una pared de músculo y un caballero familiar con aroma a sándalo se interpusiera en su camino y detuviera sus pasos.

—No deberías estar aquí, Lady Genevieve —gruñó el profundo barítono en su oído. Se movió a un lado, con su mano firme en el codo de ella mientras la llevaba al borde de la sala, alejándola de la multitud de invitados.

Genevieve se liberó de su agarre y se contuvo de pisarle la bota. Lo miró con furia, notando lo alto que se había vuelto en los últimos años. Cuán devastadoramente apuesto estaba con su abrigo de paño fino y su corbata perfectamente anudada. Su atención recorrió su cuerpo, observando sus fuertes y musculosas piernas, gracias a las muchas horas de equitación, posiblemente no siempre a caballo...

Sinvergüenza.

Tragó los celos que la atravesaron al pensar en él con alguien más y entrecerró los ojos. —No eres mi familia y no puedes decirme lo que puedo y no puedo hacer. Estoy en un baile. No hay nada malo en eso. —Fue a alejarse, y él la atrajo de nuevo contra sí. Su pecho rozó el chaleco de él, y por un momento, se quedó sin aliento y desorientada.

—Todo está mal cuando tu familia no te está acompañando. Te escoltaré a casa en este instante.

—No harás tal cosa. —Genevieve pinchó a Lord Tyndall en las costillas, haciéndolo encogerse—. ¿De verdad vas a correr de vuelta con mi hermano como un niño bueno y acusarme? ¿Decirle a mi padre lo mala que he sido?

Algo en los ojos de Lord Tyndall se oscureció, y su boca se apretó en una línea de disgusto. —No me tientes, Genevieve.

—No creo haberte dado permiso para usar el nombre familiar que mi familia me otorgó, milord. A menos que quieras que te llame Beckett.

De nuevo, una emoción que no pudo comprender brilló en su mirada antes de que mirara el salón de baile con desagrado. —Sé por qué estás aquí, y no lo permitiré. No puedes abandonar a tu familia, debes encontrar un marido de buena sangre y raíces inglesas, no zarpar hacia Nueva York para no volver jamás.

—¿Y si quiero zarpar hacia Nueva York y no regresar jamás? ¿Qué es eso para ti? Nada, eso es. —Genevieve respiró hondo y alzó la mano para ajustarse la peluca, que le picaba exageradamente esa noche—. No tengo que casarme con nadie de Inglaterra y, de hecho, el señor Venzellons parece el caballero perfecto con quien puedo verme muy feliz.

—¿Así que serías feliz contrayendo la viruela? Porque eso es lo que pasará si te casas con ese animal en celo y regresas al extranjero.

Ella jadeó. Seguramente, eso no era cierto. Eso arruinaría todos sus planes, de hecho, y no era lo que desearía, no para nadie.

—Mientes. El señor Venzellons no padece tal aflicción.

—No, quizás no todavía, pero es un caballero bastante enérgico por la ciudad, si entiendes lo que quiero decir.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir.

—¿De verdad? —Lord Tyndall se cruzó de brazos y la miró con diversión, como si creyera que no era así. Una pequeña maldad se apoderó de ella ante su prepotencia, su arrogancia sobre su débil mente femenina.

Se acercó a él, lo suficiente como para oler el brandy en su aliento.

—Sé todo sobre lo que ocurre entre un hombre y una mujer. Y sus aventuras antes del matrimonio, estoy segura, solo harán que el lecho conyugal sea más placentero para mí. Sé todo sobre el éxtasis que pueden alcanzar tanto hombres como mujeres y, de hecho, espero con ansias sentir lo que se describe como temblores exquisitos y sobrenaturales por todo el cuerpo.

—Dios mío. —Lord Tyndall palideció, su atención bajando a los labios de ella.

Genevieve se humedeció los suyos, el pensamiento abrumador de su boca sobre la de ella anulando su buen juicio y su molestia.

—¿Quién te habló de tales cosas? Esa no es una conversación apropiada para una mujer que aún es doncella.

Genevieve se encogió de hombros, sin importarle lo que pensara Lord Tyndall.

—Debería mantener su nariz fuera de mis asuntos, milord. No le pedí que me vigilara en ningún baile o fiesta, y aunque usted pueda ser un amigo de la familia, el mejor amigo de mi hermano, nosotros no lo somos. Puedo hacer lo que desee, y deseo hacerlo con el señor Venzellons. —Genevieve frunció el ceño ante sus palabras, segura de que no habían salido como ella esperaba.

Lord Tyndall se aclaró la garganta.

—Estaría faltando a mi deber si no te llevara a casa.

—Oh, no. —Ella le señaló con el dedo—. Arruinaste mi velada la otra noche llevando a casa a mi hermano. No lo harás de nuevo. Tengo veintiún años, puedo hacer lo que me plazca, y no necesito que un hombre me diga lo contrario.

—Lo que necesitas es una buena azotaina.

Genevieve miró fijamente a Lord Tyndall, quien le devolvió la mirada, con los ojos muy abiertos como si acabara de darse cuenta de lo que había dicho. Un extraño aleteo se desató en su estómago, y ella levantó la barbilla, negándose a reconocer qué era esa sensación.

¿Nervios? ¿Verdad?

No permitiría que él la pusiera tensa nunca más. Había superado esa reacción cuando estaba cerca de él hacía años.

—Buenas noches, Lord Tyndall. Manténgase fuera de mi camino y seguiremos siendo cordiales, pero si no atiende mis deseos, entonces seremos enemigos, y como una de Las Gracias, ¿sabe lo que eso significará?

—¿Qué? —Él se cruzó de brazos, sin revelar ninguna de sus emociones salvo molestia.

—Como semidiosa, me vería obligada a matarlo. —Genevieve sonrió dulcemente—. Buenas tardes y buenas noches... milord.

CAPÍTULO CUATRO

BECKETT PODRÍA FÁCILMENTE ASESINAR a Genevieve en este preciso instante. Sacudió la cabeza mientras ella se alejaba sin despedirse, sin preocuparse en absoluto por haber ignorado su consejo. No es que él fuera a hacerle daño jamás, pero si continuaba escapándose de su casa a mitad de la noche para asistir a bailes y fiestas sin el conocimiento de sus padres, podría meterse en más problemas de los que creía que existían.

Era inocente. Aunque su conversación de esta noche y su conocimiento de los placeres carnales había sido esclarecedora, más de lo que él necesitaba saber, no cambiaba el hecho de que lo que estaba haciendo era incorrecto y podría poner en riesgo su reputación.

Se estremeció al recordar que había amenazado con azotarle el trasero. La vio con sus amigas, su voluptuoso vestido no daba ni una pista de cómo se verían su trasero o sus piernas debajo de todo ese material. Aunque, por vergonzoso que fuera, considerando que era la hermana de su mejor amigo, a menudo había admirado su corpiño y los pechos que se habían formado con la adultez.

Rechinó los dientes. No debería estar imaginando nada sobre su persona y cómo se vería bajo su vestido. Ella estaba prohibida. Martin nunca lo perdonaría si coqueteara con Genevieve. Por mucho que últimamente hubiera fantaseado con hacer precisamente eso...

Ella había despertado un interés en él durante los últimos dos años que había logrado ignorar hasta ahora. Pero últimamente, ella atraía su atención como una polilla a la llama cada vez que estaba en su compañía. Una aflicción enloquecedora e intoxicante que no podía curar.

—¿Qué hace mi hermana aquí? —Beckett se sobresaltó al oír la voz familiar antes de volverse para enfrentar a Martin. El hermano de Genevieve miraba con enojo en dirección a su hermana—. Madre le prohibió asistir. Yo estaba en la mesa del desayuno hace dos días cuando ocurrió esa conversación.

—Oh, no sé qué hace Lady Genevieve aquí —fingió ignorancia—. Tal vez deberías preguntarle —sugirió Beckett, aliviado de no haber tenido que revelar, al final, el paradero de Genevieve y sus aventuras nocturnas a su familia. Una posición que lo ponía en una circunstancia en la que creía que ella nunca lo perdonaría. A nadie le gusta un soplón.

—Ven, le preguntaremos juntos —antes de que Beckett pudiera detener a Martin, el hermano

de Genevieve se dirigió hacia ella, uniéndose a su grupo de amigas. Los ojos de las damas se abrieron con alarma, sus mejillas palidieron.

—Hermano, ¿qué haces aquí? Pensé que asistirías al baile de los Thompson —declaró Genevieve, su tono ligero y sin preocupación. Sin embargo, el miedo que se reflejaba en sus hermosas facciones era evidente. Su hermano la había atrapado, y ninguna indiferencia la sacaría de este lío.

—Decidí pasar por aquí ya que sabía que Tyndall estaría aquí —dijo Martin, encontrándose con los ojos de Beckett por un momento—. Pero qué extraño encontrarte aquí, hermana... sin carabina —hizo una pausa, golpeando su barbilla pensativo—. Corrígeme si me equivoco, pero ¿no te prohibió Mamá asistir? ¿O mis oídos me engañaron hace dos días?

Genevieve suspiró, y Beckett sintió una punzada de lástima por ella. Que las mujeres no pudieran asistir a fiestas como a la que ahora asistían sería frustrante si él estuviera en su posición. Beckett tenía pocas dudas de que si él estuviera protegido del mundo como lo estaba ella, lo volvería loco, si no un poco rebelde. Podía entender por qué las Tres Gracias, como se las conocía, estaban rompiendo las reglas.

—No puedes decirme que Lady Matilda y Lady Charlotte deberían estar aquí tampoco. ¿Saben sus padres que están en el baile de Lord y Lady Whitford solas y sin carabina?

—Bueno, en cuanto a eso —murmuró Lady Charlotte antes de que Genevieve pusiera su mano en el brazo de su amiga, deteniendo sus palabras.

—No interrogues a mis amigas, Martin. No tienes derecho. Y llegaste por casualidad —volvió su atención a Tyndall y lo fulminó con la mirada—. Tengo pocas dudas de cómo te enteraste de que estoy aquí. Lord Tyndall demuestra una vez más que es una rata.

¿Rata? ¿Realmente lo había insultado ahora? —Nunca le dije a tu hermano ni una palabra sobre tu presencia aquí. Aún no había tenido tiempo de hacerlo, Lady Genevieve.

Ella puso los ojos en blanco y cruzó los brazos. La acción levantó sus pechos, y Beckett miró hacia el suelo de parqué, a cualquier parte menos al lugar que había atormentado demasiados de sus sueños últimamente. Sin mencionar que el pequeño lunar que se encontraba justo encima del corpiño de su pecho izquierdo era particularmente bonito y tenía forma de corazón.

—Lord Tyndall no tiene nada que ver con que te haya encontrado en un baile al que tienes prohibido asistir. Las llevaré a las tres de vuelta a sus casas. Por favor, presenten sus excusas a Lady Whitford, y nos encontraremos en el vestíbulo —Beckett no dijo una palabra. Las órdenes de su amigo no admitían discusión, y no era su lugar decirle nada a Genevieve, aunque le hubiera advertido antes sobre estar aquí sola.

Sin embargo, la vista de lágrimas acumulándose en los ojos de Genevieve no era algo que disfrutara ver, y sin pensarlo, dio un paso hacia ella, solo para que Martin se interpusiera entre ellos, deteniendo cualquier locura que se hubiera apoderado de él por un momento. ¿Qué estaba a punto de hacer? ¿Atraerla a sus brazos y consolarla? ¿Llevarse a ella y darle palabras amables de apoyo?

¿Qué demonios le pasaba?

Las Tres Gracias se dirigieron hacia Lady Whitford, haciendo lo que se les ordenó, y Beckett siguió a Martin. —Acompañaré a las damas a casa contigo, Martin. El baile es menos que satisfactorio, y tengo una reunión temprano por la mañana con mi administrador.

—Muy bien. Vámonos —dijo Martin.

Minutos después, el carruaje rodaba por Mayfair y dejaba a Lady Matilda y Lady Charlotte en sus respectivos hogares. Pero cuando Martin gritó la dirección de Whites, Beckett frunció el ceño. —¿Estamos haciendo un desvío antes de ir a Grosvenor Square? —preguntó.

—Oh, sí, me bajaré en Whites. ¿Serías un buen amigo y llevarías a mi hermana a casa, Tyndall? Eres como un hermano para Genevieve, de todos modos.

Beckett tragó saliva, sabiendo muy bien que él, de hecho, definitivamente *no* era como un hermano para Genevieve, y nunca lo había sido. Cuando la conoció por primera vez, ella era una entrometida molesta que los seguía a él y a Martin por la finca campestre de Curzon todo el día, espiándolos, queriendo ser parte de su pandilla. Él había frustrado cada una de sus peticiones, y por una razón.

La mocosa siempre lo había mirado como si estuviera enamorada de él y quisiera que la besara hasta que, un día, se lanzó a su cabeza mientras estaban solos en los jardines. Su primera reacción había sido extender el brazo y detenerla. Que su mano hubiera conectado con la frente de ella y la hubiera mantenido en esa posición absurda era una vergüenza de la que nunca se había recuperado. No podía imaginar cómo Genevieve lo recordaba.

Pero algo le decía que ella nunca lo había perdonado. Él había mortificado y herido sus sentimientos. Pero ambos habían sido niños. ¿Podría ella seguir culpándolo por rechazar su beso?

Su mirada se deslizó hacia los labios de ella, entreabiertos por la sorpresa, mientras el carruaje se detenía frente a la ventana arqueada de Whites. Martin saltó, gritando indicaciones al cochero antes de despedirlos con un gesto sin mirar atrás.

Maldita sea. Beckett también asesinaría a Martin si pudiera ponerle las manos encima.

—No puedo creer que hayas mandado a buscar a mi hermano para descubrirme esta noche. ¿Qué clase de soplón eres, Tyndall? Nunca he conocido a un conde tan poco caballeroso.

Sus miradas chocaron, y él luchó por ignorar que, cuando estaba enojada, la piel de Genevieve resplandecía a la luz de la luna, sus ojos brillantes y ardiendo de irritación. Maldición, se había convertido en una mujer hermosa, exuberante, inteligente y decidida. Parecía una reina sentada frente a él en el carruaje. Su voluptuoso y exquisito vestido y la peluca blanca, sentada alta en su cabeza, le daban un aire de majestuosidad.

—Nunca envíe una misiva a tu hermano. Puedes creerlo o no, pero es la verdad.

Ella se burló. —¿Y esperas que acepte eso?

—Cree lo que quieras. Es la verdad.

El trayecto a Grosvenor Square fue corto, y el carruaje se detuvo frente a la gran finca de

Curzon, una extensa mansión georgiana, no una casa de ciudad que muchas otras residencias del *ton* poseían. Aunque él mismo era rico, el Duque Curzon superaba a la mayoría de los diez mil de arriba por cientos de miles de libras, haciendo de Genevieve una heredera y un buen partido para cualquiera lo suficientemente valiente como para lidiar con esa fiera.

Ella se envolvió en su chal, pero en lugar de salir del carruaje, se inclinó hacia él, empujándolo contra los cojines. —No permitiré que frustres mis planes esta temporada, Lord Tyndall, así que sería mejor que te mantengas fuera de mi camino.

Por mucho que lo intentara, y vaya que intentaba controlarse desesperadamente, su mirada se deslizó hacia sus labios, suaves y prácticamente suplicando un beso. ¿Habría besado a un hombre antes? Un fuego, ardiente y desesperado, se encendió dentro de él, y sin pensarlo, deslizó un rizo suelto de su cabello detrás de su oreja. —¿Y si no puedo mantenerme fuera de tu camino?

La atención de ella se deslizó hacia sus labios, y algo en sus ojos se oscureció. —Entonces te obligaré —dijo, empujando la puerta del carruaje para abrirla y saltando fuera, antes de desaparecer por la puerta principal de su casa y perderse de vista.

Pero nunca, maldita sea, fuera de su mente.

CAPÍTULO CINCO

GENEVIEVE SE DESPLOMÓ contra la puerta principal, con el corazón latiendo a mil por hora. Repasó una y otra vez lo que acababa de ocurrir en el carruaje. Había discutido con Lord Tyndall, nada fuera de lo común, pero ¿qué había sucedido justo antes de que ella saltara? O mejor dicho, ¿qué demonios había estado a punto de suceder entre ellos?

Se mordió el labio y se apartó de la puerta, dirigiéndose a su habitación.

La casa estaba en silencio, salvo por el lacayo, que estaba sentado cerca de la entrada y no cuestionó dónde había estado ni con quién. No se atrevería, pero aun así, ella intentó parecer indiferente mientras subía las escaleras, como si volver de un baile sin el acompañamiento de su madre fuera algo común.

Cuando entró en su habitación, su doncella Louise la estaba esperando. Rápidamente se desvistió y se puso un camisón limpio, para luego meterse en la cama. El sueño sería esquivo hasta que lograra aclarar en su mente lo que había ocurrido entre ella y Tyndall.

Beckett...

Nunca en su vida, ni siquiera cuando había hecho el ridículo frente a Lord Tyndall años atrás, su cuerpo había anhelado tanto un beso como lo hizo momentos antes. Algo en los ojos de Tyndall le dijo que sus pensamientos también se habían desviado hacia esa consideración.

Una primera vez para ella y una situación en la que se encontraba completamente perdida sobre cómo proceder.

Su doncella se afanaba por la habitación mientras la mente de Genevieve se preocupaba por Tyndall: ¿qué hacer con ese hombre? Era el mejor amigo de su hermano y amigo de la familia también. Sus padres le tenían mucho aprecio al conde. Era un encantador coqueto con todos excepto con ella. Muchas damas adoraban a Tyndall, buscándolo en bailes y fiestas. Ciertamente nunca le faltaban parejas de baile.

Pero entonces, ella nunca había sido objeto de lo que solo podía calificar como... *deseo*.

¿La había deseado en ese carruaje? Su cuerpo decía que sí, pero su mente no podía comprender tal desenlace. Si él la deseaba en un sentido romántico, tal vez podría usar ese poder a su favor y arrastrar a Tyndall por la sociedad como un cachorro obediente. Hacer lo que había planeado y mantener a su familia fuera de su camino mientras intentaba asegurar al Sr.

Venzellons.

Genevieve sacudió la cabeza ante ese pensamiento fantasioso. Nunca se haría realidad. Tyndall no participaría en su búsqueda de un marido.

No, tendría que evitarlo de alguna manera, averiguar a qué eventos asistiría y asegurarse de no estar allí. ¿De qué otra forma podría disfrutar de la temporada con sus amigas sin sus interrupciones?

Mañana por la noche sería el baile de máscaras de los Fraser, y estaba decidida a asistir con sus mejores amigas para no tener que soportar los irritantes recordatorios de Tyndall sobre lo que no se le permitía hacer.

La noche estaba toda planeada. Cada una de sus amigas había recibido aprobación para quedarse en las casas de las otras, pero ninguna se quedaría donde había dicho.

Charlotte había robado la llave de la habitación de su hermano para la pequeña casa de huéspedes que él alquilaba cuando deseaba privacidad. Como él estaba en Escocia atendiendo su finca en las tierras altas, no estaba en la ciudad para hacer nada respecto a su plan.

Su noche en Londres sería la mejor de los tiempos y quizás su única oportunidad de ganar un poco de libertad en el estilo de vida por lo demás estricto que soportaban, especialmente ahora que Tyndall estaba al tanto de sus aventuras.



TYNDALL ASISTIÓ a tres bailes esa noche y aún no había visto a Las Gracias por ningún lado. Dio otra vuelta por el salón de baile de los Southcott y decidió que no estaban presentes.

La vista del vizconde Anson llamó su atención, y se unió a él, contento de que estuviera solo.

—Buenas noches, Anson. ¿Estás disfrutando del baile? —preguntó, sabiendo que Anson tenía una infatuación con Lady Charlotte que se negaba a reconocer, ya que él era tímido y ella no.

—Tyndall, buenas noches. He estado disfrutando del baile, pero estoy a punto de irme. Tengo otro evento al que asistir.

—¿En serio? Ya he estado en tres. Seguramente no puede haber más esta noche.

—Oh, pero lo hay. El baile de máscaras de los Fraser. ¿No recibiste una invitación?

No, no la había recibido, y sabía la razón. Lo organizaba la viuda Lady Fraser, una mujer con la que había rechazado tener un romance ya que su marido, mucho mayor que él, era su amigo. Podría ser un sinvergüenza, pero aún tenía cierta moral.

¿Sería allí donde estaba Genevieve esta noche? Seguramente, después de su advertencia de anoche, no sería tan descarada como para asistir a un baile de máscaras sin el acompañamiento de su familia.

La mocosa era un peligro para sí misma.

—No la recibí —Beckett frunció el ceño, preguntándose cómo podría asistir.

—Tengo una invitación que me permite llevar a un amigo si quieres acompañarme. Me voy ahora si estás dispuesto a ir.

Beckett dio una palmada en el hombro de Anson y le hizo un gesto para que lo guiara.

—Vamos. Un baile de máscaras suena como una forma agradable de terminar la noche.

No tardaron mucho en que el carruaje los dejara frente a la casa georgiana de los Fraser, justo a las afueras de Mayfair. Al entrar, vieron que las salas estaban llenas de invitados. Sus máscaras, pelucas y vestidos permitían que muchos asistieran sin que nadie supiera con quién estaban hablando. Anson había conseguido una máscara, pero Beckett, al no tener invitación, no. Aunque no importaba demasiado. Algunos ni siquiera llevaban mucho, y mucho menos una máscara.

—Voy a dar una vuelta por las salas.

—De acuerdo —Anson se dirigió en la dirección opuesta a él.

Beckett inspeccionó la sala, pero después de recorrer los numerosos espacios abiertos para el baile, se sintió más tranquilo. Estaba seguro de que Lady Genevieve tampoco estaba presente aquí.

Tal vez la problemática muchacha había hecho caso de su amenaza y se había quedado en casa. Esa era siempre una posibilidad.

La casa estaba a oscuras. Solo unas pocas velas ardían en cada habitación, dando al baile un aire de misterio y seducción. Beckett se quedó de pie junto a la pista de baile y suspiró, exasperado pero esperanzado de que Genevieve no estuviera allí. El baile de máscaras parecía divertido, y odiaría tener que hacer de niñera de la hermana pequeña de su amigo o escoltarla de vuelta a Mayfair y perderse la fiesta. Lo último que deseaba era estar a solas con ella en un carruaje de nuevo.

Beckett recorrió los bordes de la sala, sonriendo a varias mujeres que notaron su presencia, aunque no sabía quiénes eran, ya que sus máscaras mantenían en secreto su identidad.

Sus pasos vacilaron. Se le secó la boca al ver a una mujer que nunca antes había notado. Llevaba una máscara sobre los ojos que le cubría la nariz. Su cabello negro era lacio y caía sobre sus hombros, descansando sobre dos pechos perfectos que le hicieron agua la boca. Se acercó a ella, contento de que estuviera sola. Le tomó la mano sin guante, inclinándose y besándola en señal de bienvenida.

—Buenas noches, mi lady. Debe decirme quién es usted esta noche. Su disfraz me tiene cautivado —su cuerpo se erizó de conciencia.

Ella le sonrió, sus ojos brillando de sorpresa ante sus palabras. ¿Acaso la dama no estaba acostumbrada a tales cumplidos? Raramente veía mujeres en la sociedad con un cabello como el de esta mujer, pero su altura y sus labios burlones pintados de rojo hacían que su sangre hirviera.

—Buenas noches, mi lord. Soy un secreto, si debe saberlo. ¿Y usted? —preguntó ella, sus ojos recorriendo su cuerpo como una caricia. Él se mordió la lengua, sintiendo su inspección como si ella hubiera deslizado sus manos bajo su camisa y acariciado su piel.

Se estremeció ante la idea. —Soy Lord Tyndall, mi lady, pero usted es la belleza personificada. Debo saber su nombre.

Ella le lanzó una sonrisa burlona y agitó un dedo frente a su nariz antes de que ese mismo dedo se deslizara sobre sus labios, trazándolos. —Sin nombres esta noche, aunque sé quién es usted, Lord Tyndall —su voz era baja y seductora. Había algo familiar en el tono, pero no podía ubicarlo.

Tal vez la había conocido antes. Existía la posibilidad de que incluso hubieran sido íntimos en el pasado. Ciertamente había tenido muchas amantes.

—¿Baila conmigo? —preguntó, levantando su mano y besando sus dedos por segunda vez.

—Si usted insiste, mi lord. Será un placer.

Y también el suyo.

CAPÍTULO SEIS

GENEVIEVE luchó por no temblar ante el contacto de Lord Tyndall mientras la conducía a la pista de baile. El sonido de un vals se deslizaba desde la galería de los músicos mientras Tyndall la envolvía en sus brazos. La sensación de estar rodeada por unos brazos fuertes y protectores la recorrió. Tomó un respiro para calmarse y se esforzó por aparentar ser la sofisticada desconocida que había captado su atención, en lugar de la asustada e inocente debutante que era en realidad.

El aroma a sándalo, mezclado con lavanda, provocaba sus sentidos y poco hacía para calmar sus nervios. Maldición, el hombre olía lo suficientemente bien como para devorarlo.

¿Qué estaba haciendo tocando a Tyndall de manera tan íntima? Pasando su dedo por sus labios, ni más ni menos. ¿Acaso había perdido todo sentido del decoro y, bueno, del sentido común?

Si alguna vez descubría que ella, Lady Genevieve, era la mujer misteriosa detrás del antifaz, bien podría sentirse inclinado a ponerla sobre sus rodillas y darle una azotaina. Sin mencionar que, sin duda, le contaría a sus padres sobre sus escapadas a sus espaldas.

—Debo saber quién eres. Es injusto que conozcas mi nombre, pero yo aún no haya aprendido el tuyo —su sonrisa traviesa hizo que su estómago revoloteara, y se mordió el labio, insegura de cómo proceder. Nunca había sido una de las que coqueteaban y no había aprendido el arte, pero de alguna manera, esta situación lo requería.

Oh, cielos, cómo no fallar miserablemente y avergonzarse aún más.

Los ojos de él brillaban con una determinación que ella no estaba segura de poder resistir. Su atención se fijó en su boca, y ella tragó saliva, los nervios superando su compostura.

—No creo que ese sea el propósito de un baile de máscaras, milord. De hecho, usted debería llevar una para permanecer en el anonimato.

—Vengo del baile de los Southcott y no tuve tiempo de cambiarme.

El mismo baile al que ella había sido invitada, pero su madre, en su esnobismo, había considerado que Lord y Lady Southcott no tenían una posición lo suficientemente alta en la sociedad como para recibir al Duque y la Duquesa Curzon. Así que ella también había tenido que declinar la invitación. No es que importara ahora. No cuando estaba en el baile de máscaras de Lady Fraser y bailando con Tyndall.

Debería odiarlo para siempre. La había avergonzado más allá de la redención en su juventud, pero aun así, no era ciega, ni podía ignorar que su señoría era uno de los caballeros más apuestos de Londres.

Sus dientes eran ideales, su nariz recta pero no imponente, y sus cejas se arqueaban perfectamente sobre sus grandes ojos almendrados. Sin mencionar que su cabello era espeso, con una dulce ondulación. Haría girar la cabeza de cualquier mujer.

El problema, por supuesto, era que Tyndall conocía su efecto en las mujeres y adoraba cada momento de ser adorado por el sexo débil.

—Bueno, es desafortunado que no pueda participar en el misterio de la noche, pero eso no significa que yo no continúe haciéndolo —habló con una voz más baja, una que había practicado y que pretendía usar cuando estuviera cerca del señor Venzellons, quien desafortunadamente no estaba presente esta noche.

Pero eso no importaba. Seguramente lo vería en el baile al aire libre de los Miller mañana por la noche y podría practicar su voz más madura y seductora con él entonces.

Lord Tyndall la hizo girar durante el baile, y Genevieve rió, disfrutando de este lado divertido y juguetón de su enemigo que nunca había visto antes. No lo sería si supiera quién estaba en sus brazos. Oh, cuán enojado estaría. Probablemente la arrastraría fuera del baile sin mirar atrás y con poco cuidado de quién lo viera.

La idea de que él no supiera quién era ella provocó una idea traviesa en su mente, y cuanto más pensaba en ello, más deseaba ver hasta dónde podía llevar su interés. Aún no había disfrutado de su primer beso, y ¿quién mejor para besar que un viejo amigo de la familia que nunca la lastimaría ni le pediría más de lo que ella estuviera dispuesta a dar?

—Eres un misterio que me gustaría resolver.

El cuerpo de Genevieve se estremeció ante sus palabras. El timbre profundo que no admitía discusión era tan embriagador como su hermoso rostro. ¿Realmente estaba tratando de seducirla? No sabía en absoluto quién era ella. ¿Era así cómo se comportaban los llamados libertinos y sinvergüenzas con las mujeres que deseaban? La idea de que estaba recibiendo tal interés era vertiginosa y demasiado seductora como para detenerse ahora.

—Bueno, no puede desenmascaramme, pero quizás pueda concederle un favor —¿Realmente había dicho esas palabras? ¿Podría llevar a cabo su idea y ofrecerle a Tyndall un beso? ¿Su primero?

—Si ese único favor es todo lo que voy a recibir esta noche, por favor, permítame besar sus dulces labios. Es tan hermosa. Debo probarla aunque sea una vez.

Genevieve tragó saliva y reunió sus nervios. Nunca había besado a un hombre en su vida, y ahora necesitaba aparentar como si supiera lo que estaba haciendo.

Tal vez él pensaba que era una mujer que vendía sus servicios en Drury Lane. O la viuda de un caballero rico y titulado. No era ninguna de esas cosas, por supuesto. Era una doncella, una mujer inexperta en su tercera temporada que aún no había tenido su primer beso.

No quería parecer inexperta y novata. Dios mío, esa sería otra humillación a manos de Tyndall de la que nunca se recuperaría. Y sin embargo, ella había ofrecido y necesitaba ser asertiva. ¿Qué tan difícil podría ser besar a un hombre? Todo estaría bien si simplemente copiaba lo que él hacía y no entraba en pánico.

El baile llegó a su fin y, convenientemente, Lord Tyndall los hizo girar hasta detenerse lejos de la pista de baile, en un rincón tranquilo que nadie más ocupaba.

—Así que desea besarme, Lord Tyndall. Qué emocionante —bromeó, acercándose, otra acción que suponía que todas las damas hacían antes de besar a un hombre. Los ojos de él se oscurecieron, y sus brazos se deslizaron alrededor de su cintura, atrayéndola con fuerza.

Ella jadeó, sin esperar que hiciera tal cosa o la reacción que su cuerpo tuvo ante su contacto. El calor y la necesidad se asentaron en partes de ella que no sabía que existían, y el deseo se apoderó de su persona.

Sus manos revolotearon sobre su pecho, los músculos endurecidos, su corazón palpitante calentando las palmas de sus manos. Sin miedo, deslizó sus brazos sobre los hombros de él y jugueteó con el cabello de su nuca.

—Ahora es tu oportunidad si deseas hacerlo —declaró ella, esperando que él no se echara atrás y huyera, decepcionándola.

Sin previo aviso, su boca se estrelló contra la de ella. Sus labios eran suaves pero exigían una respuesta. Genevieve jadeó. La sensación de sus labios sobre los de ella la sorprendió y la cautivó también. Él se movió contra ella, seduciéndola con su beso perverso. Su lengua jugueteaba, una sensación tan diferente y dulce que ella siguió su ejemplo.

Se apretó contra él, su cuerpo actuando sin pensar. Él los hizo retroceder hasta que la espalda de ella chocó contra la pared. Por fin podía sentirlo todo, sus músculos endurecidos, su lujuria por ella que presionaba contra su estómago.

Las manos de él acunaron su trasero, atrayéndola contra su cuerpo. Su virilidad se sentía inmensa, y Genevieve se tambaleó para mantenerse en pie. ¿Era ella quien le estaba haciendo esto a él? ¿Haciéndole perder el control?

En cualquier momento, él se apartaría bruscamente al darse cuenta de a quién estaba besando. Le exigiría saber si ella sabía lo que estaba haciendo. La obligaría a contarles a sus padres sobre su escandaloso comportamiento.

Pero después de varios besos más devastadores, no lo hizo.

En cambio, gimió, un sonido cargado de necesidad y anhelo. Le suplicó que dijera su nombre y casi la hizo susurrarlo de vuelta.

Ella no podía decirle quién era. Esta noche, este beso sería para siempre su secreto, y el de él para siempre preguntarse.

Una cálida sensación se acumuló entre sus piernas, y se presionó contra su virilidad. Él onduló contra ella, haciéndola sentir maravillosa, empujándola hacia una sensación que prometía valer la pena el riesgo.

Él contuvo la respiración, su beso se profundizó, se volvió frenético y salvaje. En algún momento, los dedos de ella se deslizaron en su cabello, aferrándose a sus mechones, sosteniéndolo cerca como si nunca quisiera dejarlo ir.

Y justo entonces, Genevieve ciertamente deseó no tener que hacerlo nunca.

—Genevieve, ¿dónde estás? —oyó distantemente llamar a Matilda antes de que el chillido sorprendido de su amiga sonara cerca.

Lord Tyndall la apartó bruscamente y ella tropezó antes de recuperar el equilibrio. Él la miró fijamente, con los ojos muy abiertos, las mejillas sonrosadas, los labios hinchados por su beso. Su atención se movió de ella a Matilda, quien ya no llevaba máscara.

—Lo siento, Genevieve. No sabía que estabas... Que estabas...

Ella miró a Lord Tyndall y alzó la barbilla, saboreando pero a la vez lamentando el horror escrito en el rostro de su enemigo.

—¿Lady Genevieve? —graznó él, con voz desconcertada.

Sin otra opción y sabiendo que no podía mentir, ella sonrió. —La única e inigualable, Lord Tyndall. —Se acercó a él e ignoró su ligero estremecimiento—. Supongo que el beso que anhelaba a los quince años finalmente me fue concedido. Tal vez debería agradecerte. —Genevieve logró decir las palabras con un aire casual, pero no se sentía tan indiferente—. Fue mejor de lo que pensaba que sería —declaró antes de enlazar su brazo con el de Matilda y dejar a Lord Tyndall boquiabierto tras ellas.

CAPÍTULO SIETE

¿QUÉ DEMONIOS ACABABA DE HACER? Beckett se tocó los labios, su cuerpo vibrando por el beso que acababa de compartir.

¿Pero Lady Genevieve?

No, no podía haber sido ella. No podía haber estado besando a esa arpía, la hermana de su mejor amigo.

Por Dios, Martin lo empalaría si se enterara de lo ocurrido esta noche.

Tomó un respiro para calmarse y observó cómo Lady Genevieve y Matilda abandonaban el baile, con las caderas de Genevieve balanceándose sugestivamente mientras se abría paso entre la multitud de invitados. Nunca había supuesto que fuera Genevieve la que estaba en sus brazos. El aroma a jazmín que sedujo sus sentidos debería haber sido su primera pista, pero tan perdido en sus encantos, no había atado cabos.

Nunca había abrazado a Genevieve antes de esta noche y no tenía la menor idea de que la seductora diablilla en sus brazos fuera alguien más que una desconocida.

No podía haber sido Genevieve.

Oh, Dios mío, ¿qué iba a hacer? Y más importante aún, ¿cómo demonios le iba a contar a Martin sus acciones de esta noche? Hacerlo podría significar el fin de su amistad, la cual se resistía a perder. Martin siempre había estado ahí para él después de que sus padres murieran en un accidente de carruaje durante su infancia. El Duque y la Duquesa Curzon le habían abierto las puertas de su hogar cada Navidad y vacaciones escolares. Cuando no estaba en Eton o más tarde en Cambridge, no hubo momento en que no fuera parte de la dinámica familiar de los Curzon.

Se sentirían decepcionados si descubrieran que había devuelto su amabilidad molestando a su hija inocente.

Una mujer que aún era debutante en verdad. Una mujer que era doncella, soltera y sin compromiso. La imagen de él sosteniéndola contra la pared, sintiendo su cuerpo presionarse contra el suyo. El baile de máscaras había permitido a los invitados llevar vestidos de su elección, y esta noche, Genevieve había llevado uno demasiado revelador.

Se habían ido las amplias faldas voluminosas, los corpiños ajustados y las mangas pequeñas, y en su lugar estaba un vestido que requería muy poca tela o imaginación sobre lo que había

debajo.

Se pasó una mano por el pelo, sin saber cómo arreglar su metedura de pata. Ella había sido una diosa, y una a la que no había podido resistirse.

Tragó la bilis en su garganta. ¿Alguien lo había visto actuar sin decoro? ¿Sabían quién era ella todo el tiempo que la había besado?

Beckett miró a su alrededor, y aunque nadie lo estaba observando, no podía evitar sentir que todos sabían lo que había hecho.

Queriendo una salida, salió a zancadas de la habitación, afortunadamente atrapando un coche de alquiler al salir de la casa. Sin embargo, no iría a casa. Necesitaba hablar con Genevieve si podía alcanzarla a tiempo.

El carruaje comenzó a atravesar Mayfair, y la visión de Lady Genevieve y sus amigas tropezando al salir del carruaje, riendo y dirigiéndose hacia las habitaciones del hermano de Lady Charlotte, lo hizo detener su vehículo.

Las observó, atónito, mientras entraban en el edificio, ciertamente no dirigiéndose a sus respectivos hogares.

¿Qué demonios tramaban estas mujeres con su comportamiento indisciplinado?

Saltó, arrojó una moneda al cochero y fue tras ellas, alcanzándolas en la puerta del alojamiento.

—¿Qué diablos están haciendo ustedes tres? ¿Están tratando de arruinarse a sí mismas y a sus familias?

Las tres dejaron escapar un pequeño chillido. Lady Charlotte y Matilda se apresuraron a entrar en la habitación, pero Genevieve se mantuvo firme y le hizo frente. No esperaba menos.

—Lord Tyndall, un placer como siempre —intentó entrar en las habitaciones, pero él cerró la puerta, deteniendo su salida.

—Lady Genevieve, una palabra, si me permite.

Ella arqueó una ceja y lo observó con una confianza que no podía creer que poseyera después de sus acciones de esta noche. La mujer no tenía vergüenza.

Pero entonces, no había vergüenza en un beso o dos robados, a menos que ese beso fuera con él.

—Lady Genevieve, ¿tiene alguna respuesta a lo que ocurrió en el baile de máscaras de Fraser hace un momento? ¿Va a seguir ignorando lo que acabamos de hacer? —preguntó, incapaz de ocultar el asombro en su voz. La mujer era exasperante y lo estaba siendo cada vez más con cada minuto que pasaba con ella.

—No ocurrió nada digno de mención. Nos besamos. Absténgase de alterarse tanto, mi lord. No le estoy pidiendo que se case conmigo, ¿verdad?

Cerró la boca de golpe. ¿Lo había despedido sin más, sin una pizca de arrepentimiento o vergüenza?

Nunca lo habían despedido y no estaba del todo seguro de que le gustara la sensación. Ignoró

la voz de advertencia en su cabeza que tal vez era porque Genevieve lo había despedido tan rápidamente que le disgustaba tanto.

—No puede salir como lo está haciendo y besar a caballeros al azar en bailes de máscaras. ¿Qué hubiera pasado si yo hubiera exigido más?

—Sabía quién era usted y, por lo tanto, sabía que no me forzaría a más. No si yo no lo deseaba —le dio una palmadita condescendiente en el brazo—. No fue más que una persona que conocía y en quien confiaba, incluso si no somos los amigos más cercanos, con quien pude practicar. Ahora estoy al tanto de la mecánica de los besos, y gracias por la tutoría.

—¿Qué significa eso? —preguntó, deteniéndola cuando iba a entrar en el alojamiento.

—Significa que ahora puedo besar al hombre que deseo y saber lo que estoy haciendo.

—¿Y qué hombre es ese? —Las palabras de Beckett sonaron más duras y desesperadas de lo que le hubiera gustado, y se recompuso—. No puedes besar a nadie más. Te lo prohíbo. No puedes besar a ningún hombre a menos que ese hombre sea tu esposo.

Genevieve cruzó los brazos y arqueó las cejas. Parecía tan altiva y reprobadora, pero no debería serlo. Era él quien debía estarlo.

—Tengo la intención de que el hombre que bese se convierta en mi esposo, así que no habrá mucho daño. Pero no vuelvas a prohibirme nada, milord. Estás olvidando tu lugar.

—Soy un conde, un amigo de tu familia. Mi lugar es protegerte.

—No eres mi guardián. Mantente alejado de mi camino.

Él cerró la distancia entre ellos, decidido a reprenderla y amenazarla con exponerla si no hacía lo que le decía. Sin embargo, en el momento en que se acercó, su dulce aroma le embriagó los sentidos. Ella inclinó el rostro hacia él y sus labios se entreabrieron con expectación.

Su mente volvió al beso de antes esa noche, catapultándose de vuelta a lo mucho que lo había disfrutado.

Maldita fuera ella y su bonito rostro.

—Genevieve —susurró, incapaz de pensar en otra cosa que decir. En el oscuro pasillo de la casa de huéspedes, parecía un ángel caído tentador con su cabello oscuro, la tentación personificada para torturarlo por la eternidad.

—No desees hacer esto, Tyndall. Te arrepentirás de besarme de nuevo si es eso lo que pretendes.

Sus palabras lo sacaron de su extraño trance y, como si le hubieran arrojado un cubo de agua fría sobre la cabeza, dio un paso atrás, asegurando la reputación de ella y sus propios sentidos.

—Me temo que no me has dejado otra opción. Tendré que informar a tu padre de tus actividades nocturnas.

Ella se rio, no la respuesta esperada, y él apretó los dientes. La mujer estaba más allá de toda ayuda.

—Si llegas a pronunciar una sola palabra, le diré a papá que me besaste, me agarraste el trasero y me dejaste temiendo por mi reputación. Exigiré que te cases conmigo para salvar mi

vergüenza ante la sociedad. Así que si no deseas encontrarte en el altar, Lord Tyndall, sé un buen chico y guarda nuestro secreto. Porque sabes que lo que digo es cierto. El secreto ya no es solo mío. No ahora que te has incluido en mi velada —hizo una pausa, sonriendo—. No creo que desees casarte conmigo a menos que estés albergando algunos sentimientos profundos y ocultos que estás ignorando.

¿Acaso la mocosa se estaba burlando de él? Maldita fuera, ¿siempre había sido una pesadilla así?

Sin embargo, tenía razón. No podía decir una palabra a menos que fuera completamente sincero y pidiera su mano. Su beso había sido una pasión ardiente que lo había barrido de sus pies. ¿Por qué la había agarrado? ¿Por qué se había sentido atraído por ella en primer lugar y la había besado como lo había hecho?

—Muy bien, guardaré nuestro secreto, pero ¿quién es el hombre con el que deseas casarte? Espero que no sea el señor Venzellons. Está lejos de ser adecuado, como ya he señalado antes.

—Ah, bueno, esa es mi decisión y mi preocupación. Y no te inquietes, pues papá se asegurará de que haga un buen matrimonio, y eso es todo lo que diré al respecto —Genevieve alcanzó el pomo de la puerta para dejarlo.

Beckett observó, se aseguró de que entrara a salvo en la casa de huéspedes y se marchó. Maldijo y murmuró para sí mismo las muchas formas en que estrangularía a Genevieve y detendría sus escandalosos esfuerzos. Sin embargo, no sabía cómo hacer lo último. Ella siempre había sido testaruda y resuelta, pero nunca había sabido cuánto.

Hasta esta noche. Ahora, era demasiado consciente de ello.

CAPÍTULO OCHO

GENEVIEVE ESTABA SENTADA en el pequeño salón de la casa de huéspedes. Matilda y Charlotte esperaban en silencio mientras la doncella de Genevieve terminaba de colocar la bandeja con té caliente y galletas frente a ellas.

En cuanto estuvieron solas, Matilda se volvió hacia ella. —Anoche compartiste un beso con Lord Tyndall. ¿Qué ocurrió para que eso sucediera, Genevieve? ¡Tenemos que saberlo! Nos estamos muriendo de frustración por no poder vivir vicariamente a través de ti.

Genevieve sirvió el té y puso un terrón de azúcar en cada taza antes de responder. Su mente aún no sabía cómo comprender lo que había ocurrido, mucho menos explicárselo a sus amigas.

—No sé qué pasó. Estaba en el baile como vosotras, y de repente Lord Tyndall estaba frente a mí, exigiendo saber quién era yo. Parecía extraño y no como el frío conde que normalmente es conmigo. Quise provocarlo un poco. Ya sabéis... ver cuánto podía molestarlo y, bueno...

—Oh sí, desde luego. Sabemos muy bien cuánto os encanta discutir. Pero besaste a Tyndall en un baile. ¿Crees que alguien sabía quién eras? —preguntó Charlotte, con un gesto de preocupación entre las cejas.

Genevieve se encogió de hombros. —No lo creo. Ni siquiera Lord Tyndall sabía quién era yo hasta que Matilda vino a buscarme y me delató.

Matilda tuvo la decencia de parecer avergonzada. —Me disculpo. Di la vuelta a la esquina buscándote y grité tu nombre sorprendida cuando te vi en un abrazo con Lord Tyndall. Un abrazo que, debo decir, fue bastante escandaloso. Tenía las manos en tu trasero.

Un escalofrío de conciencia recorrió a Genevieve, y asintió, demasiado consciente de dónde habían estado las manos de Tyndall y lo que había estado presionando contra su cuerpo. Su estómago aún temblaba.

¿Repetirían alguna vez tal interacción? La decepción la apuñaló al pensar que no. Una lástima, porque realmente disfrutaba tener a un hombre en sus brazos y que la provocara como lo había hecho. ¿Era esa la sensación que todos llamaban deseo? ¿Deseaba ahora a Lord Tyndall, o podría experimentar tal reacción con cualquiera?

—Sí, ciertamente lo hizo.

—¿Te escandalizaste o disfrutaste de sus manoseos? —preguntó Charlotte, con interés

brillando en sus ojos azules.

Genevieve contuvo una sonrisa, pero incluso ella sabía que también parecía el gato que se había comido la crema. —Debo admitir que nunca he sido sostenida de esa manera por un hombre, y ciertamente no esperaba que Tyndall fuera el primero. Pero ahora que lo ha hecho, las sensaciones que recorrieron mi cuerpo, señoras, bueno, incluso ahora mi piel se siente hormigueante, y mi estómago da vueltas de nervios. Disfruté de sus manoseos más de lo que pensé que lo haría. Es todo un seductor, pero también estaba terriblemente enojado conmigo. Visteis su cara cuando me abordó en la puerta justo antes. Temo que se lo dirá a mis padres.

—No se atrevería. ¿No después de haberte seducido frente a todos? —dijo Matilda.

—¿Qué te dijo? Espero que le hayas dicho que no tiene derecho a regañarte como a una niña —afirmó Charlotte.

—Discutimos. Estaba mortificado de que fuera yo a quien besó. —La molestia la invadió. ¿No había disfrutado del beso tanto como ella? Maldito bribón que no sabía cuándo tenía algo extraordinario en sus brazos—. Amenazó con decírselo a mis padres, pero le recordé que si lo hacía, exigiría a papá que obligara a Lord Tyndall a casarse conmigo por deber, lo que enfrió su amenaza de ser un soplón. Aun así, creo que estaba más enojado consigo mismo que con cualquier otra cosa. Había... digamos, señales de que su señoría no era inmune a mis encantos.

Se rio, y sus amigas también lo hicieron antes de que ella reuniera sus pensamientos. —Pero terminé explicándole que no estoy buscando matrimonio con su señoría, que tengo la mira puesta en alguien completamente diferente, y que debería mantener la boca cerrada y permitirme continuar con mi temporada como lo he hecho hasta ahora.

—¿Y estuvo de acuerdo? —preguntó Charlotte.

—No estoy segura —respondió con sinceridad—. Creo que no le diré a nadie que me besó, pero quería saber a quién quería perseguir. No se lo dije. Necesito aprender más sobre el señor Venzellons antes de decidir si sería un marido adecuado. Y él vive en Nueva York, lo que significaría dejar Inglaterra y a vosotras dos, lo cual, por supuesto, os extrañaría terriblemente. Hay mucho que considerar.

—Pero entonces, el señor Venzellons es tremendamente apuesto y rico. Tu vida en América no sería tan diferente de la que tienes aquí, y siendo hija de un duque, serías una invitada muy popular en la sociedad. Te adaptarías a tu nueva vida y te iría muy bien en el extranjero.

—Tal vez. —Genevieve, por mucho que necesitara un marido ahora, no había pensado mucho en dejar el país de su nacimiento para disfrutar de un matrimonio. Una punzada de tristeza se instaló en su alma ante la idea de dejar su amada Inglaterra y sus dos amigas. Probablemente no volvería a casa muy a menudo, y extrañaría terriblemente a Charlotte y Matilda, así como a su problemático hermano, aunque solo un poco.

La imagen de Lord Tyndall apareció ante sus ojos, y supo que lo extrañaría a él, posiblemente más que a nadie. Aunque no debería extrañarlo. Durante años, había sido un patán y había dejado claro que la encontraba más molesta que atractiva.

Excepto anoche...

Eso ciertamente había puesto una pequeña llave inglesa en sus planes. La hizo preguntarse si Tyndall la vería bajo una nueva luz después de su beso. Ciertamente parecía haberla disfrutado. Se mordió el labio, deseando sentir la atracción, la pasión que él evocaba.

—Deberías olvidarte de Tyndall y concentrarte en el señor Venzellons. Tal vez también tengas la oportunidad de besar al caballero. Decide si te gustan más sus besos que los de Tyndall, y entonces la elección será fácil. Si disfrutaste más con Tyndall, sabiendo que es tu enemigo y lo ha sido durante años, quizás sea mejor quedarte en Inglaterra y encontrar un marido aquí en lugar de irte a un nuevo país donde estarás sola con tu error. Pero... si el señor Venzellons despierta en ti un deseo que no se saciará, deberías ir tras él. Estoy segura de que tu cuerpo y tu alma te dirán qué dirección debes elegir —dijo Charlotte con un asentimiento decisivo.

—Creo que tienes razón, por supuesto. No me apresuraré en mi decisión. Mañana por la noche tenemos el baile de los Miller. Estoy segura de que ambos caballeros estarán presentes. Me permitirá ver cuán interesado está el señor Venzellons en mi mano. Si Lord Tyndall no causa más problemas y se mantiene alejado de mí, podré tomar una decisión más fácilmente.

—No volverá a molestarte. Como dijiste, si hubiera sabido quién eras, nunca te habría besado —dijo Matilda.

Una declaración decepcionantemente veraz. Lord Tyndall se había visto mortificado, asqueado hasta la médula, cuando se dio cuenta de que había besado a la hermana de su mejor amigo. Su enemiga.

Puede que ella fuera una mujer, pero él siempre la vería como una molestia, una niña problemática que lo seguía, suspirando por su atractivo y aceptabilidad. Bueno, ella había terminado de ser una cabeza hueca. Tenía un nuevo caballero que cortejar, lo que con suerte resultaría provechoso. Sabría que su elección era correcta si sentía el familiar deseo que Tyndall evocaba, pero con Venzellons.

Lord Tyndall detestaba su error al besarla. Esperemos que el señor Venzellons fuera diferente.

CAPÍTULO NUEVE

ACOMPAÑADA DE UNA DONCELLA, Genevieve empujó la puerta de Hatchards y entró en su librería favorita de Londres. Recorrió las numerosas salas en busca de una buena novela gótica que pudiera gustarle, pero su mente no lograba disipar la imagen de Lord Tyndall besándola. Ni la mortificación en su apuesto rostro cuando se dio cuenta de quién estaba en sus brazos.

¿Tan terrible era besarla?

Seguramente no.

Miró fijamente una hilera de libros, sus títulos y géneros borrosos, mientras su mente se detenía en lo que había ocurrido entre ella y Tyndall. Era el mejor amigo de su hermano, su enemigo y el matón de su infancia.

Y, sin embargo... también era el primer hombre que le había hecho sentir algo por el sexo opuesto.

¿Por qué no pudo sentir nada con él?

Maldito hombre, era como una piedra en su zapato.

—Lady Genevieve, qué afortunado encontrarla aquí.

Se volvió y miró al señor Venzellons, quien le sonreía como si fuera una extraña criatura que acababa de descubrir. Hizo una reverencia por cortesía y le devolvió la sonrisa.

—Señor Venzellons, buenas tardes. No esperaba encontrarlo en Hatchards —su padre los había presentado a principios de la temporada, pero desde entonces él había estado frustradamente distante.

Considerando que lo veía como el caballero más apuesto y adecuado para cortejar, debería haberse esforzado más por entablar conversación.

Tal como estaban las cosas, sabía muy poco sobre él. Sus gustos y disgustos, qué libros disfrutaba, cualquier cosa. No quería admitirlo, pero tal vez Lord Tyndall tenía razón en que debería conocer mejor al señor Venzellons antes de desearlo como esposo.

—Acabo de comprar *La historia de Tom Jones*, expósito —el señor Venzellons levantó el libro para demostrar que, efectivamente, había adquirido el tomo. Se volvió e inspeccionó los estantes frente a los que ella se encontraba—. ¿Está buscando la anatomía de los zorros? Parece estar frente a las ciencias zoológicas.

El calor besó las mejillas de Genevieve, y finalmente leyó los lomos de los libros, confirmando que, en efecto, se encontraba en la sección de ciencias animales.

Dejó escapar una risa incómoda.

—No, de hecho, me encuentra soñando despierta, y resulta que estaba haciéndolo frente a este género.

—Bueno, si necesita un poco de aire fresco, ¿puedo ser tan atrevido como para acompañarla un trecho hasta su carruaje?

—De hecho, sí. En realidad, me dirigía después a Hyde Park para dar un paseo con mis amigas, pero podría usar algo de compañía si le interesa.

—Tal vez podría escoltarla hasta allí, y disfrutaremos de un paseo juntos si no soy demasiado atrevido al pedirlo.

El placer recorrió a Genevieve ante su amable oferta. ¿Significaba esto que el señor Venzellons la favorecía y finalmente había comenzado su búsqueda de su mano? ¿Por qué otro motivo la buscaría aquí en la librería? Podría haberse ido simplemente después de comprar su libro.

—Me gustaría mucho —él le ofreció su brazo, y ella entrelazó el suyo con el de él, despidiéndose del dependiente con un buenas tardes antes de salir de la tienda. Jeffries, su cochero, abrió la puerta del carruaje y bajó los escalones—. A Hyde Park, Jeffries. El señor Venzellons me acompañará en mi paseo esta tarde.

—Por supuesto, Lady Genevieve —la atención de Jeffries se dirigió al señor Venzellons, y si no se equivocaba, su cochero no ocultó su crítica hacia su acompañante.

Recogió sus faldas y subió al carruaje, contenta de haber pedido que bajaran la capota esta tarde, especialmente ahora que estaba con el señor Venzellons. Su doncella se sentó en la parte trasera del carruaje, y pronto se encontraron traqueteando por las calles empedradas hacia el parque.

—Tengo entendido que es usted de Nueva York —dijo ella—. ¿Es muy diferente allí que aquí? He oído que es una ciudad creciente y bulliciosa que pronto rivalizará con Londres.

Él se recostó contra los cojines de cuero, con una sonrisa un tanto burlona para su gusto. Ella reprimió la preocupación de que tal vez no fuera tan encantador como pensaba, y se determinó a darle una segunda oportunidad.

—Nueva York es, en efecto, grandiosa, con muchas oportunidades. He tenido éxito allí más allá de mi imaginación, amasando una fortuna que no temo admitir que puede rivalizar con su dote.

Genevieve parpadeó como una lechuza, sin creer del todo que hubiera dicho esas palabras. Pero entonces, los americanos sí se jactaban, o eso había oído. Quizás si fuera su esposa, pronto se acostumbraría a tales hábitos.

—¿Y de dónde vino antes de mudarse a Nueva York y abrirse camino allí?

—Oh, vivía en la Provincia de Carolina del Norte, un estilo de vida agotador sin duda, pero

encontré oro, bastante de hecho, mientras buscaba, lo que me permitió mudarme a la ciudad. He comenzado a construir una casa en Manhattan donde me gustaría criar una familia algún día si Dios lo permite. Estoy seguro de que pronto habrá banca y comercio en la ciudad. Está creciendo a un ritmo astronómico que impresionaría a cualquiera.

—Bueno, suena emocionante.

El señor Venzellons sonrió. Era apuesto, con dientes limpios y rectos, pómulos pronunciados y los ojos azules más oscuros que había visto en mucho tiempo. Y sin embargo, las mariposas que esperaba sentir no aparecieron. No importaba cuánto tiempo mirara al atractivo hombre.

La idea de besarlo no le resultaba atractiva. Aunque el porqué era un misterio. Él era interesante, tenía un acento único y no era desagradable estar en su compañía, pero no había chispa, ni fuego en sus ojos, y ella ciertamente se sentía igual que él aparentaba.

¿Qué demonios le pasaba?

Quizás esos deseos y necesidades aparecerían con el tiempo, a medida que lo fuera conociendo mejor...

El carruaje avanzó por Piccadilly antes de girar hacia Park Lane y entrar en el parque. Viajaron en silencio por un tiempo antes de que Jeffries detuviera el carruaje sobre la hierba y bajara para ayudarlos a descender.

Genevieve se puso un sombrero de ala ancha, tomó la mano de Jeffries y bajó, aceptando el brazo del señor Venzellons mientras empezaban a caminar.

Estaban cerca del Serpentine y se dirigieron a un sendero de grava que rodeaba el lago. No darían una vuelta completa hoy, pero les daría tiempo para hablar sin interrupciones.

—El parque es hermoso, casi tanto como mi compañía esta tarde.

Genevieve soltó una risita, disfrutando de tales cumplidos espontáneos. Aunque había recibido muchos y había sido bastante popular en las últimas dos temporadas, eran de caballeros por los que no sentía interés. Era agradable escuchar un cumplido de un relativo desconocido. — Gracias, señor Venzellons. Es muy amable de su parte.

Alcanzó el abanico que colgaba de su muñeca y lo abrió, abanicándose.

—¿Tiene calor con ese vestido? Ver las modas que las mujeres deben soportar me hace sudar. No es que mi propio traje no sea caluroso, pero su falda debe tener yardas y yardas de tela.

Genevieve miró su vestido, segura de que el señor Venzellons tenía razón. Había más yardas en su falda de las que le gustaba saber. Pero hablar de las prendas de uno no era lo apropiado, y dudó si debía instruirlo sobre la etiqueta adecuada. Pero entonces, estaban solos, aparte de su doncella, que los seguía a unos pasos de distancia. ¿Qué daño hacía decir la verdad a veces?

—Hace mucho calor. Quizás podamos mantenernos a la sombra de los árboles —sugirió, señalando con su abanico un grupo de árboles que bordeaban el lago.

—Por supuesto. —El señor Venzellons la escoltó hacia senderos más sombríos, pero la vista de un bote en el lago llamó su atención. Sus pasos se detuvieron, y el señor Venzellons casi tropieza con ella ante la brusquedad de su parada.

—¿Ocurre algo, Lady Genevieve?

—No, nada en absoluto. —Empezó a caminar de nuevo hacia los árboles, y sin embargo, algo estaba ciertamente muy mal. ¿Por qué estaba Lord Tyndall en un bote en el lago, pero no con alguna mujer desconocida que no le importaba o que no le interesaba conocer, sino con una de sus mejores amigas en todo el mundo, Lady Charlotte?

CAPÍTULO DIEZ

BECKETT ENTRÓ en Whites al atardecer del día siguiente. Se detuvo a mitad de las escaleras y tomó un respiro para calmarse, necesitando apaciguar la ira, la irritación y el maldito deseo que aún lo recorrían después de besar a Genevieve.

Sin mencionar que verla esa tarde había puesto sus pelos de punta.

Y podía atribuir todos sus problemas a la puerta de un solo hombre.

El hermano de ella.

Su mejor amigo.

Al continuar, divisó a Martin recostado en un sofá, con los pies sobre el reposabrazos y un periódico sobre su rostro. Sin duda el canalla —y sí que era un canalla— estaba durmiendo la resaca de una noche de excesos.

Se acercó furioso a Martin y le arrancó el periódico de la cara, pero si esperaba que Martin se despertara sobresaltado y protestara por el asalto, no fue así. El bribón permaneció dormido, obsequiando a los presentes con su ligero ronquido.

—Martin, despierta —ordenó, pateando la pata de la silla, pero sin éxito—. Martin, despierta —dijo esta vez un poco más fuerte, y aun así el hombre seguía durmiendo.

—No lo despertarás. Estuvo en Vauxhall más temprano esta noche y apenas se tambaleó hasta aquí hace una hora más o menos. Dijo que estaba decidido a dormir sus indulgencias —llamó Lord Smythe, riendo de los excesos de Martin.

Beckett miró alrededor y perdió la paciencia. Divisó un vaso de agua y lo tomó, arrojando su contenido sobre el rostro de Martin. Golpeó el cristal contra una mesa cercana para rematar, contento de ver por fin un pequeño movimiento que indicaba que había despertado a su amigo.

—¿Qué demonios...? —murmuró Martin, incorporándose.

—Necesitamos hablar, y tú necesitas recuperar el sentido ahora mismo, o encontraré otro vaso de agua y te lo arrojaré a la cara por segunda vez.

Martin parpadeó, con la confusión enturbiando sus ojos verde oscuro —muy similares a los de Genevieve— antes de fruncir el ceño.

—¿Qué demonios, Tyndall? Estaba echando una siesta. ¿Sabes que nunca debes despertar a un hombre cuando está durmiendo? Y ciertamente no a tu mejor amigo. ¿Qué clase de

descortesía es esta? —protestó.

Beckett lo miró impasible.

—¿Tienes idea de lo que vi esta tarde?

—¿Qué? —dijo Martin, levantando el brazo para llamar a un lacayo, quien rápidamente le trajo un whisky, la bebida preferida de Martin.

—A tu hermana, caminando del brazo con el señor Venzellons. El americano, si lo recuerdas. ¿Qué descaro tiene ese hombre para escoltar a tu hermana por Londres como si fuera su igual?

—Es rico, ¿no es así? Eso lo hace lo suficientemente igual.

—Ella es la hija de un duque, y él es el hijo de nadie sabe quién.

—Hizo su fortuna, y por lo que sé de él, parece bastante agradable. Si tiene puesta su mirada en Genevieve, pues mejor. Ella necesita casarse y pronto. ¿Sabes que está en su tercera temporada? Mamá y papá están más que exasperados sobre qué hacer, y yo también. Es bastante bonita y tiene una dote muy generosa. Uno habría pensado que alguien ya la habría atrapado a estas alturas.

—Ella no es comida para que los hambrientos la devoren —gruñó Beckett, dejándose caer en su silla y fulminando con la mirada a su amigo—. Lady Genevieve debería casarse con un inglés apropiado de buena posición y sangre noble. No con un americano que encontró oro.

—Oh, sí, me mencionó esta tarde que había encontrado una cantidad bastante sustancial, suficiente para durarle toda la vida.

—Y si está mintiendo, y entregas a tu hermana a él, y ella sufre por tu mala elección, ¿qué pasará entonces?

—Supongo que volvería a casa... pero, ¿importa eso? —Martin apuró su whisky—. Y de todos modos, ¿qué te importa a ti? No es tu hermana.

La pregunta de su amigo lo tomó desprevenido, y por varios momentos, no supo cómo responder.

—No confío en ese hombre, y he oído que habla groseramente sobre Lady Genevieve, deseándola para sí mismo, para llevársela a la cama. No deberías querer eso para tu hermana.

—Ah, pero Tyndall, no es mi elección. Mi padre tomará esa decisión, y si no encuentra falta en el señor Venzellons, entonces yo tampoco lo haré.

—Eres mi amigo más antiguo y cercano. Debes hablar con Genevieve y advertirle que elija con cuidado y no con prisa. El matrimonio es un compromiso de por vida, y no creo que disfrutes verla infeliz y decepcionada.

—Bueno, por supuesto que no, pero si estaba caminando con el señor Venzellons, ¿qué puedo hacer al respecto? Tiene edad suficiente para saber lo que es bueno y malo, correcto e incorrecto para ella misma. Si desea aceptar el cortejo del hombre y su eventual propuesta, no seré yo quien lo impida.

Maldita sea si Beckett permitiría semejante desgracia. Pero entonces, ¿qué podía hacer al respecto?

Había visto el momento en que Genevieve lo divisó, y el disgusto, la molestia y el desprecio que se asentaron en su bonito rostro le hicieron saber que ella no lo escucharía ni tomaría su consejo.

Pero después de su beso, maldita sea, un beso que lo había obsesionado, había hecho algo tan fuera de lo común que incluso ahora, no podía creerlo.

Le había pedido a Lady Charlotte, que estaba caminando cerca del Serpentine, que dieran un paseo en bote. Solo para obtener más información sobre Lady Genevieve y su pretendiente. Un error, porque Charlotte, leal a Genevieve, no había dicho una palabra y había sido vaga y poco útil en todos los sentidos.

—Espero que esta exagerada reacción hacia mi hermana y el señor Venzellons no indique que tus sentimientos hacia mi hermana han cambiado. Conozco tu pasado, y te conozco mejor de lo que crees, y no serías adecuado para ella. De hecho, tu estilo de vida actual, similar al mío, indicaría que no eres adecuado para nadie en este momento.

—Eso es duro —Beckett iba a discrepar pero no pudo. Martin tenía razón. No había estado buscando esposa, pero tampoco se había desalentado de encontrar una si una mujer deseable se cruzaba en su camino durante la temporada.

Rechinó los dientes, odiando que Lady Genevieve le hubiera hecho sentir cosas que no había sentido... bueno, nunca. Sacudió la cabeza, convencido de que era solo porque la conocía tan bien y desde hace tanto tiempo que tenía una reacción tan visceral hacia ella, nada más. Ciertamente no quería cortejarla él mismo. Ni la quería en su cama.

Aunque una noche no sería ningún sacrificio...

Maldita sea, hombre, contrólate.

—Quiero tu palabra de que no cortejarás a mi hermana. Hemos sido amigos durante muchos años y hemos pasado y experimentado mucho en nuestras vidas. Odiaría que te casaras con Genevieve, sabiendo lo que sé sobre tu pasado libertino. Solo la decepcionarías, Tyndall. Posiblemente más de lo que Venzellons podría hacerlo jamás.

Beckett digirió las palabras, inseguro de si le gustaba alguna de ellas o cómo lo hacían quedar.

—No, Genevieve estaría mejor con Venzellons si es con alguien. Creo que disfrutaría Nueva York. Siempre ha querido viajar, y su vida comenzaría con una aventura en las Américas.

—Tienes mi palabra. No la cortejare. Simplemente estoy preocupado por Lady Genevieve, eso es todo. Nunca la pretenderé. No seas absurdo al sugerir tal desenlace. Pero tampoco puedo estar de acuerdo con que el señor Venzellons sea adecuado. Es peor que tú y yo, y Lady Genevieve merece algo mejor que casarse con un bribón.

—Bueno, es una lástima que te desagrade tanto el señor Venzellons.

—¿Y por qué es eso? —preguntó Beckett.

—Porque lo invité a la casa de mamá mañana por la tarde, y me aseguró que asistiría. ¿Aún harás acto de presencia sabiendo que él va a venir?

Beckett suspiró. —Por supuesto. No soy tan imbécil como para desairar la invitación de tu mamá —Aunque eso no significaba que tuviera que ser agradable con el hombre. Eso podría ser demasiado pedir.

CAPÍTULO ONCE

EL TÉ de la tarde ofrecido por la Duquesa Curzon estuvo muy concurrido. Sin importar el clima o si alguien se sentía mal por los excesos de la noche anterior, pocos se perderían uno de los eventos de la matrona más influyente de la alta sociedad.

Lord Tyndall no era una excepción a esta regla, ya que había decidido asistir y observarla como su padre lo había hecho la primera vez que ella montó un poni sola.

Genevieve se sentó junto a Matilda. Golpeaba suavemente con su zapatilla la alfombra de Aubusson, esperando que Charlotte llegara para preguntarle qué hacía navegando con Tyndall el día anterior.

La noche anterior, apenas había dormido, tan inquieta por la idea de que su amiga estuviera siendo cortejada por semejante sinvergüenza que, apenas unas noches atrás, la besaba con abandono.

—Te prometo, Genevieve, que Charlotte navegando con Lord Tyndall no significó nada en absoluto. Él le estaba mostrando amabilidad cuando Lord Wilton, con quien ella había estado paseando por el parque, la abandonó para escoltar a la señorita Hogsworth en un paseo en bote. Te juro que no sabía dónde mirar ante el rostro abatido de Charlotte, y si hubieras estado allí, habrías pensado muy bien de Tyndall, como yo lo hice, por salvar su corazón herido en ese momento.

Genevieve suspiró, queriendo creer a Matilda, pero tampoco le gustaba la sensación de inquietud que la invadía al pensar en Tyndall cortejando a otra. Quizás por eso su sueño la noche anterior había estado lejos de ser reparador.

Seguramente no. Ella detestaba a Tyndall...

Todo su malestar, por supuesto, podía atribuirse a Lord Tyndall. Si no la hubiera besado en el baile de máscaras de los Fraser, no sabría lo que era estar en sus brazos, marcada por sus labios perversos. El pensamiento de su boca moviéndose sobre la suya, su lengua totalmente inapropiada y deliciosa contra la de ella, hacía que su piel se erizara de conciencia incluso ahora.

Maldito hombre.

Miró al otro lado de la sala y se encontró con la mirada del hombre tan frustrante. Debería apartar la vista, pero algo en sus tormentosos ojos azules hacía que no pudiera.

No quisiera hacerlo.

Oh, por favor, que no esté enamorada de Tyndall. De todos los hombres de Londres, él era el último con quien debería querer casarse. Eran enemigos de toda la vida, lo habían sido durante años. Después de un tonto beso, no podía tener sentimientos —emociones que había trabajado tan duro para cortar— burbujeando dentro de ella nuevamente y causando conflictos después de su rechazo años atrás.

—Y de todos modos, ¿por qué te importa si a Charlotte le gustara románticamente Tyndall? No es como si lo quisieras para ti. Tienes tu mira puesta en el señor Venzellons, quien, hablando del rey de Roma, acaba de llegar.

Por mucho que no quisiera lastimar su tonta alma, Genevieve apartó la mirada de Tyndall y la dirigió hacia el señor Venzellons, quien hablaba con su hermano y su madre. Les dedicó una sonrisa de bienvenida mientras se acercaban a ella.

Genevieve se puso de pie y esperó pacientemente a que el señor Venzellons hiciera una reverencia ante ella.

—Genevieve, recuerdas al señor Venzellons de Nueva York —dijo su hermano con orgullo, mirando a ambos—. Señor Venzellons, mi hermana, Lady Genevieve.

Genevieve extendió su mano y sonrió con gracia. Por el rabillo del ojo, podía ver a Tyndall de pie cerca, demasiado cerca para su comodidad, y su molestia prácticamente emanaba por la habitación como una llama ardiente. ¿Qué hacía él aquí de todos modos? No debería interferir en su vida, haciéndola sentir incómoda en su propia casa. Solo los amigos de mamá y los caballeros que deseaban cortejarla deberían estar aquí.

Tyndall no tenía derecho a estar aquí en absoluto.

—Un placer volver a encontrarnos, Lady Genevieve. Por fin estoy ante una de las mujeres más hermosas que Londres, y me atrevería a decir que Inglaterra, tiene para ofrecer. —Tomó su mano enguantada y la besó, mirándola a los ojos mientras lo hacía. Sin hacer ninguna mención de que apenas habían paseado ayer.

Parecía que al señor Venzellons le gustaban los juegos.

—Muchas gracias —respondió ella, habiendo escuchado tales cumplidos muchas veces antes. Era decepcionante que no pudiera pensar en algo más original que lo que todos los otros caballeros de la ciudad solían decirle.

—¿Le gustaría dar un paseo, Lady Genevieve? Veo que otros están aprovechando los jardines en esta hermosa tarde.

Bueno, quizás resultara un poco más interesante después de todo.

Un paseo afuera, lejos de los ojos indiscretos de su familia, siempre era bienvenido. —Me encantaría. —Genevieve tomó su brazo, y él la condujo a la terraza. Había una ligera brisa esta tarde, pero aun así, el día era cálido y agradable. Caminaron por la terraza, ambos en silencio por un momento, y ella se esforzó por pensar en algo digno e interesante que decir. Por alguna razón desconocida, el silencio era incómodo, y eso no le daba las mejores reflexiones para un cortejo

exitoso.

—No mencionó que paseamos ayer, señor Venzellons. ¿Siempre es un poco travieso en sociedad para que nuestra reintroducción no haya ocurrido antes? —no pudo evitar preguntar.

Él sonrió con picardía. —Disfruto jugando con las palabras y las personas, pero prometo que nunca hay malicia en mis acciones. —La estudió por un momento antes de decir—: Y estoy agradecido con su hermano por invitarme. He estado deliberando sobre cómo volver a visitarla. Disfruté mucho nuestro paseo de ayer.

Caminaron por un sendero que atravesaba el césped y pasaba junto a hileras de rosas, lavanda, romero y dedaleras. Una abundancia de plantas fragantes que su mamá podía pedirle al jardinero que plantara.

—Al igual que yo, señor Venzellons.

—Y ahora que os he vuelto a encontrar a vos y a vuestra encantadora mamá, sé que nunca querré irme —su tono era bromista, su profundo acento americano espeso y bajo, con una ronquera que ella no había escuchado antes.

—Bueno, sois más que bienvenido a quedaros —pasaron junto a otras parejas y grupos de amigos que tomaban el aire antes de regresar a la casa.

Genevieve miró hacia la terraza. Un error en el momento que lo hizo. Sus pasos vacilaron, y cubrió su error con una risita. —Oh, vaya, parece que se me ha metido una piedrecita en la zapatilla. ¿Podemos detenernos un momento mientras arreglo mi zapato? —preguntó, frunciendo el ceño. Al ver al enfadado, decepcionado y malhumorado Lord Tyndall observándolos, supo que no era un caballero con el que deseara encontrarse demasiado pronto.

—Oh, por supuesto, permitidme ayudarlos.

Antes de que Genevieve pudiera protestar, el señor Venzellons se arrodilló y alcanzó su pie. Le levantó la pierna, sujetándola por el muslo. Genevieve jadeó, nunca antes había sido manoseada de tal manera por un extraño. La sonrisa traviesa y conocedora que el señor Venzellons le dedicó mientras le quitaba la zapatilla y la volteaba no estaba segura de que le gustara particularmente. Parecía un poco amenazante, poco confiable y lo opuesto a lo que había declarado anteriormente.

—Ya está, se ha ido —le volvió a poner la zapatilla, pero su agarre en su pierna se prolongó más de lo debido. El calor besó las mejillas de Genevieve, y antes de que pudiera sacar su pierna de su agarre, la sombra de Lord Tyndall cubrió al señor Venzellons.

—Le sugiero que suelte la pierna de Lady Genevieve antes de que ya no tenga manos para sostener nada de valor nunca más —el tono de Tyndall era mortalmente silencioso, pero para el oído bien entrenado, era uno que nadie debía ignorar. Nunca lo había escuchado sonar tan enfurecido y amenazante.

Un pequeño aleteo ocurrió en su pecho. ¿Realmente le importaba a Lord Tyndall su reputación... le importaba ella?

—Y por curiosidad, ¿vais a ser vos el tipo que me quite las manos? —preguntó el señor

Venzellons, con un gesto arrogante en los labios.

Oh, cielos, ¿realmente había hecho esa pregunta?

Genevieve miró alrededor buscando a su hermano, a su padre, a cualquiera que pudiera detener lo que temía que sucediera: una pelea a puñetazos en su jardín frente a todo el *ton*. Su mamá nunca la perdonaría por el escándalo.

Genevieve se interpuso entre Lord Tyndall y el señor Venzellons, asegurándose de que no ocurriera ninguna pelea. —Necesito un refrigerio, señor Venzellons. Si vos...

—Una idea maravillosa, Lady Genevieve. Permitidme escoltaros —Tyndall le agarró la mano y se la llevó antes de que pudiera responder.

El rostro sorprendido del señor Venzellons fue lo último que vio antes de ser arrastrada alrededor de la terraza hacia un lado de la casa y fuera de la vista de todos sus invitados.

CAPÍTULO DOCE

LORD TYNDALL no habló mientras la arrastraba por el jardín hacia el invernadero en el lado opuesto de la casa. Genevieve debería haberlo detenido y haberle dicho a su señoría que se estaba tomando demasiadas libertades, pero no lo hizo. Una pequeña maldad se había apoderado de su alma, y quería ver exactamente de qué se trataba su exagerada reacción.

La detuvo bruscamente dentro de la puerta del invernadero y se puso las manos en las caderas. Genevieve lo miró con una inocencia que sabía lo enfurecería aún más, pero no le importaba. El hombre había causado una escena con un caballero que ella esperaba que demostrara ser digno como su esposo. Tyndall no era su hermano ni su padre, después de todo. No tenía derecho a meter su perfecta nariz en sus asuntos.

—¿Hay alguna razón por la que estás parado frente a mí como si estuvieras a punto de reprenderme por pasear por mi jardín con un caballero admirador que podría terminar siendo mi esposo?

—¿Has perdido el juicio, Lady Genevieve? No puedes permitir que los hombres se aferren a tu cuerpo como lo hiciste. Te tenía agarrada de la pantorrilla, por el amor de Dios —Tyndall se pasó una mano por el pelo, dejándolo de punta.

Sin pensarlo, ella extendió la mano y arregló un rizo suelto para que no le cayera sobre el ojo.

Él le sujetó el brazo. Ella sabía lo que él había pretendido hacer: apartarla, reprenderla más, regañarla y recordarle su posición y lugar en la sociedad. Que no podía defraudar a su familia llevándose a la ruina, y sin embargo, no lo hizo.

La miró con un anhelo torturado que arrancó todo sentido común de su mente. Sin cuidado, ella cerró el espacio entre ellos, le agarró la nuca y lo besó.

Lo besó con toda la pasión y el anhelo que se habían acumulado en ella durante los últimos años. Dejó que lo que había anhelado que él hiciera cuando ella tenía la tierna edad de quince años la abrumara ahora.

Había aprendido a odiarlo, pero al mismo tiempo no podía dejar de desearlo.

Él gruñó un sonido profundo y torturado que reverberó a través de su alma, dejándola ansiando más. No se apartó, no la empujó hacia atrás, sino que la atrajo con fuerza contra él y le devolvió el beso. La sostuvo firmemente contra su cuerpo.

Genevieve perdió todo sentido del decoro. Envolvió sus brazos alrededor de su cuello y lo besó con abandono. Su boca se movía, la provocaba y la seducía hacia su mundo impuro. Podría perderse allí y ser feliz haciéndolo. Especialmente cuando el enloquecedor conde besaba tan bien como para dejarla sin aliento.

Sus manos estaban por todas partes. La levantó con fuerza contra él, y ella pudo sentir el contorno endurecido de su virilidad. Debería asustarla, alejarla o hacerla correr hacia su mamá y exigir que lo obligara a casarse con ella, pero no lo hizo.

En cambio, se dispuso a disfrutar del delicioso calor que se acumulaba entre sus piernas. Un dolor que, sin importar cuánto se presionara contra él, cuán firme fuera su mano en su trasero sosteniéndola cerca, no cedía.

—Genevieve, maldita sea —gimió él, moviéndose de alguna manera para provocarla más.

La necesidad se acumuló hasta un punto que la dejó sin sentido. No sabía qué era, pero lo deseaba con todo lo que la hacía ser quien era. —Tyndall, me haces sentir... sentir... —Cielos, no podía recuperar el aliento ni formar palabras. El hombre la estaba desconcertando por completo.

—¿Hambrienta? —preguntó él, su beso perverso robándole el aliento y el poco juicio que le quedaba.

—Tan hambrienta —La palabra no podría haber encajado mejor en la situación. Era un hambre que solo él parecía evocar y saciar simultáneamente. Y sin embargo, tenía que haber más en lo que venía después de tal beso, pero ¿qué? Y ¿por qué quería que Tyndall fuera quien se lo mostrara...

Todo.

Enloquecedor...

Genevieve se sentía demasiado bien en sus brazos. Él debería detenerse. Abandonar esta locura antes de que los descubrieran y los casaran antes de la medianoche.

No podía.

Nunca había estado tan cerca de perder el autocontrol. Si no fuera la hermana pequeña de su amigo, estaría tentado de levantar su pesada falda, acariciarla y saciarlos a ambos en este húmedo invernadero.

¿Cuándo demonios había empezado a desear a Lady Genevieve?

Su enemiga.

Una pequeña pícara molesta que lo seguía como un cachorro perdido.

Maldita sea. Era el peor de los libertinos.

Con renuencia, se apartó bruscamente y los separó, luchando contra el abrumador impulso de terminar lo que habían comenzado. —Esto *no* cambia lo que estábamos discutiendo antes —logró decir, sus palabras sin aliento y cortantes fallando en eliminar el anhelo que ardía en los hermosos ojos verdes de Genevieve—. Tu conducta con el señor Venzellons fue inapropiada y cortejaba el escándalo.

Ella se burló y pasó junto a él, dirigiéndose hacia la puerta del invernadero que conducía a la

casa principal. —Eso es rico, milord. Parece mucho menos escandaloso que lo que acabábamos de hacer. ¿Sabes que esta es la segunda vez que me asaltas? La segunda vez que he sentido tu virilidad tensándose contra tus pantalones de seda —Su mirada se deslizó entre sus piernas, y él apretó los dientes, sabiendo que lo que ella decía era válido y sin poder refutarlo.

—El señor Venzellons no es adecuado para ti. Te lo digo como amigo. Estarás insatisfecha e infeliz en un matrimonio con él. Dudo que te fuera fiel —¿Qué estaba haciendo? Necesitaba dejar a Genevieve en paz y permitirle tomar sus propias decisiones, correctas o incorrectas. Su familia podría cuidarla y guiar su camino.

Ciertamente no debería estar besándola en invernaderos y luego reprendiéndola por sus elecciones, que no eran asunto suyo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Martin, el hermano de Genevieve, uniéndose a ellos y mirándolos con sospecha.

—Tu hermana permitió que el señor Venzellons le arreglara el zapato, y él se tomó libertades tocándole la pantorrilla. Te advertí que el hombre es un canalla.

Genevieve se burló, y él maldijo para sus adentros.

Quizás estaba siendo obstinado al llamar canalla a Mr. Venzellons, especialmente cuando él mismo lo era la mayor parte del tiempo. Justo esta noche había besado a una mujer en edad casadera, virgen, y hermana de su amigo. Apretó los dientes, cerró los puños a los costados e ignoró el zumbido en sus oídos, que se negaba a ceder.

—Genevieve, ¿es eso cierto? —preguntó Martin, mirando fijamente a Genevieve.

—Tenía una piedrecilla en el zapato y él me ayudó. Sabes lo difícil que hubiera sido para mí arreglar el problema con mi vestido, hermano. No interpretes de más las palabras de Lord Tyndall. Está abrumado por las emociones en este momento.

¿Abrumado por las emociones?

La fulminó con la mirada. ¿Quería jugar a este juego? —Tal vez seas tú quien está abrumada por haber sido molestada por un hombre que no es tu esposo y deberías volver a tu habitación a reflexionar sobre las cosas y lo que una joven como tú debería permitir.

Sus ojos se agrandaron, pero él sabía que era lo suficientemente inteligente como para entender que se refería a sí mismo y no a Venzellons.

—Bueno, una piedrecilla no es nada, supongo, y si dices que no ocurrió nada indebido, me alegro de no tener que contárselo a Mamá o Papá. Pero Tyndall tiene razón. Deberías retirarte y descansar antes de esta noche. Ha sido una tarde ajetreada, y la mayoría de los invitados se están marchando ahora, lo que me lleva a por qué te estaba buscando, Tyndall. ¿Te apetecería una partida de cartas en Whites?

—Por supuesto —respondió Beckett.

—Ven entonces. Ordenaré mi carruaje. Puedes atar tu caballo atrás y viajaremos juntos.

Beckett vio a Martin dejarlos solos, aparentemente olvidando que no debía hacerlo.

—Tal vez debería contarle a mi hermano quién más me manoseó esta tarde, ya que te gusta

chismorrear, milord.

Tenía la intención de pasar de largo, dejarla sola e ignorar el fuego que ardía entre ellos, pero no pudo. Se detuvo a un suspiro de ella y contempló su belleza, que solo aumentaba con cada año que la conocía.

—Si hicieras eso, Genevieve —dijo, usando su nombre de pila—, estaríamos unidos para siempre, pues serías mi esposa. No creo que eso sea lo que quieres. No realmente.

Ella levantó la barbilla, meditando sus palabras. —No es lo que había imaginado, no. He pensado en un futuro diferente para mí, y debes dejarme intentar conseguirlo antes de que arruines mi Temporada.

—Puedes elegir a cualquiera menos a él. —Odiaba la idea de que ella dejara Londres, Inglaterra, que estuviera tan lejos...

—Esa no es tu elección —dijo ella, saliendo de la habitación con toda la gracia que le permitía su voluminoso vestido.

—Aun así, no va a suceder —susurró para que ella no pudiera oírlo.

Una promesa para sí mismo más que nada. Genevieve le agradecería su intromisión algún día. Tal vez no hoy, ni esta Temporada, pero algún día.

CAPÍTULO TRECE

VARIOS DÍAS DESPUÉS, Beckett recibió una invitación para asistir a una cena organizada por el Duque y la Duquesa Curzon. Un evento al que solía acudir con frecuencia, pero al aceptar ir, no pudo evitar preguntarse si habría una razón oculta detrás de esta cena improvisada.

La duquesa no solía organizar tales eventos durante la temporada, prefiriendo celebrar té por la tarde o su baile anual, pero nada más allá de eso.

Su carruaje se detuvo frente a la majestuosa casa georgiana. Se ajustó el corbatín y revisó su atuendo antes de que un lacayo corriera hacia la puerta del vehículo para bajar los escalones y abrirla.

Al salir del vehículo, Beckett respiró hondo y miró hacia la mansión que había sido su segundo hogar durante muchos años. ¿Quién más estaría aquí esta noche? Solo podía esperar que el señor Venzellons no fuera uno de ellos, pero algo le decía que se llevaría una decepción.

Un lacayo tomó su abrigo y lo condujo hacia el salón donde todos estaban reunidos antes de la cena. Saludó al duque y a la duquesa, besando a esta última, a quien veía como una segunda madre después de haber perdido a la suya hace muchos años.

—Tyndall, por aquí.

La voz de Martin llamó su atención, y se disculpó para dirigirse hacia su amigo.

—Buenas noches. Gracias por la invitación.

—Ah, sí, bueno, Genevieve convenció a mamá para que organizara una cena y así poder invitar al señor Venzellons. Está allí hablando con ella ahora mismo. Creo que el americano desea casarse con ella. ¿Puedes creerlo?

Tyndall podía creerlo perfectamente. A pesar de todas sus molestias cuando se trataba de Genevieve, era excepcionalmente hermosa y estaba en edad casadera.

Tomó una copa de vino de un lacayo que pasaba y miró hacia Venzellons y Genevieve.

Pero se equivocaría si esperaba verla como siempre la había visto estos últimos años en sociedad, llevando grandes pelucas blancas con cintas o joyas que acentuaban las opulentas piezas.

—Yo... eh... —No pudo formar palabras. Se aclaró la garganta y bebió un sorbo de vino, cualquier cosa para ayudarle a funcionar como un ser humano.

No desde que la había molestado por su cabello la había visto con su hermosa forma natural. Pero esta noche, caía sobre sus hombros, largos y suaves rizos rojos, y una simple cinta alrededor de su corona para mantenerlo alejado de su rostro.

Su mano temblaba mientras sostenía la copa, incapaz de apartar los ojos de ella.

—Deja de mirar, Tyndall. Asustarás a Venzellons, y no importa lo que pienses, el hombre es adecuado para Genevieve. Ella siempre ha querido viajar y ver más del mundo. Un matrimonio con un americano será bueno para ella. Será feliz.

Estará tan lejos...

Apartó la mirada y luchó por parecer indiferente ante la visión de ella que aún se materializaba en su mente. Martin sugirió que hablaran con algunas de las otras damas presentes, y Tyndall no pudo estar más de acuerdo.

Cualquier cosa para mantener su mente alejada de cómo lucía Genevieve esta noche. Aun así, incluso mientras saludaba a varias damas, una de las cuales era Lady Matilda, no podía evitar que su atención volviera al lugar donde estaba Genevieve.

Ella se rio de algo que dijo el señor Venzellons, y los ojos de Beckett se entrecerraron. ¿De qué estarían hablando? ¿Estaba Venzellons siendo inapropiado? Si el bastardo se arrodillaba ante ella y la tocaba de nuevo, esta vez no solo le quitaría las manos, sino que también le arrancaría los brazos.

—Gracias de nuevo, Lord Tyndall, por nuestro paseo en bote en el parque el otro día. Lo disfruté mucho.

—Oh —murmuró, apartando la mirada de Genevieve y prestando toda su atención a Lady Charlotte, que ahora estaba frente a él. ¿Cuándo se había unido a su grupo? ¿Estaba tan preocupado por la pelirroja al otro lado de la habitación que no se había dado cuenta?— Me alegro mucho —dijo.

—Si está interesado en hacerme su esposa, quizás podríamos hacerlo de nuevo para que pueda proponérmelo.

—Sí, por supuesto... —Beckett observó cómo Genevieve aceptaba una copa de champán de Venzellons. Sus manos se tocaron, y si no se equivocaba, Genevieve estaba jugando con el caballero. Coqueteando.

—¿O quizás podría proponérmelo aquí y ahora?

Frunció el ceño y se volvió hacia Lady Charlotte, dándose cuenta de lo que estaba diciendo... lo que él había dicho.

—Oh, le ruego me disculpe, Lady Charlotte. No quise... No estaba exactamente...

—¿Prestando atención a lo que estaba diciendo? —afirmó Lady Charlotte con franqueza—. Sí, lo sé, y es por eso que dije lo que dije para ver si respondía adecuadamente. —Miró en dirección a su amiga—. Si le gusta Genevieve, debería decírselo antes de que sea demasiado tarde.

Beckett asimiló el consejo, sin saber si debía decir algo a la amiga cuya lealtad estaba con

Genevieve y no con él. Probablemente le contaría a Genevieve todo lo que dijera, pero eso no serviría de nada.

—Apenas somos amigos, como sabe. No veo a Lady Genevieve de esa manera.

Charlotte se burló, y él la miró.

—Por favor. —Puso los ojos en blanco, y Beckett se preguntó si todas las jóvenes de estos días eran tan atrevidas y directas en su forma de hablar.

Las Tres Gracias ciertamente parecían serlo.

—Para un caballero que no está interesado, ciertamente parece preocupado por quién la está cortejando.

—Apenas estoy interesado. Simplemente la conozco casi toda mi vida y no quiero verla cometer un error.

—El señor Venzellons no será un error. Es un libertino, como usted. ¿Acaso usted sería un error? ¿La trataría mal si llegara a casarse con usted? ¿Continuaría con su estilo de vida sin importar si hiciera votos ante Dios?

—Bueno, yo... —Frunció el ceño, desconcertado por la idea de estar con alguien que no fuera Genevieve. Siempre había disfrutado de la libertad de estar con las mujeres que le atraían. Pero últimamente, cuando surgía la oportunidad, los rostros de las mujeres se transformaban en el de Genevieve, haciéndole cuestionar sus elecciones y dejándolo aún más confundido.

¿Qué demonios está pasando?

Nunca le había gustado que ella lo siguiera cuando era joven, y ciertamente no quería que lo hiciera ahora. No es que lo estuviera haciendo, pero de alguna manera, en su obsesión por que ella se casara con Venzellons, parecía haber intercambiado lugares con ella.

Y eso no era deseable.

—Es algo en lo que pensar, ¿no es así? —dijo Lady Charlotte, observándolo por encima del borde de su copa de champán mientras bebía.

Se anunció la cena, salvándolo de tener que decir algo más. Se dirigió al comedor y tomó asiento, solo para encontrar a Genevieve sentada frente a él, con el señor Venzellons a su lado, sin duda por designio de la duquesa.

Los observó a ambos, tomando su agua y bebiendo un sorbo. —Lord Tyndall, qué golpe de suerte estar sentada a su lado. No lo he visto en algunas semanas.

Se quedó inmóvil al escuchar el tono seductor de Lady Masters. Armándose de valor, se volvió hacia ella, sonriendo. —Buenas noches. Han pasado algunas semanas. ¿Cómo ha estado? —Realmente necesitaba dejar de coquetear con las viudas de la alta sociedad. Ciertamente lo salvaría de conversaciones incómodas como la que estaba a punto de producirse.

Miró al otro lado de la mesa y vio que Genevieve lo observaba. La visión de ella con su cabello natural hizo que se le cortara la respiración.

Demonios, era absolutamente divina y se veía lo suficientemente apetecible como para comérsela.

No podía dejar de admirarla, sin importar quién observara su prolongada inspección de la hija del duque.

—Estaría mejor si me visitaras, milord. Mi gatita extraña tus caricias.

Se quedó inmóvil, esperando que nadie más hubiera escuchado las palabras de Lady Masters o supiera interpretarlas más a fondo si lo habían hecho.

Sin embargo, su esperanza se desvaneció en el momento en que vio el gesto de desprecio de Genevieve hacia su señoría. Seguramente Genevieve no conocía el significado detrás de las palabras de su señoría. Sería peor si lo supiera. Porque entonces seguramente entendería lo que había ocurrido entre ellos en el pasado.

La vergüenza lo invadió antes de que la molestia ocupara su lugar. —Debería moderar su forma de hablar, milady. Estamos en una cena, no en un entorno privado —susurró.

Lady Masters soltó una risita e hizo un gesto de cerrar sus labios con un botón antes de volverse hacia el caballero a su derecha.

—Disculpen —oyó decir a Genevieve.

Miró al otro lado para verla ponerse de pie antes de susurrar algo a su madre y salir de la habitación. ¿Volvería? Se devanó los sesos buscando una forma de ir tras ella, sabiendo que esa posibilidad estaba fuera de toda cuestión.

No sin levantar sospechas.

Captó la sonrisa burlona de Venzellons mientras observaba a Genevieve salir de la habitación, y todo dentro de él se paralizó.

¿La habría insultado el hombre de alguna manera? ¿Había sido inapropiado?

Si lo había sido, habría un desenlace que a este estadounidense podría no gustarle, y esa sonrisa burlona sería borrada de su rostro por su puño de manera muy satisfactoria.

CAPÍTULO CATORCE

TENÍA pocas probabilidades de volver a la cena. La visión de Lord Tyndall y Lady Masters, una conocida amante suya, era suficiente para quitarle a cualquiera el apetito por el cisne asado que su madre iba a servir.

Y, sin embargo, no podía esconderse eternamente en su habitación. Necesitaba regresar y soportar ver a Lady Masters adulando a Tyndall como si fuera el único hombre que valiera la pena.

No lo era. Y cuanto antes lo supiera el caballero, mejor.

Salió de su habitación y volvió abajo, tomando asiento junto al señor Venzellons con un aire de indiferencia que solo era superficial.

No podía soportar ver a otra mujer recordar su noche de pasión con su enemigo, un hombre que pensaba demasiado en sí mismo.

Colocó la servilleta en su regazo y alcanzó su copa de vino.

—¿Está todo bien, Lady Genevieve? —preguntó el señor Venzellons, con una amabilidad sin igual. Disfrutaba de su compañía. Era agradable y divertido, y siempre la hacía reír.

Pero faltaba algo: esa chispa de la que ella y sus amigas habían hablado a menudo, esa química, ese hambre que rugía y crecía cada vez que estaba cerca el caballero que realmente admirabas.

Miró al otro lado de la mesa y se encontró con los ojos de Tyndall, que la observaba.

Estaba tratando de descifrarla, o al menos entender por qué había abandonado la mesa, sin duda. No le haría gracia si supiera que era porque la visión de Lady Masters adulándolo era suficiente para hacerle temblar el ojo.

¿Por qué, sin embargo?

Lo detestaba, y lo había hecho durante años. Era un bravucón y se había burlado de su cabello, que esta noche llevaba suelto solo para fastidiarlo. Lo había hecho creyendo que la miraría con desagrado, tal como lo había hecho muchos años antes, y su elección se volvería aún más clara.

Y, sin embargo, eso no había sucedido.

Todo lo contrario, de hecho. Parecía desconcertado, más cautivado de lo que ella jamás lo

había visto.

Ese maldito hombre necesitaba aclarar su mente y sus sentimientos.

—Todo está bien, gracias. Solo recordé que había dejado mi labor de punto demasiado cerca del fuego en mi habitación.

—Por supuesto —respondió Venzellons, aclarándose la garganta—. ¿Te he dicho esta noche que te ves excepcionalmente hermosa? —Tomó su mano y besó sus dedos enguantados.

Genevieve deseaba que las mariposas que revoloteaban continuamente en su estómago cuando estaba cerca de Tyndall hicieran lo mismo con Venzellons, pero no lo hacían.

Hizo su mejor esfuerzo por sonreír, por parecer complacida. Qué decepcionante era su cuerpo para ella. Él era tan terriblemente apuesto y rico, y le daría una vida emocionante y diferente. ¿Y qué hacía ella a cambio?

Nada. No sentía absolutamente nada en absoluto.

Alcanzó su vino una vez más y Venzellons colocó su mano sobre la de ella, deteniéndola. —No bebas demasiado del tinto, Lady Genevieve. Acabarás ebria e incapaz de mantener una conversación adecuada conmigo esta noche.

Ella lo miró fijamente, esperó a que retirara su mano y luego levantó la copa de cristal, llevándola a sus labios. —Tengo sed. Beberé cuando lo desee, señor Venzellons. —¿Por qué demonios la estaba restringiendo así? Nunca había sido tan autoritario antes.

—Simplemente no deseo que nuestra noche se arruine si te embriagas.

—Tomar una copa o dos de vino durante la cena no terminará conmigo embriagada. —Por Dios, nunca se había embriagado en su vida y no iba a empezar a hacerlo durante una de las cenas de su madre.

—¿Le gustaría que le rellenara la copa?

El profundo barítono de Tyndall llegó hasta ella, y lo miró. Estaba de pie, había conseguido el tinto de un lacayo y se disponía a rellenar su copa.

—Gracias, sí. —Oyó a Venzellons aclararse la garganta, la tensión en su boca claramente indicando su molestia porque Tyndall la apoyaba en lugar de estar de acuerdo con él.

—Vaya, nunca pensé que vería el día en que un conde haría de lacayo en una cena —exclamó Venzellons, haciendo que todos en la mesa fueran conscientes de lo que Tyndall estaba haciendo.

—Yo nunca pensé que vería el día en que un hombre sin título instruiría a la hija de un duque sobre cómo debe comportarse en una cena, una organizada por sus padres, nada menos. Pero quizás en América hacen las cosas de manera diferente que aquí.

—Oh, hacemos las cosas de manera diferente. Puedo asegurarle, Lord Tyndall, que ninguna esposa mía bebería en exceso, ya sea en una cena de sus padres o en una que estemos organizando nosotros mismos.

—Qué fascinantes serán sus cenas, señor Venzellons. Asegúrese de invitarme. Odiaría perderme toda la diversión.

—Caballeros, caballeros, disfruten del delicioso ave hervida —anunció su padre, tratando de detener el desacuerdo entre los dos invitados.

Tyndall terminó de llenar su copa de vino antes de sentarse y mirar fijamente al señor Venzellons.

Venzellons imitó a Tyndall, y una especie de enfrentamiento comenzó durante unos latidos.

Genevieve tomó su vino y dio otro sorbo, ignorando la mirada penetrante que emanaba de su izquierda.

¿Qué demonios le había pasado al señor Venzellons esta noche, comportándose de esa manera? Aún no estaban casados y no tenía derecho a reprenderla o intentar impedirle disfrutar del delicioso clarete de su madre.

Afortunadamente, la cena progresó bien después de este pequeño arrebato, y pronto volvieron al salón, disfrutando del fuego y de Lady Poyntz, que tocaba el pianoforte.

Venzellons estaba de pie con su padre. Sus gestos y ceño fruncido no auguraban nada bueno para el disfrute de las copas después de la cena de su papá.

—Me temo que tu futuro esposo está enojado y en este momento le está explicando a tu padre por qué lo está. ¿Crees que el duque escuchará por mucho tiempo o pronto echará al desgraciado y pedirá que no lo molesten más?

Genevieve hizo una mueca. —Me temo que, por la expresión de papá, el señor Venzellons pronto aprenderá a no desagradar al duque con sus opiniones —Se volvió hacia Tyndall, levantando la mano antes de pensarlo mejor y agarrándole el brazo—. Gracias por servirme el vino. Me has salvado de actuar como una arpía, lo cual temo que el señor Venzellons no aprobaría. No para su esposa.

—Y sin embargo, he oído que disfruta de las mujeres impetuosas en todos los demás aspectos de su vida. Es bastante extraño, ¿no crees?, que quiera que su esposa sea dócil y sumisa.

—Extraño, sin duda —Genevieve cerró la boca de golpe. ¿Por qué estaba de acuerdo con Tyndall? Solo lo haría más crítico hacia el hombre que ella había elegido para casarse.

—Me alegro de que hayas entrado en razón. Espero que esto signifique que no te casarás con el señor Venzellons si te lo pide.

—¿Por qué no debería casarme con él? El hecho de que me haya advertido sobre beber demasiado vino esta noche no significa que siempre lo haga.

—¿Y si eso es lo que significa, qué harás entonces? Estarás al otro lado del océano en América. No podremos inclinarnos sobre la mesa para salvar tu trasero respondón.

—Nunca te pedí que salvaras mi trasero, Tyndall.

Él entrecerró los ojos, mirándola fijamente. —Creo que tu negativa a entrar en razón quizás significa que necesitas que te hagan entrar en razón.

—¿De verdad? —Genevieve levantó la nariz con aire de burla—. Y supongo que tú eres el caballero indicado para darme la lección.

—Puede que tenga que serlo —Hizo una pausa—. ¿Has dejado de escabullirte a eventos no

apropiados para damas jóvenes, inocentes y solteras como tú?

—No te lo diría aunque lo hubiera hecho. Esta es mi vida y la viviré como me plazca.

—Se lo diré a tu padre si no cesas con esta locura.

—Y yo le diré cómo me besaste, milord —Sonrió, recordando la sensación de su boca sobre la suya, su lengua, sus manos...—. No olvides que ambos tenemos secretos que deseamos mantener ocultos.

—Me sacas de quicio, Genevieve.

—Se te olvidó decir Lady antes de mi nombre, milord. No lo olvides de nuevo.

CAPÍTULO QUINCE

BECKETT APRETÓ LOS DIENTES. Estaba al borde de la desesperación con la muchacha, que empezaba a ocupar demasiado espacio en sus pensamientos diarios.

El señor Venzellons deambulaba por la sala, con una arrogancia suficiente para hacer que a Tyndall se le curvara el labio. ¿Por qué odiaba tanto a ese hombre? ¿Era simplemente porque era un estadounidense en Inglaterra intentando robar a una debutante deseable que le convendría a uno de sus amigos con título? ¿O era porque la debutante deseable que tenía en la mira era Genevieve?

—Hermana —dijo Martin a Genevieve, que permanecía a su lado—. Acabo de escuchar de padre que el señor Venzellons ha pedido tu mano en matrimonio. Creo que pronto tendrás una propuesta para disfrutar. ¿No estás feliz, hermana?

Genevieve miró fijamente a Martin antes de que su atención se desviara hacia el señor Venzellons, quien hablaba con Lady Masters. ¿Acaso no veía que estaba en proceso de conseguir otra amante? El hombre era un perro triste y, por lo que parecía, no tenía reparos en conseguir lo que quería, incluso en la cena de su futura prometida.

—¿El señor Venzellons le pidió a papá mi mano en matrimonio?

—Sí, justo ahora. Lo escuché yo mismo. —Martin sonrió como si fuera la mejor noticia. Beckett no podía pensar en nada peor que Genevieve marchándose a vivir al otro lado del mundo, posiblemente para no regresar nunca a Inglaterra a visitar a sus amigos y familia.

No eres su amigo. De hecho, has dejado perfectamente claro que eres lo opuesto.

Todo cierto, y posiblemente por la incómoda sensación en su pecho, una verdad que ya no desearía continuar.

Discrepaban en muchas cosas, pero él no era su enemigo. Una vez habían sido amigos, hasta que él se burló de su cabello rojo.

No podía apartar los ojos del cabello que caía sobre sus delgados hombros y sus voluptuosos senos esta noche. ¿Cuándo se había convertido en una mujer tan hermosa, una de las más finas de Londres?

—Pareces un poco aturdida, hermana. ¿No estás contenta? —insistió Martin.

—Oh, sí, muy contenta de hecho, y tendré que pensar en el asunto.

Beckett se burló.

—Es un sinvergüenza. ¿Quién sabe dónde ha estado? Yo pensaría que la consideración de su oferta de matrimonio sería fácilmente rechazada.

—No eres mejor que el señor Venzellons si lo que sé de ti es cierto. ¿No estabas el otro día navegando con una de mis amigas? Si buscara el significado de la palabra libertino, encontraría tu nombre al lado. No puedes juzgar a otros cuando tú mismo no eres inocente.

—Oh, qué divertido, pero mamá me está haciendo señas para que me una a ella —dijo Martin—. Volveré en breve.

—Yo no ando retozando por Londres —replicó Beckett—. Y ciertamente no pido la mano de una mujer en matrimonio para luego comenzar a rondar por la ciudad esa misma noche.

La atención de Genevieve se dirigió hacia donde el señor Venzellons continuaba hablando con Lady Masters. Sus cabezas juntas en una conversación silenciosa, sin duda para asegurar la privacidad.

—Aún no estamos casados. El señor Venzellons puede hacer lo que le plazca, pero estoy segura de que te equivocas. No sería tan cruel como para hacer lo que lo acusas.

—¿No lo crees? —Beckett no disfrutaba ser brusco o cruel, especialmente con una mujer, pero Genevieve no era cualquier mujer. Era la hermana de su mejor amigo. No importaba si no siempre se llevaban bien, una mujer merecía felicidad en el matrimonio.

No podía verla logrando eso con el señor Venzellons.

—No es tan libertino como lo acusas. Ni siquiera ha intentado besarme.

Beckett encontró la mirada de Genevieve. ¿Se estaba refiriendo al beso en el invernadero que él le había robado? Un beso que aún atormentaba sus malditos sueños y le aseguraba una noche de sueño incómoda.

—¿Le devolverías el beso si lo intentara? —¿Quería Beckett saber esta información? Se arrepintió de la pregunta en el momento en que la pronunció. No quería que Genevieve pensara que él la deseaba para siempre. Ese no era el caso en absoluto. Simplemente tenía que velar por ella si nadie más estaba viendo los abundantes defectos que el señor Venzellons tenía.

—Creo que sí. Parece ser un caballero que sabe cómo besar, y me encantaría ser besada apasionadamente y con gran habilidad.

No acaba de decir eso en voz alta y a él.

A un hombre que *la había* besado.

Beckett apretó los dientes y se concentró en mantener su respiración estable. No iba a despotricar contra ella ni a acusarla de mentir, porque seguramente eso era lo que estaba haciendo: provocándolo e intentando irritarlo.

¿Estaba tratando de hacer que la besara de nuevo?

—¿No te besé adecuadamente, Lady Genevieve? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Ella se encogió de hombros, su delicado hombro captando su atención, sin mencionar su escote. Tenía todas las encantadoras curvas que siempre le habían gustado en una mujer.

¿Cuándo se había convertido en una criatura tan impresionante?

Cuando él no estaba mirando...

—El tuyo fue un beso que ya he olvidado. Te concedo que el primer beso, cuando no sabías quién era yo, fue muy apasionado. Pero el segundo fue más un castigo. Sentí como si me estuvieras regañando.

—Lo estaba.

—Lo sé, por eso lo dije.

Beckett se crujó el cuello, la tensión en sus hombros era insoportable. Esa mujer lo estaba volviendo loco. —Quizás deberíamos intentarlo de nuevo para ver de una vez por todas si puedo satisfacer tu deseo de pasión.

—Disculpe, milord, ¿está diciendo que deberíamos besarnos otra vez aquí y ahora? —Sonrió con picardía, la traviesa frunciendo los labios—. Estoy dispuesta si usted lo está. Pero entonces me casaré con usted antes de que termine el mes si continúa con esta tutoría.

—Así que ahora te estoy enseñando.

—Bueno, supongo que lo ha hecho, de alguna manera. Hasta que lo conocí a usted, no había besado a nadie, pero ahora creo que sé cómo hacerlo. Estoy segura de que el señor Venzellons estará complacido con mi aprendizaje, y deseo complacer a mi marido en todos los aspectos, no solo besando.

Beckett se aclaró la garganta, se ajustó el corbatín y le hizo una seña a un lacayo para que trajera la bandeja de vino. Necesitaba una copa ahora. —Es una lástima que tales talentos se desperdicien con el señor Venzellons. Dudo que los aprecie como debería.

—Lord Tyndall, ¿qué está tratando de decir? Parece bastante molesto de que un hombre elegible me esté cortejando y de que yo pueda desear besarlo algún día. ¿No estará celoso, por casualidad? Si lo está, ¿por qué no lo admite y lo dice en voz alta?

—¿Qué? —tartamudeó, odiando que ella posiblemente lo hubiera leído demasiado bien. ¿Estaba celoso? Demonios, sí, lo estaba. No porque quisiera una esposa, pero también odiaba la idea de que Genevieve besara a ese patán. ¿Nadie más veía que era un sinvergüenza? Seguramente la gente no era tan ciega—. Te tienes en muy alta estima —respondió, esperando que eso la detuviera de leerlo más. Demasiado bien, de hecho.

—Creo que mientes. Creo que nuestro beso te ha sacudido un poco de tu pedestal de soltería, que tanto disfrutas. Creo que te gusto más de lo que dejas ver, y la idea de que ya no esté disponible para acudir a tu llamado cuando surja esa necesidad te ha hecho entrar en pánico.

—Eres demasiado atrevida, Lady Genevieve. No pienso eso en absoluto. Eres la hermana de mi amigo. Te veo como vería a una hermana.

Ella se burló, sonriéndole.

Beckett se quedó inmóvil. Un rostro tan impresionante, y una sonrisa dulce, y una audacia de carácter que no podía dejar de admirar.

Maldita sea todo al infierno.

—No me besaste como a una hermana. Me besaste como a una amante. Admítelo y avergüenza al diablo, Lord Tyndall. Me quieres en tu cama, aunque no me desees como esposa.

Y ese era el meollo de su dilema, y ciertamente ella lo había leído bien.

—No es así —mintió—. Nunca lo haría.

Ella volvió a reír, el sonido burlón mientras se alejaba contoneándose. —Permíteme disentir.

CAPÍTULO DIECISÉIS

UNA NOCHE de jolgorio en la casa de Lord y Lady Grey era el entretenimiento de la velada. Afortunadamente, esta noche, la madre de Genevieve había aprobado la salida, y ella asistía acompañada de la Duquesa de Lane-Fox, la madre de Lady Matilda, y su hermano mayor con su recién prometida.

Nadie podría regañarla ni ordenarle que volviera a casa como una niña traviesa.

Como Lord Tyndall, quien, en este momento, la observaba por encima del borde de su vaso de whisky, siguiéndola con la mirada por toda la sala, alzando una ceja condescendiente cada vez que la sorprendía hablando o sonriendo a un caballero que admiraba.

Esta noche, varios caballeros eran dignos de conversación, pero el señor Venzellons era su objetivo. Estaba decidida a conseguir una propuesta de matrimonio del caballero. Él había pedido permiso a su padre, así que tenía sentido que se lo pidiera a ella poco después.

En efecto, si batía las pestañas y fruncía los labios, él vería que estaba interesada en su cortejo y reuniría el valor suficiente para pedir su mano.

De lo contrario, no estaba segura de qué más tenía que hacer para que él entendiera que estaba abierta a una propuesta de matrimonio.

Le había pedido permiso a su padre hace más de una semana, y aún no la había llamado para proponerle matrimonio, para presentarle un futuro con él. Debía saber que su padre la habría informado de una oferta inminente.

¿Qué le pasaba a ese hombre?

—Lady Genevieve, ¿me concedería el honor del próximo baile?

Genevieve se giró, sin haber visto acercarse al señor Venzellons por detrás, a pesar de que había estado mirando en todas direcciones esperando su llegada. Pero no importaba, ahora estaba aquí, invitándola a bailar.

—Me encantaría, señor Venzellons. Gracias —la condujo a la pista de baile, con la mano firme y un poco incómoda sobre su brazo.

Las notas conmovedoras de una alemanda empezaron a sonar, y él la atrajo hacia sus brazos. Se unió hábilmente a los demás bailarines y se movió con facilidad por la pista de baile.

—Se ve hermosa esta noche, Lady Genevieve —se aclaró la garganta, mirando a su alrededor

antes de continuar—. Hay algo que he querido preguntarle, y espero que sea un momento apropiado.

—Por supuesto, puede preguntarme lo que sea —¿Sería este su momento? Por fin, después de tres temporadas, estaba a punto de comprometerse. Oh, cómo recibirían sus amigas esta noticia. Se alegrarían por ella. Planear una boda en lo más alto de la sociedad sería de lo más agradable.

Él sonrió, y Genevieve le devolvió el gesto. Su corazón latía con fuerza y su piel estaba inusualmente húmeda. Así era como se sentía la emoción cuando uno estaba a punto de recibir una propuesta. Seguramente era eso...

—Me gustaría pedirle que me honrara convirtiéndose en mi esposa. Sé que mi hogar está lejos del suyo y significaría que tendría que dejar su amada Inglaterra, pero soy más que capaz de hacerla feliz. Por favor, considere mi petición.

Por fin se lo había propuesto, ¿y cómo se sentía ahora que lo había hecho? Emocionada, sí. Recibir una propuesta siempre era agradable, y había tenido varias a lo largo de los años. Pero esta era la primera que esperaba.

Sin embargo, por emocionante que fuera la propuesta, no sentía... *nada*.

Vaya por Dios. Esto no era lo que había pensado que ocurriría, y no entendía por qué se sentía así.

Quería casarse con él, ¿no es cierto?

—Señor Venzellons, no sé qué decir... Es decir, bueno, qué amable de su parte pedirme que sea su esposa. No tenía idea de que me veía en esa posición.

—Bueno, por supuesto. Pensé que había sido bastante audaz con mi afecto hacia usted, pero en el futuro, si está de acuerdo con lo que deseo, tal vez tenga que aumentar mi interés para que sea consciente de ello.

Genevieve aprovechó el baile para meditar su pregunta por un instante. Ahora que se lo había pedido, ¿quería casarse con él? ¿Convertirse en su esposa y mudarse a América? Al principio de la temporada, nada más emocionante existía en su mundo, pero ahora, otro ocupaba demasiado sus pensamientos.

El maldito Lord Tyndall...

—¿Puedo tener un día o dos para considerar su pregunta, señor Venzellons?

—Oh, por favor, llámeme Roger. No deseo ser tan formal con usted. De hecho... —la hizo girar hacia un lado de la sala, y antes de que Genevieve pudiera decir una palabra, la había llevado al vestíbulo de entrada de la casa—. Ahora, ¿qué le parece si damos un pequeño paseo y nos conocemos un poco mejor? Hacerlo podría ayudarla en su decisión de convertirse en mi esposa.

Ella miró hacia atrás, al salón de baile, y notó que nadie estaba observando lo que hacía. Se arriesgaría a un escándalo si se iba con el señor Venzellons, aunque posiblemente pudiera ser su esposo muy pronto.

—No creo que sea prudente. Sería mejor quedarnos en el salón de baile y quizás bailar más.

—Oh no, he bailado suficiente por una noche. Deseo pasar tiempo a solas con usted —la guió por el pasillo, pasando la puerta de servicio que llevaba a la cocina en el piso de abajo. Su brazo enlazado con el de ella era como una trampa.

—La he admirado durante mucho tiempo, Genevieve, y a menudo he fantaseado con besar sus dulces labios.

—¿Mis labios? —Genevieve tragó saliva. Aunque el señor Venzellons era atractivo, no podía besarlo incluso si había bromeado con Tyndall sobre hacerlo. Seguramente él esperaría que se casara con él entonces, y quizás usaría su familiaridad para obligarla a casarse con él.

—Deberíamos volver, señor Venzellons.

Él la arrastró a una habitación y cerró la puerta.

—No, mi dulce. Creo que es hora de que nos conozcamos mejor. Un beso será perfectamente adecuado. Quiero persuadirte para que te cases conmigo si tienes alguna duda sobre tu elección.

Ella *estaba* dudando de su elección. ¿Qué le pasaba a este hombre, siendo tan atrevido? Sin mencionar que la había llevado a una parte aislada de la casa. Quizás todas sus bromas y juegos no habían sido su mejor elección, pero ¿cómo salir del peligro en el que se encontraba?

—Esto es inaceptable, señor Venzellons, y usted lo sabe. Le pido que me escolte de vuelta al baile antes de que surjan problemas.

—Querida. —Acunó su rostro, haciéndola retroceder hasta que su trasero chocó con la chaise longue—. No te hagas la difícil ahora. Estamos solos y posiblemente comprometidos en unas horas. Creo que lo mínimo que podrías hacer es besarme. No se lo diré a nadie, ni siquiera si decides no ser mi esposa.

—No, no deseo besarte. Creo que debo conocerte mejor antes de hacer tal cosa.

—No juegues estos juegos conmigo. Sé que estás interesada o no me habrías permitido cortejarte estas últimas semanas. Ahora, bésame.

Cerró el espacio entre ellos y la besó. Genevieve jadeó, presionando contra su pecho, pero él no se movía. Era como una roca que se negaba a rodar.

—Señor Venzellons, pare —logró murmurar entre sus besos forzados—. Pare. No quiero esto.

—Por supuesto que lo quieres. Vamos, bésame con más fuerza. —Su boca se movía sobre la de ella de manera castigadora, tomando su boca a la fuerza hasta el punto de dolor.

Genevieve logró empujarlo y correr hacia la puerta, pero él atrapó su voluminosa falda y la detuvo de un tirón. Sus pies se deslizaron debajo de ella, y cayó, golpeándose la boca contra el suelo de madera.

El dolor atravesó sus dientes y labios, y el sabor de la sangre explotó en su boca. El pánico la invadió, y Genevieve se congeló cuando el aire frío besó la parte posterior de sus piernas.

—Pare. Señor Venzellons. Pare, por favor pare.

Él no escuchó y continuó levantando su vestido.

—Vamos, mi dulce futura esposa. Serás mía después de esta noche, lo quieras o no.

—No. Pare. —Genevieve luchó por levantarse, pero él la empujó hacia abajo, su mano presionando contra la parte posterior de su cuello, aplastando su cara contra el suelo.

Las lágrimas nublaron su visión. Esto no podía estar sucediéndole. ¿Cómo podía hacerle algo tan cruel e indeseado a su persona?

—¿Qué demonios está pasando aquí?

El tono mortal de Beckett retumbó por la habitación, y el peso del señor Venzellons se levantó de ella como si nunca hubiera estado allí.

CAPÍTULO DIECISIETE

—¿CÓMO se atreve a interrumpir a mi prometida y a mí mientras mantenemos un intercambio íntimo? —De no haber sido tan horrible la situación con el señor Venzellons, Genevieve se habría reído. Pero no podía. Este no era un asunto trivial para esconder bajo una alfombra Aubusson.

Se puso de rodillas, con las voces alzadas de Lord Tyndall y el señor Venzellons en algún lugar a su izquierda. Usando una pequeña mesa que estaba junto al diván, se levantó, cubriendo su trasero que el señor Venzellons había dejado expuesto.

La vergüenza la invadió por haberse puesto en una posición tan vulnerable. ¿Se vería obligada a casarse con él ahora? No quería estar cerca de él.

Miró a Lord Tyndall y al señor Venzellons, discutiendo cara a cara. Sus oídos zumbaban y pasaron varios momentos antes de que pudiera escuchar su conversación.

—La he comprometido. Lady Genevieve se casará conmigo y con nadie más.

—Ni hablar. Me batiré en duelo con usted antes de permitir que se case con un cazafortunas extranjero y violador como usted.

El señor Venzellons se burló.

—No tiene opción, Lord Tyndall. Si la quería para usted, tal vez debería haberla sacado a escondidas del baile como hice yo. Considero que uno debe aprovechar al máximo las situaciones que se le presentan, y no podía esperar a que ella decidiera casarse conmigo. Nunca he sido un hombre paciente. Tomo lo que quiero, y ahora tendré a la hija de un duque como esposa.

El puño de Lord Tyndall golpeó rápida y fuertemente la nariz del señor Venzellons. Venzellons trastabilló hacia atrás, pero Lord Tyndall no se contentó con eso. Lo siguió hasta el suelo, golpeando sin cesar en el rostro de Venzellons.

Genevieve miraba, incapaz de moverse, hasta que no pudo soportar el sonido de hueso contra hueso ni un momento más.

Alcanzó a Lord Tyndall, tratando de apartarlo.

—Detente, Beckett. Aléjate. No vale la pena tu ira.

—Claro que la vale. —Otro puñetazo aterrizó en la cara del señor Venzellons, y esta vez, el

hombre quedó inerte.

Genevieve jadeó.

—Oh, Dios mío —dijo, cubriéndose la boca—. Lo has matado.

—No lo he matado. —Lord Tyndall se puso de pie, limpiando su mano ensangrentada contra los faldones de su abrigo—. Pero debería haberlo hecho. —Se volvió hacia ella, guiándola hacia la puerta—. Ven, te escoltaré a casa. No estás en condiciones de volver al baile. Tendremos que escabullirnos para que nadie te vea.

Ella se tocó la cabeza y se dio cuenta de que su peluca estaba torcida. Intentó enderezarla y revisar su atuendo, pero de alguna manera, entre el forcejeo en el suelo, su corpiño se había rasgado, y su corsé y camisola estaban a la vista.

—Oh, Lord Tyndall, me disculpo. No sabía que estaba tan desarreglada.

—Ven, debemos irnos. —Su señoría la escoltó fuera de la habitación, llevándola a través de los jardines traseros hacia las caballerizas. Afortunadamente, el carruaje de su señoría estaba alineado en la calle, y la ayudó a subir al vehículo antes de hablar con su cochero y dar instrucciones.

El carruaje se hundió cuando él subió y se sentó a su lado. La atrajo hacia sus brazos, y ella agradeció su consuelo. Intentó sujetar su vestido, pero no tenía caso. Estaba roto y necesitaría reparación, si era posible.

—¿Qué sucedió, Genevieve?

Ella frunció el ceño, miró por la ventana y observó cómo pasaban las calles de Mayfair.

—No lo sé. Me pidió que diéramos un paseo, y al minuto siguiente, me estaba forzando a entrar en esa habitación en la parte trasera de la casa. Le pedí que me devolviera al baile, pero él quería un beso.

—¿Un beso? ¿Te pidió que lo besaras? —La voz de Lord Tyndall no sonaba bien. Temblaba y era más profunda de lo que ella jamás la había escuchado. ¿Estaba enojado con ella por ponerse en una posición tan comprometedora? No sería la primera vez que lo hacía esta temporada.

—Crees que provoqué lo que me sucedió, ¿no es así? Me culpas por querer que el señor Venzellons me pidiera ser su esposa.

—No te culpo en absoluto por lo que ocurrió esta noche. El señor Venzellons no tenía derecho a tocar ni un centímetro de tu cuerpo. Mucho menos intentar besarte o intentar otras cosas. No sé qué habría hecho si no te hubiera encontrado.

Ella se volvió y miró a Lord Tyndall. Las lágrimas lo hacían borroso, y él le sujetó la mandíbula, inclinando su rostro hacia arriba.

—Tu labio está hinchado y cortado. Déjame ver si te has lastimado algún diente.

Ella sonrió tentativamente, y él la examinó.

—No hay daño en tus dientes. Por suerte para mí, me encanta tu sonrisa.

Sus ojos se ensancharon, y ella levantó la mano, apartando la de él de su rostro y

sosteniéndola en su regazo.

—Me alegro. Pensé que podría haberme roto un diente delantero cuando caí al suelo.

—Ese bastardo debería ser colgado por lo que intentó. Si hubiera llegado solo un minuto más tarde...

—Sé lo suficiente del sexo opuesto como para, desafortunadamente, saber lo que habría sucedido si no me hubieras encontrado. Gracias, Beckett. Pero eso no cambia el hecho de que si el señor Venzellons va a mis padres y les cuenta lo que ha pasado, me veré obligada a casarme con él. A pesar de todas sus horribles acciones de esta noche, solo quiere a la hija de un duque como esposa. No seré más que un trofeo para él, una adición muy rica a su vida. Ahora lo veo claro.

—Tus padres nunca te obligarían a casarte con nadie.

—No, pero si miente y dice que hizo más de lo que le permití, entonces no tendré otra opción. Pensarán que podría haber un niño, y sin importar cuánto me lastime o cuánto me amen, me obligarán a convertirme en su esposa —Genevieve sorbió por la nariz. La idea de que el señor Venzellons —después de sus atroces acciones de esta noche— se convirtiera en su esposo la hizo estremecerse de asco.

Alcanzó a Lord Tyndall, aferrándose a las solapas de su abrigo. —No puedo casarme con él, Beckett. ¿Qué voy a hacer? Estaré arruinada si alguien se entera de que estuvimos a solas y que rechacé su propuesta de matrimonio. Avergonzaré a mi familia. Todos estaremos arruinados. Nunca encontraré un esposo, y mis padres me enviarán al campo, para no ser vista nunca más. Yo...

—Basta, Genevieve. Detente, estás empezando a entrar en pánico, lo cual no ayudará a nadie. No te obligarán a casarte con el señor Venzellons. Sobre mi cadáver en descomposición permitiría tal desenlace para ti.

—¿Puedes hablar con mis padres? Te adoran y te escucharán, quizás más que a mí. No importa lo que diga el señor Venzellons. Si les dices la verdad y me apoyas, puede que me permitan continuar con la temporada si el señor Venzellons no se propone arruinarme.

—No le permitiré arruinarte. Tus padres no han sido más que comprensivos conmigo desde que perdí a los míos. No importa cuántas veces hayamos estado en desacuerdo tú y yo, no permitiré que ese americano te tenga.

—Gracias, Beckett. Mis padres entrarán en razón y harán lo correcto.

—Bueno, por supuesto que lo harán, Genevieve. No tendrán otra opción porque le he indicado al cochero que se dirija hacia Gretna, y nos casaremos en su lugar.

—¿Disculpa? —Ella buscó apoyo, incapaz de comprender lo que él estaba diciendo—. No puedes casarte conmigo. Ni siquiera nos agradamos mucho. Discutimos, y tienes la tendencia de decirme qué hacer con demasiada frecuencia.

—Tu hermano es mi mejor amigo, y no dejaré que su hermana sea arruinada, ni que el nombre de su familia sea mancillado. Me casaré contigo, y entonces ese viscoso americano

puede regresar a América y quedarse allí.

CAPÍTULO DIECIOCHO

BECKETT SE RECOSTÓ contra los cojines y observó a Genevieve dormida en el asiento frente a él. Habían logrado sujetar su vestido con algunas de sus horquillas y le habían quitado la peluca para que pudiera dormir cómodamente mientras viajaban durante la noche. Beckett quería poner suficiente distancia entre ellos y Londres para que nadie pudiera alcanzarlos.

Lo que estaba haciendo era audaz, quizás ni siquiera la decisión correcta. Su familia ciertamente no aprobaría la forma en que había procedido para salvar su reputación.

Apartó la mirada de ella, sin necesidad de imaginar lo que podría haberle sucedido o lo que significaría su matrimonio. No deseaba a Genevieve de manera romántica. Simplemente le estaba haciendo un favor, salvando su reputación, nada más.

El carruaje se detuvo con un estruendo frente a la posada Pig N' Whistle, su primera parada para pasar la noche. Un joven mozo de cuadra corrió para bajar los escalones del carruaje y ayudar a Genevieve a descender.

Una fría llovizna caía a su alrededor, y cuando se unió a Genevieve en el patio de la posada, le tomó la mano y la ayudó a correr hacia la puerta. Al entrar al establecimiento, el ruido, los alegres bebedores y los borrachos que habían bebido demasiado vino antes de tomar sus diligencias hacia destinos desconocidos asaltaron sus oídos.

—Ah, Lord Tyndall, me alegro de verlo de nuevo. Espero que no esté buscando su habitación habitual esta noche, mi lord. Me temo que estamos muy ocupados.

Internamente, gimió, odiando no tener lo que estaba acostumbrado, pero su parada aquí era imprevista y no planificada. No podía esperar que la posada lo acomodara cada vez. —Necesitamos dos habitaciones, y si pudieran llevar un baño de cadera para la joven dama, hemos estado viajando durante algunas horas.

—Oh, mi lord, solo nos queda una habitación —el posadero frunció el ceño—. ¿Será suficiente?

—Lord Tyndall —el chillido de alarma de Genevieve no era injustificado—. ¿Está seguro de que no tiene dos habitaciones? —preguntó.

El posadero volvió a revisar. —No, me temo que no. Solo una, pero es grande y está en la parte delantera de la posada. Disfruta de la luz de la mañana.

Beckett apretó los dientes. No le importaba si recibía la luz de la mañana o no. Lo que no quería hacer era dormir junto a Genevieve. Aunque no faltara mucho para el amanecer, dormirían varias horas y posiblemente continuarían su viaje después del almuerzo.

—La tomaremos si es todo lo que está disponible. Gracias.

—Por supuesto, mi lord. Por aquí.

El posadero los llevó arriba y los dejó en su habitación. Genevieve se desplomó en una silla frente a la chimenea. Una criada, que los seguía de cerca, rápidamente la encendió y se marchó.

—Haré que traigan el baño de inmediato. ¿Les gustaría que les subieran algo de queso y pan? Nuestro cocinero no estará aquí hasta la mañana para algo más sustancioso.

—Eso estará muy bien. Y algo de vino, gracias.

—Por supuesto —el posadero salió de la habitación, cerrando la puerta y dejándolos solos. Muy solos.

Genevieve se había quedado dormida en la silla, y él la observó durante varios minutos. Su cabeza estaba inclinada en una posición incómoda, solo amortiguada por sus manos. Incluso dormida, Genevieve era una mujer hermosa. Cejas perfectas, labios llenos y rosados que estaban ligeramente abiertos en el sueño.

La visión de ella despertó en él un hambre que nunca antes había sentido por nadie. Por qué era hacia Genevieve, no podía entenderlo. Habían estado en desacuerdo desde que eran adolescentes. Era su culpa que se hubieran distanciado. La había atormentado sin piedad por su cabello pelirrojo brillante, que siempre estaba desordenado y volando por todas partes.

Hubo un tiempo en que parecía una verdadera gamberro.

Cómo habían cambiado las cosas.

Ahora... Ahora todo lo que imaginaba era pasar sus dedos por sus gruesos y exuberantes mechones. Besar esos labios tanto y tan a menudo como quisiera, y maldita sea si sabía por qué o qué le había pasado para justificar esa transición.

Era la hermana pequeña de su mejor amigo. Prohibida. No era suya para tenerla.

Aun así, la deseaba.

El matrimonio era su única opción para salvar su reputación, pero no le dejaría saber cuánto estaba bajo su hechizo. Entonces ella tendría poder sobre él y eso nunca funcionaría.

La protegería y salvaría su reputación por obligación y aprecio por su familia y todo lo que habían hecho por él a lo largo de los años. Sin embargo, su estilo de vida y cómo elegía vivir su vida no era algo a lo que estuviera dispuesto a renunciar.

Trajeron el baño y la comida, y Genevieve despertó, picoteando el queso y bebiendo el vino con deleite. De vez en cuando, su atención se dirigía al baño de cadera y al agua humeante que estaba más cerca del fuego que ellos.

—¿Cómo se supone que me bañe contigo en la habitación?

Beckett contuvo las palabras de que podría bañarse muy fácilmente y que él disfrutaría cada minuto de la vista, pero cedió en su lugar. —Bajaré a la taberna, tomaré una o dos cervezas y

volveré en media hora. ¿Te parece bien?

Ella asintió, y él la dejó sola, asegurándose de que cerrara la puerta con llave después de que él saliera.

En lugar de bajar, acercó una silla al pasillo y se sentó junto a la puerta. El sonido de ella quitándose el vestido y deslizándose en el agua del baño era una tortura. Cerró los ojos, no era difícil imaginar cómo se vería, desnuda y mojada.

Beckett se pasó una mano por el pelo y tomó un respiro para calmarse. No pensaría en tales cosas. Eso solo llevaría a la locura.

El sonido de su gemido susurrado lo hizo sentarse erguido de golpe.

¿Qué demonios fue eso?

Pegó el oído a la puerta, escuchando. Seguramente ella no sería lo suficientemente experimentada como para conocer el placer propio, ¿verdad? ¿Sería tan atrevida como para hacerlo en el agua del baño que él pensaba usar después?

Apartó ese pensamiento temerario. ¿A quién le importaba el agua del baño cuando podía oír a Genevieve dándose placer? Le asaltó el impulso de tumbarse en el suelo y mirar por debajo de la puerta o por el ojo de la cerradura.

Pero no, eso no era propio de un caballero. Y él era un caballero, aunque la pequeña bribona dentro de la habitación no se estuviera comportando en absoluto como una dama en este momento.

—Oh, Beckett... Sí, tócame.

Tragó saliva. Con fuerza. Su miembro se puso rígido en sus calzones, y se sentó en la silla, respirando profundamente para calmar sus sentidos sobreexcitados.

Su voz era entrecortada y llena de anhelo. ¿Se imaginaba que él la tocaba? ¿Que la besaba?

¿Que la follaba?

Seguramente, ella no sabía lo que eso implicaba. Frunció el ceño. No podía imaginarla no siendo doncella. Pero entonces, ella era una diablilla. ¿Se habría comportado mal antes? ¿Habría experimentado el deseo con otro hombre que no fuera el señor Venzellons?

No. Sacudió la cabeza antes de que su grito agudo y gemido satisfecho le arrancaran el poco juicio que le quedaba en el alma.

Nunca había oído un sonido tan puro, sexual y erótico en su vida. Incluso con sus amantes, sus gemidos de placer, sus jadeos pidiendo más, nunca le habían hecho querer correrse en sus pantalones.

Pero podía sentir la humedad, el líquido preseminal que brotaba de su miembro.

Miró arriba y abajo del pasillo y, al no ver a nadie, ajustó su pene a una posición más cómoda.

Su viaje a Gretna tomaría al menos dos días a un ritmo rápido, y si esto era lo que tenía que soportar, seguramente ella lo mataría antes de que llegaran a su destino.

Y luego se casarían...

Tendría que consumir el matrimonio.

Llevarla a la cama.

Se le secó la boca, y dejó escapar un chillido de alarma cuando la puerta se abrió de golpe. —Puede bañarse ahora, Lord Tyndall. —Su mirada se deslizó hacia sus pantalones, y ella se rió, dirigiéndose a la cama y retirando las mantas—. Espero que haya disfrutado de mi pequeña actuación. Pensé que sería divertido ver si me escuchaba, ya que se negó a darme privacidad para mi baño. —Su mirada volvió a bajar hacia su rígido miembro, y él cerró la puerta de golpe, cerrándola con llave—. Veo que lo hizo. Eso le enseñará a no espiarme.

—Me senté aquí fuera para garantizar su seguridad —replicó él, defendiéndose como pudo, aunque había disfrutado escuchando su nombre en los labios de ella.

—Por supuesto, querido —se burló ella—. Buenas noches. —Con esas palabras, se metió en la cama sin pedir permiso y se quedó dormida de inmediato.

Él, por otro lado, no pegó ojo en toda la noche.

CAPÍTULO DIECINUEVE

GENEVIEVE YACÍA EN LA CAMA, dando la espalda a Lord Tyndall. El sonido de él lavándose en la bañera era una tentación contra la que luchaba para no darse la vuelta y disfrutar.

Podía oír lo que suponía era él lavándose los brazos antes de sumergirlos en el agua para enjuagarse.

Pensar que en un día o dos sería su esposo era algo más que sorprendente. Queriendo ser audaz y no permitirle creer que la conocía tan bien como pensaba, se dio la vuelta y lo miró fijamente.

—¿Consumarás el matrimonio conmigo cuando estemos casados?

Su mirada sorprendida se encontró con la de ella desde el otro lado de la habitación, con la boca abierta por la conmoción. —Date la vuelta. Estoy desnudo.

Ella se rió, aunque no podía ver mucho de su persona. Solo su pecho superior y sus brazos musculosos. Tenía un ligero vello en el pecho. ¿Cómo se sentiría pasar las manos por su cuerpo? Parecía mucho más musculoso desnudo que con su levita y chaleco de superfino. ¿Estaría duro bajo su mano? ¿Olería tan dulce como habían sido sus besos?

Bueno, en realidad no era dulce. Era pecaminoso, lo que la hizo pensar en lo que sucedería una vez que estuvieran unidos en santo matrimonio.

—Vas a ser mi esposo. Y sé que has estado desnudo ante el sexo débil antes. No hay necesidad de ser tímido, milord.

—No te pido que te des la vuelta por mi propia vanidad, sino para evitar que te sonrojes. No creo que estés lista para verme en mi totalidad todavía. Podría asustarte. Hacerte huir a las colinas y entonces nunca podría salvar tu reputación.

—Bueno, hablas como si escondieras algún tipo de monstruo bajo el agua.

—No hay monstruo, pero lo que protejo es lo suficientemente grande como para asustar a una doncella inocente como tú, aunque finjas ser más mundana de lo que eres.

—Oh, ¿te refieres a cuando pensaste que me había dado placer a mí misma? —Se rió, sonriéndole—. Papá tiene un libro en su biblioteca que robé la temporada pasada. Charlotte, Matilda y yo lo hemos estudiado a fondo. Sabemos que una mujer puede disfrutar sola sin la ayuda de un marido.

—Puede que no lo hayas hecho aquí esta noche, pero tengo curiosidad por saber si lo has hecho en la privacidad de tu propia casa.

Lo había hecho, por supuesto. ¿Por qué no iba a comprobar al menos si lo que estaba escrito en un libro era verdad o solo un texto fantasioso? Pero aunque había sentido una sensación placentera creciente, no creía haber disfrutado de la conclusión explosiva que el libro decía que tendría.

No es que fuera a admitir tal derrota ante Lord Tyndall.

—No, por supuesto que no. No me molesto a mí misma, milord. A diferencia de algunos en esta habitación, me imagino.

—Eres una mentirosa.

Ella sonrió y continuó observándolo. Él se frotó el cabello y luego se sumergió en el agua, volviendo a salir y sacudiéndose el exceso de agua como un perro.

El agua salpicó por toda la habitación. Genevieve negó con la cabeza. El hombre era tan irritante. ¿Sabía que no importaba lo que hiciera, se veía atractivo haciéndolo?

—¿Y tú? ¿Te das placer a ti mismo?

—Todo el tiempo.

Su honestidad hizo que el calor besara sus mejillas. Él se puso de pie y la enfrentó, alcanzando una toalla y mostrándole sin vergüenza su virilidad. Era ciertamente una cosa larga y bestial que colgaba entre sus piernas. Ella se mordió el labio.

¿Se suponía que eso debía entrar en ella?

Algo le decía que eso no sería en absoluto cómodo.

—¿Cómo se supone que eso va a caber dentro de mí cuando estemos casados? No me gusta el dolor, milord. Soy formidable en muchos aspectos, pero eso solo se aplica a ciertas situaciones.

Él salió de la bañera y, con su paño, se secó la virilidad a pocos pasos de la cama. Ella levantó la mirada, encontró sus ojos y notó su sonrisa divertida.

—Estás disfrutando tu espectáculo, ¿no es así? —le espetó ella.

—Hay numerosas cosas que podría enseñarte, Lady Genevieve. Te dolerá la primera vez que entre en ti. No te mentiré sobre eso. Qué lástima que no seamos un matrimonio por amor, y que este matrimonio sea solo para salvar tu reputación.

—¿Estás diciendo que no tendremos que dormir juntos más allá de la primera consumación?

—Probablemente sea lo mejor. Apenas somos amigos, y solo estoy haciendo este favor por obligación hacia tu hermano y la amistad que me ha mostrado todos estos años. Es mejor no enturbiar las aguas, ¿no crees?

Una opresión se instaló en su pecho, pero asintió, estando de acuerdo con cada una de sus palabras. —Por supuesto. Ciertamente no deseo pasar mis noches apareándome con un hombre que no me encuentra atractiva y nunca deseó casarse conmigo. —Sonrió, reprimiendo el dolor que le causaban sus palabras—. Nos irá bastante bien, tienes razón. Y creo que disfrutaré no

calentando tu cama. Puede que me mueva por la sociedad como tú, disfrutando de mis libertades.

—¿Tus libertades? ¿A qué te refieres?

Ella se sentó, frunciendo el ceño. —Bueno, seré la Condesa Tyndall. Casada y capaz de asistir a cualquier evento que desee sin carabina. Significará que puedo llevar a mis amigas conmigo; todo será por encima de la mesa y sin escándalo. Que te cases conmigo alivia muchos problemas a los que me enfrentaba como doncella soltera.

—¿Qué problemas? Por lo que pude ver, asistías a bailes y fiestas sin acompañante y lo has estado haciendo durante meses. Me sorprendió que no hubieras caído en un lío como el que tuviste con Venzellons antes.

—De cualquier manera, disfrutaré estar casada con un hombre que no desea calentar mi cama. Seré libre por primera vez en mi vida.

—Mi ausencia de tu cama no significa que toleraré que calientes la de otro a cambio.

—No haría eso. No soy como tú, mi señor. Entiendo los límites de mi libertad.

—Bueno, mientras estemos de acuerdo en eso. —Cogió una camisa y se la puso por la cabeza antes de meterse en la cama. Se dio la vuelta, dándole la espalda, y ella se acostó boca arriba, mirando al techo.

Su calor se filtraba hacia ella, y se giró para verlo dormir.

Qué lío era todo esto. Solo podía imaginar lo que su familia y amigos estarían pensando ahora mismo y cuánto tendría que explicar.

Pero esa preocupación era para otro día. Primero, necesitaba sobrevivir a la consumación, un detalle del matrimonio que tanto temía como, a su vez, no podía esperar para disfrutar.

Con Tyndall.

CAPÍTULO VEINTE

SU MIEMBRO ESTABA TAN duro como una roca, tan duro como la noche anterior cuando había escuchado a Genevieve fingir tocarse en el baño. Y ahora, la mano de ella descansaba sobre su vientre, a un palmo de su pene, que anhelaba que sus largos y delgados dedos lo rodearan y acariciaran.

Cerró los ojos, respirando profundamente, y no se atrevió a moverse.

Ella yacía desparramada contra él. Su cuerpo lo envolvía como un pulpo tratando de devorar a su presa.

¿Le gustaría ser devorado por ella?

Algo le decía que sí y probablemente disfrutaría de su boca con cada mordisco que le diera.

Su brazo estaba bajo la cabeza de ella y, con cada minuto que pasaba, se le adormecía más y más. Maldita sea, tenía una cabeza pesada. Tal vez era todo ese hermoso cabello rojo y rizado que poseía.

Ella murmuró algo que no pudo entender en sueños y se acercó más. Su boca se abrió con un suspiro, sus labios tentándolo más allá de la resistencia.

Esto no podía continuar así. No podía sentir lujuria por su esposa. Aunque aún no era su esposa, pero lo sería... Solo estaba salvando su reputación por deber y amistad.

No caería por una cara bonita y un cuerpo agradable como tantos de sus amigos habían hecho en el pasado.

La boca de Genevieve siempre había guardado solo desprecio para él, y sin importar su deber de caballero, dudaba que eso cambiara con el murmullo de unos cuantos votos.

Su mano se deslizó más abajo sobre su miembro, y este saltó. Ella gimió, deslizando su pierna a lo largo de la suya, su monte de Venus presionando contra su muslo y cadera. ¿Qué demonios iba a hacer?

Empezar a frotarse contra él.

Dios mío, no sobreviviría a eso. Probablemente la haría rodar sobre su espalda, levantaría sus piernas alrededor de su cintura y la follaría como ella soñaba que lo haría.

Porque había pocas dudas de que eso era lo que estaba haciendo en este momento. Se ondulaba contra él, su mano deslizándose alrededor de su miembro, curiosa al principio pero

luego decidida a ver cuán duro podía ponerse.

Bueno, no se decepcionaría. Podía ponerse duro como una roca, y si lo permitía, ella llegaría a disfrutar de su miembro como marido y mujer. No es que fuera a fomentar el crecimiento del afecto entre ellos. No quería amar a su esposa, ni que ella lo amara a cambio. Aunque pudiera darle un buen revolcón cada vez que quisiera.

No sabía cuánto tiempo habían continuado sus caricias, pero si no se detenía, se derramaría sobre su mano y la ropa de cama.

Pero hasta ahora, no parecía haber ninguna disminución en su disfrute. Si acaso, parecía aumentar el ritmo de sus frotos y estaba cerca de llegar al clímax ella misma.

—Oh, sí, Beckett...

Él contuvo un gemido. Su miembro temblaba, tan deliciosamente cerca de correrse. No pudo soportarlo ni un momento más, la hizo rodar sobre su espalda, despertándola al instante, y presionó su pene contra su húmedo sexo.

Sus ojos se abrieron de par en par, sombreados por el deseo y el sueño.

—¿Qué... qué estás haciendo?

Él se frotó contra ella, y ella medio jadeó, medio gimió. Lo hizo de nuevo y vio el momento en que ella llegó al clímax.

Maldita sea, el sonido era dulce.

Ella cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás sobre la almohada, mordiéndose el labio con una determinación que él solo podía admirar. No quería mostrarle que la había hecho llegar al clímax, que la había hecho estallar en un millón de pedazos placenteros con solo dos embestidas de su miembro contra su carne.

—La próxima vez que juegues conmigo, señora, te follaré hasta que te corras, y me uniré a ti en ese pequeño transporte.

—¿Disculpa? —Ella se escabulló de debajo de él, y él la dejó ir, rodando sobre su costado y apoyando la cabeza en su mano mientras la observaba buscar torpemente su ropa.

No es que tuviera otra cosa que el opulento vestido de baile con el que la había sacado de Londres.

Cuando se deslizó la camisa sobre el cuerpo y recogió su corsé, se dio la vuelta, con el corpiño abierto por no estar atado.

—Necesito tu ayuda, si me haces el favor.

—¿Ah, sí? —Él echó hacia atrás la ropa de cama, su miembro aún duro y sobresaliendo a través de su camisa. Ignoró los grandes ojos sorprendidos de ella que seguían su pene erecto y rebotante mientras caminaba hacia ella.

Se paró frente a ella e intentó no reír. —Supongo que puedo ayudarte a sostener tu corsé para que puedas atarlo, aunque me hayas dejado duro e insatisfecho. Un día recuérdame enseñarte a terminar lo que has empezado o alguien podría llamarte provocadora.

—Nunca te hice nada. No sé de qué estás hablando.

Él se rió. Estaba mintiendo. Tenía pocas dudas de que ella recordaba su sueño que no era un sueño en absoluto y entendía por qué la había frotado hasta el clímax.

—Oh, pero sí lo hiciste. —Beckett se inclinó hacia adelante y besó su cuello expuesto. El aroma a jazmín se elevaba de su piel, provocando sus sentidos. Ciertamente había una cosa en Genevieve con la que siempre podía contar: siempre olía lo suficientemente bien como para comérsela.

—Tu hábil mano acarició mi polla con una experiencia que me lleva a preguntar si alguna vez has hecho algo así antes. Espero que no, sin embargo. Odiaría tener que batirme en duelo con cualquiera que alegue haber tenido previas intimidades contigo.

—Por supuesto que nunca he hecho tales cosas, ni siquiera contigo. Eres repulsivo, milord. Deberías avergonzarte de ti mismo.

—Bueno. —Caminó hacia donde estaban sus pantalones y botas y recogió sus calzones, poniéndoselos. —No estoy avergonzado, simplemente insatisfecho. —Ató sus pantalones y se sentó en el sillón de orejas. —Usualmente, cuando una mujer juega con mi polla, suelen chuparla o follarla, así que supongo que podrías decir que me encantaría mezclar los menudillos ahora mismo. A diferencia de otros en esta habitación.

—Tú nunca me hiciste nada. Frotarte contra mi sexo no significó nada.

—¿De verdad no lo fue? —Se levantó y se acercó a ella, cerrando el espacio entre ambos—. Así que no acabas de tener un orgasmo, Lady Genevieve. ¿Acaso no acabo de hacerte experimentar el placer más dulce que existe en este gran y redondo globo?

Su rostro floreció en un bonito tono rosado y él le dio un toquecito en la nariz con el dedo—. Está bien, futura esposa. No se lo diré a nadie y será nuestro secreto. Pero cuando estemos casados mañana por la mañana, voy a saciarme y ambos lo disfrutaremos. Después de eso, una vez que esté satisfecho, podremos volver a tolerarnos como mucho.

—Suenas encantador.

Él se rio del sarcasmo que impregnaba sus palabras—. No importa cuán incompatibles seamos en cuanto a nuestra personalidad, debes saber esto: nos llevaremos tolerablemente bien en la cama cuando llegue el momento. Me gusta que mis mujeres lleguen primero. Tú no serás una excepción.

—¿Siempre tienes una opinión tan alta de ti mismo? —preguntó ella, poniéndose sus zapatos de cuero y mirándolo con desprecio.

—Por supuesto. Y tú también la tendrás, para mañana.

CAPÍTULO VEINTIUNO

AFORTUNADAMENTE, las siguientes horas de viaje transcurrieron jugando a las cartas o sentados en silencio, una forma mucho más preferible de disfrutar de la compañía de Beckett que como se había despertado con él horas antes.

No es que no hubiera disfrutado del placer que le había proporcionado, pero era completamente inapropiado, por no mencionar lo autoritario que había sido.

El hombre no tenía vergüenza.

Ahora, mientras el carruaje rodaba por las calles de Gretna, lo único en lo que podía pensar era en consumir el matrimonio. ¿Disfrutaría estando con él, como se espera que una esposa esté con su marido?

¿Dolería terriblemente?

¿Por qué no le había preguntado más detalles a su madre? Era una lástima que ninguna de sus amigas estuviera casada. Sin duda la habrían informado.

Oh, qué curiosas estarían por saber qué le había pasado. Sin duda, la misiva que Beckett había enviado a Londres desde la posada en la que se habían alojado ayer ya habría llegado.

Si no habían enviado ya a gente a buscarla, su familia conocería sus planes y lo que iba a hacer. No estarían lejos, un día como mucho. Pero aun así les daba tiempo para casarse y consumir el matrimonio, uniéndolos para siempre, y ni siquiera la decepción de sus padres o las acciones del señor Venzellons podrían cambiar su destino.

Mientras su matrimonio impidiera que el señor Venzellons la arruinara por completo, estaba segura de que el *ton* la perdonaría por huir a Gretna para casarse.

Al fin y al cabo, era hija de un duque y se convertiría en condesa después de hoy.

Socialmente, serían sabios si no la rechazaban.

—¿Estás lista, Lady Genevieve?

Beckett le tendió la mano para que la tomara. Estaba de pie junto al carruaje frente al taller de un herrero. Ella asintió, tomó su mano y se preparó para casarse con un hombre al que una vez adoró y ahora despreciaba.

Frunció el ceño, insegura de si despreciar era la palabra correcta ahora...

Entraron, y una mujer de mediana edad los recibió, tomando el pago de Beckett antes de

conducirlos más adentro del edificio.

Solo pasaron unos minutos, y se encontraron de pie frente al yunque, repitiendo los votos del sacerdote del yunque, Joseph Paisley, que los uniría para siempre.

—Sí, quiero —oyó decir a Beckett, con su atención en el herrero y escuchando atentamente lo que el hombre les pedía que repitieran.

Ella echó un vistazo alrededor del sucio espacio. Una forja ardía intensamente al final de la habitación, calentando el lugar; herramientas que reconocía, un martillo y un punzón, descansaban sobre un banco de madera, y el aire olía claramente a caballos y humo.

Su madre habría sufrido una apoplejía si hubiera visto dónde se había casado su única hija.

Al menos podía ahorrarle ese suplicio.

La gran boda que la duquesa siempre había querido que Genevieve tuviera en la iglesia de St George nunca sería ahora. Pero en realidad, ¿importaba dónde se convertía una en esposa, siempre y cuando lo hiciera legalmente?

Seguramente, eso era lo más importante.

Aunque le hubiera gustado llevar un vestido más bonito que el que tenía puesto, arrugado y sucio por dos días de viaje. Sin embargo, había que sacar el mejor partido de cualquier situación.

No se atrevía a mirarse en un espejo para ver el desorden de su pelo.

—Sí, quiero —repitió antes de que el herrero los declarara marido y mujer.

Y ahora era la esposa de Beckett. La condesa Tyndall.

Había esperado que se sintiera un poco más emocionante de lo que fue, pero lo único que la atormentaba era la inquietud. Ahora, él la llevaría a la cama.

Los nervios revoloteaban en su estómago. Había sido tan salvaje y exigente en la cama ayer por la mañana. Se había empujado contra su sexo y había puesto su cuerpo en un caleidoscopio de placer que era diferente a sus liberaciones privadas.

Había sido más fuerte, más emocionante, y la visión de Beckett, con sus ojos salvajes de necesidad y determinación, incluso ahora hacía que su corazón se acelerara.

—Bese a su hermosa novia, milord.

Beckett se volvió hacia ella y sonrió antes de inclinarse y besarla rápidamente en la mejilla.

—Gracias, señor Paisley, por sus servicios. Estamos muy agradecidos.

—De nada, y felicidades. Que su vida sea feliz y plena.

La condujo fuera, a la llovizna que se había instalado sobre Gretna. El tiempo tan cambiante en Escocia.

—Viajaremos a Gretna Hall. Allí podremos estabular los caballos —dijo Tyndall a su cochero—. Nos quedaremos allí por la noche y regresaremos a Londres mañana.

—Como usted diga, milord. —El cochero se tocó el sombrero, y subieron al carruaje. Pronto, el vehículo se puso en marcha y estaban en camino.

—¿Está lejos el alojamiento? —preguntó ella, observando el pequeño pueblo que pasaban.

—Está justo al final de la calle. —Beckett se ajustó la corbata y mantuvo su atención fuera de

la ventana. Como había dicho, su viaje hasta el hall duró solo unos minutos, y pronto se detuvieron frente a un gran edificio de piedra encalada.

Varios caballos estaban atados en el frente, y dos carruajes estaban estacionados en su patio, cargados de equipaje. Registrarse en su alojamiento fue sencillo. Tyndall se encargó de los detalles de su habitación, y mientras lo hacía, Genevieve echó un vistazo a la sala de estar, donde varios hombres y dos damas estaban disfrutando de una ligera comida.

¿Se habrían casado ellos también? ¿O aún tenían que decir sus votos sobre el yunque?

Su estómago rugió, y se dio cuenta de que habían pasado varias horas desde la cena de la noche anterior. Habían viajado toda la noche para llegar a Gretna a primera hora, y necesitaba urgentemente alimentarse.

A punto de pedir comida, oyó a su nuevo esposo ordenar las comidas, un baño de asiento y que avivaran el fuego, junto con dos vestidos de señora para su esposa y camisolas lavadas para su ropa interior.

La idea de bañarse y vestirse con ropa limpia sonaba celestial, y si antes no había querido besar a Tyndall, ciertamente ahora sí.

Los escoltaron al piso superior, y la posada era bastante grande y estaba impecablemente limpia.

Las ganancias de todos aquellos que huían para casarse debían ser realmente sustanciales.

La habitación era una de las más grandes en las que había estado en una posada, no es que frecuentara tales lugares a menudo. Albergaba una gran cama de madera con abundante ropa de cama de un rico verde. Había una mesita para que dos personas comieran, situada con gracia cerca de un conjunto de ventanas que tenían vista al pueblo.

Genevieve se acercó a la ventana y notó que otra pareja entraba en la herrería que acababan de dejar. Sonrió al ver lo felices que estaban por casarse. Esperaba que su entusiasmo nunca cesara.

Una criada encendió el fuego y varias lámparas antes de que otros sirvientes comenzaran a traer comida, vino, el baño de asiento, cubos de agua humeante, jabón y toallas frescas. Antes de que terminaran, dos vestidos, pasados de moda por varios años, fueron colgados en el armario y ropa interior fresca fue colocada sobre la cama.

—Gracias —dijo Tyndall mientras acompañaba a los sirvientes a la puerta, la cerró y la aseguró, dejándolos solos.

—Detrás del biombo hay una pequeña estufa que mantendrá caliente el agua del baño mientras te bañas. ¿Prefieres refrescarte primero o comer lo que desees?

—Me lavaré primero. No me siento yo misma en este momento.

Se acercó a él y se dio la vuelta, dándole la espalda. —¿Podrías desatar mi collar, mi lord? No puedo alcanzarlo debido a las restricciones de mi vestido.

Sus dedos presionaron contra su espalda, y un escalofrío recorrió su columna. Su aliento le hizo cosquillas en el cabello de la nuca, y ella cerró los ojos, imaginando sus hábiles manos

sobre ella en solo unas horas.

¿La llevaría a la cama por la tarde mientras aún hubiera luz? ¿O esperaría hasta que oscureciera para seducirla?

Una pequeña sonrisa torció sus labios, y tuvo que admitir que estaba deseando ser mujer y esposa. Sin duda, ya era hora de que se casara, y Tyndall no estaba tan mal.

Con todas sus cualidades molestas y su incapacidad para mantener la boca cerrada cuando eran jóvenes con respecto a su cabello, era apuesto, bien dotado financieramente y físicamente, si se atrevía a pensar tan audazmente.

Sería suficientemente bueno.

Pero, ¿cambiaría por ella? ¿Sería fiel? No creía que lo fuera. Se casó con ella por lealtad a su hermano y amor por su familia, no por ella misma.

No querría renunciar a su estilo de vida libertino. El collar cayó en su mano, y ella se movió detrás del biombo, descartando su vestido y esperando no volver a verlo nunca más, al menos hasta que fuera lavado.

Desató su corsé, afortunadamente abrochado al frente, y se quitó la camisola antes de sumergirse en el agua humeante. Tomando el jabón de lavanda, se bañó y lavó cada parte de su cuerpo, deseando eliminar días de viaje.

Admítelo, Genevieve, quieres estar limpia para él.

Tampoco lo negaría. Él también se bañaría, y tal vez su noche no sería tan imperfecta. Al menos olerían bien mientras realizaban el acto matrimonial.

El calor besó sus mejillas, y se sumergió bajo el agua, queriendo lavarse el cabello. Al salir, pasó el jabón por su cabello, frotando y lavando su cuero cabelludo.

El jabón se metió en sus ojos, y lo sumergió en el agua tratando de lavárselos, pero solo extendió más jabón por todas partes.

—Beckett, ayuda —logró llamar—. ¿Puedes pasarme un paño? Tengo jabón en los ojos y no puedo abrirlos.

Escuchó su brusca inhalación antes de que él tomara sus manos, dándole un pequeño paño.

Se limpió los ojos y logró abrirlos lo suficiente para ver a Beckett de pie junto a la bañera, observándola.

El deseo que emanaba de él envió un aleteo de calor a su centro. Fingió no notarlo y se sumergió bajo el agua para enjuagarse bien el cabello.

—¿Estás haciendo eso a propósito? —preguntó su voz baja y ronca.

Ella se limpió la cara de nuevo con el paño, contenta de que su cabello estuviera enjuagado y sus ojos ya no le escocieran. —¿Hacer qué? —preguntó inocentemente.

Él se arrodilló junto a la bañera, extendiendo la mano para trazar uno de sus pezones con el dedo. Ella no apartó su mano. ¿Cuál era el punto? Ahora él era su esposo. Ella era tan suya como él era de ella.

—Estás jugando con fuego, Condesa.

Era la primera vez que la llamaba por su nuevo título, y le gustó. Se apoyó en el borde de la bañera y parpadeó lentamente. —Entonces es bueno que no me guste tener frío, mi lord.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

TENÍA QUE TOMAR UNA DECISIÓN. Sacar a Genevieve de la bañera y reclamar a su recién titulada esposa. Tenderla sobre la cama a solo unos pasos de donde él estaba arrodillado y hacerla suya de la manera más bíblica.

Ciertamente, ella parecía estar abierta a la idea de consumir el matrimonio pronto. De hecho, apenas se veía nerviosa en absoluto. Él había dormido con muchas mujeres y sabía cuándo una mujer estaba excitada. Sus ojos se oscurecían de deseo, sus voces se volvían más graves y su respiración se aceleraba.

Genevieve mostraba todos esos indicios, sin mencionar que sus pezones rosados se habían endurecido.

Se lamió los labios y debatió cómo debería proceder este día y esta noche.

La sacó de la bañera. Ella jadeó, y el agua salpicó el suelo y su ropa. Dio unos pasos hasta la cama y la depositó sobre las sábanas limpias y crujientes.

La visión de su cuerpo desnudo, sus senos grandes y llenos, suyos para besar y lamer. Quería besar cada centímetro de su piel, verla retorcerse de placer.

Su miembro se endureció, y se paró junto a la cama, desató los dos botones del frente de su camisa y se la quitó por la cabeza.

Sus pantalones resultaron un poco más desafiantes, especialmente porque estaban mojados por Genevieve. Tiró de los botones de la bragueta y se los arrancó, pateándolos hacia algún lugar cerca de la base de la cama.

Los ojos de Genevieve se abrieron de par en par cuando se paró frente a ella y acarició su miembro, permitiéndole acostumbrarse a cómo se veía un hombre en su pleno apogeo erótico.

Sus ojos recorrieron su cuerpo, absorbiendo cada una de sus características antes de posarse en su miembro.

La visión de ella mordiendo el labio, su lengua asomando para humedecer el inferior, elevó su deseo a niveles estratosféricos.

Contrólate, hombre. No eres un muchacho inexperto que nunca se ha acostado con una mujer.

Ella se apoyó sobre sus brazos, curiosa sobre su cuerpo y cómo su miembro crecía. Más que

nunca ante el interés que mostraba en él.

—¿Puedo tocarlo?

Él tragó un gemido y se maldijo por jugar con ella como lo había estado haciendo. Había pensado que ella sería un poco más tímida cuando se tratara de estar con su marido por primera vez. Que él tendría el control.

Estaba bien encaminado a perder la poca autoridad que poseía.

Suspiró interiormente. Qué típico de Genevieve ver esta noche como una experiencia de aprendizaje y sentir una creciente necesidad de saberlo todo al respecto.

—Si lo deseas. —Se acercó más a la cama y soltó su miembro. Ella se arrodilló frente a él, y su mente instantáneamente saltó a imaginarla tomándolo en su boca y chupando su rígida vara.

Ella extendió la mano, ahuecándola bajo su hombría, su toque inseguro y delicado.

Él quería sus manos sobre él, exigentes y seguras.

Cubrió su mano con la suya, guiándola hacia lo que le gustaba. —Agárralo firmemente y acaríciame. Trabájame con la palma de tus manos y dedos.

Ella hizo lo que él explicó, y él cerró los ojos, luchando contra el impulso de derramarse.

—Es como ordeñar una vaca, ¿no? Lo hice una vez, ¿sabes? Fue una experiencia extraña, pero me gusta más esto. Estás duro. Lo hace más fácil, creo.

Él la miró, desconcertado. —¿Más fácil ordeñarme?

Sus labios se crisparon. —Sí, en cierto modo. —Hizo una pausa, pasando un dedo por la punta de su miembro—. ¿Qué es esta gota perlada?

Él gimió, incapaz de contener lo que la visión de ella inspeccionando, jugando con él, le hacía a su compostura. La destrozaba en dos. No quería empujarla de vuelta a la cama, follarla hasta que ambos se hicieran añicos en un millón de pedazos como un bribón indómito, pero nunca había deseado follar a una mujer tanto como deseaba a Genevieve en este momento.

—Es líquido preseminal. Cuando me corra, habrá más de ese líquido perlado.

—¿De verdad? —Sus dedos rodaron la gota entre ellos antes de agarrarlo por segunda vez—. ¿Qué más puedes hacer con tu pene? Sé que lo insertarás en mí y que será doloroso la primera vez.

Tragó saliva, disfrutando de su toque mucho más de lo que debería. —Cuando ensombrezca la puerta de tu dormitorio, solo será para procurar un heredero. No será una ocasión habitual.

—Por supuesto, sé que no somos un matrimonio por amor y que estás haciendo esto por deber hacia mi familia. Me lo recuerdas tanto que es poco probable que olvide cómo hemos llegado aquí.

Ignoró su pulla y continuó. —Una mujer puede tomar el miembro del hombre en su boca y chuparlo, succionar su verga con la boca en lugar de con la mano.

—¿En serio? —Miró fijamente su miembro, y él parpadeó. Consciente de que si ella chupaba su pene, él se correría.

—No es necesario que hagas eso, Genevieve. Aún no estás lista para eso.

—¿Y si quisiera intentarlo? —Se acercó más a él en la cama y lo atrajo con otra caricia de su hombría.

Otra gota perlada se asentó en la punta de su miembro ante la idea de que ella hiciera tal cosa. Con la respiración contenida, observó cómo se lamía los labios y los abría para tomarlo en su boca.

Joder.

Su respiración se entrecortó y se quedó inmóvil.

La sensación de sus labios, su boca caliente rodeando su miembro era una tortura exquisita. Su lengua guiaba el camino, tomándolo un poco en su boca al principio antes de encontrar un ritmo y pronto lo estaba chupando con una habilidad que solo había soñado.

Y esos sueños habían sido eróticos y prohibidos, y sin embargo, ahí estaba ella. Administrando una felación, y él estaba perdiendo la maldita cabeza.

Pasó sus dedos por su cabello rojo dorado, agarrando un puñado entre sus manos, guiándola, introduciéndose en su boca, follándola.

Sus testículos se tensaron, y esa ola familiar de necesidad se acumuló en su estómago, burlándose de él, indicándole que estaba cerca.

—Dios, sí, Genevieve. Chúpame la polla —jadeó cuando ella medio gimió y medio rió ante su orden. La sensación lo sacudió, provocándolo aún más.

Ella se apartó, mirándolo desde debajo de sus largas pestañas, inocente y suya. Con la respiración entrecortada, la observó, tomó su rostro entre sus manos e ignoró las emociones que lo invadieron en ese momento.

No podía pensar con claridad. Tampoco podía ver de manera lineal.

—Sabes tan bien.

—Genevieve —los tumbó en la cama. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, y él no podía esperar. No podía ser lento ni dulce.

Se guió contra su calor. Estaba húmeda, tan deliciosamente mojada que se le hizo agua la boca al pensar en besar sus otros dulces labios hasta que ella apretara su cabeza entre sus muslos de placer y se corriera en su cara.

Beckett embistió dentro de ella, tomando su inocencia y haciéndola suya para siempre. Estaba apretada, y él hizo una pausa sin moverse. En su lugar, se mantuvo quieto y le permitió ajustarse a sus proporciones.

Su respiración era rápida, sus ojos estaban abiertos de par en par, y se retorció e intentó moverse. Se suponía que debía intentar ponerse más cómoda, no forzarlo demasiado rápido.

—Date un momento. Te acostumbrarás a tenerme dentro de ti.

Ella asintió y se lamió los labios, y él no pudo negarse a sí mismo. La besó, tomó su boca y la devoró como había querido hacer desde el momento en que dijeron *Sí, quiero*.

Ella le devolvió el beso, y él sintió el momento en que se relajó y apretó las piernas alrededor de su espalda. Sus manos contra su pecho se deslizaron alrededor de su cuello, y supo que estaba

lista para más.

Y él le daría lo que quería.

A ambos.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LA SENSACIÓN de tener a Beckett dentro de ella era peculiar de una manera cálida, acogedora y dominante. Aunque le gustaba tenerlo ahí, también estaba poco acostumbrada a tener a otra persona tan cerca.

Besar a un hombre era una cosa, pero consumir un matrimonio era algo completamente diferente.

Se apretó contra él, el dolor que la había invadido al principio se había disipado, dejando solo placer, una sensación agradable que rozaba los bordes de su mente de algo que sería extraordinario si continuaba.

Extendió los brazos hacia él, deslizándolos alrededor de sus hombros, y observó el rostro crudo y sin filtro que era su marido.

Su mandíbula afilada y sus pómulos altos parecían más angulares mientras se cernía sobre ella, haciendo una pausa para darle tiempo a adaptarse. Era tan guapo que su estómago se contrajo, y lo atrajo más hacia sí con los pies, deseándolo más profundo, más duro dentro de ella.

—¿Qué estás esperando? —lo provocó, sabiendo que Beckett no retrasaría esta interacción más de lo necesario. Podía ver por la pequeña vena en su sien que estaba luchando contra su deseo, su necesidad de poseerla, de reclamarla.

Apenas podía esperar.

Después de todo, era una mujer que había estado en el mercado matrimonial durante algunos años. Aunque no había logrado encontrar marido antes, eso no significaba que su cuerpo no hubiera anhelado durante mucho tiempo a un hombre, aunque solo ahora supiera lo que eso implicaba.

Su boca se torció en una línea maliciosa, y su respiración se entrecortó. Embistió dentro de ella, implacable en su toma. Su mano buscó la de ella, forzándolas por encima de su cabeza mientras bombeaba con un ritmo que la dejaba sin aliento.

Una sensación de hormigueo y dolor se burlaba entre sus piernas. Con cada embestida, él empujaba la creciente necesidad a nuevas alturas. ¿Iba a experimentar otra experiencia placentera como la que había tenido con él ayer en la posada?

¿Podría una mujer, al ser amada, llegar al clímax de esta manera? Cuán extraordinario y

emocionante sería si ese fuera el caso.

Su otra mano libre alcanzó su trasero, levantando y ajustando el ángulo de su cadera. El cambio de inclinación profundizó su alcance y, con cada embestida implacable y brutal, la empujaba cada vez más hacia la conclusión.

—Beckett —el jadeo suplicante se escapó de ella antes de que pudiera evitarlo—. ¿Qué me estás haciendo?

Sus ojos se encontraron con los de ella mientras se movía dentro de ella, presionando, provocando, tomándola, empujándola al punto de no retorno. Sus ojos estaban oscuros y tormentosos con determinación y deseo.

No podía apartar la mirada, no podía desprenderse de observar las emociones y complejidades de su rostro mientras daba y tomaba satisfacción de ella.

Nunca había parecido tan deliciosamente guapo antes. Que ella estuviera aquí, casada con su némesis de toda la vida, su acosador, y disfrutando de cada pequeña cosa deliciosa que le estaba haciendo era una locura.

Y quizás se había vuelto un poco salvaje.

Por él...

El pensamiento detuvo su mente por un momento antes de que él los hiciera rodar. De alguna manera, ahora estaba sentada en su regazo, mirando hacia abajo a su marido.

Sus ojos se fijaron en sus pechos antes de alcanzarla, pasando sus manos sobre su carne, rodeando sus pezones con sus dedos, la fascinación brillando en sus ojos.

—Dios mío, eres hermosa.

Sus palabras la calentaron. Qué dulce era. No había pensado que él la considerara nada más que un mosquito molesto, una piedra en su bota, pero quizás no lo era.

Tal vez había esperanza después de todo para su matrimonio que ella no había logrado ver hace uno o dos días.

—Levántate sobre mí. Cabálgame como si estuvieras trotando sobre un caballo.

Por un momento, Genevieve pensó en lo que implicaría ese movimiento antes de apoyarse en su pecho y, usando sus rodillas, levantarse sobre él.

—No del todo fuera, solo arriba y abajo en cortas alturas.

Hizo lo que él le indicó, y la sensación fue diferente de nuevo. Más consumidora y satisfactoria de alguna manera. Bajó sobre él, tomándolo profundamente, y jadeó, no por dolor, sino por el éxtasis que la estremeció.

—Sí, justo así, pequeña esposa.

Esposa... Se estremeció ante su término cariñoso. Le gustaba el término más de lo que debería, especialmente viniendo de Beckett.

No podía comprender cómo estaban casados, aquí y ahora, haciendo el amor. Era completamente extraño y sin embargo tan correcto. No podía imaginar hacer lo que estaban haciendo con nadie más.

Se movió sobre él con una facilidad y pericia que no pensó que tendría tan pronto, pero no era tan difícil como pensaba. Se estaba volviendo cada vez más placentero, su sangre calentándose, su piel hormigueando con sudor y dicha. Su núcleo dolía, y solo construía esa necesidad con cada embestida hacia abajo.

Quería más.

Aumentó su ritmo, apoyándose en él, cerró los ojos y saboreó la sensación de él, duro y grueso, llenando e inflamando su cuerpo.

Gimió, el sonido escapando de sus labios. —Beckett —Estaba tan cerca, tambaleándose al borde, pero no podía llegar del todo a donde quería.

Lo que ahora sabía que él era capaz de darle.

Él se incorporó, deslizó sus brazos bajo los de ella y enganchó sus manos en sus hombros. —Cabálgame. Te ayudaré —dijo.

Hizo lo que le ordenó, moviéndose sobre él con más fuerza. Con sus manos agarrando sus hombros, su embestida fue profunda y firme y fue todo lo que necesitó para llevarla sobre ese delicioso borde que se le había escapado hasta ahora.

—Beckett... Yo... —Su beso ahogó sus palabras. Su boca bebió sus gemidos mientras ella se deshacía en sus brazos. El placer era demasiado y, a la vez, no suficiente. Deseaba sentirse así de libre otra vez, flotar en sus brazos mientras permanecía encerrada en su abrazo.

—Genevieve... Estoy llegando.

Ella rompió el beso. Necesitaba verlo y observar cómo se desmoronaba. Los temblores la sacudían y vibraban a través de ella mientras su hombría se engrosaba, endureciéndose aún más si eso era posible.

Él gimió su nombre, jadeó y embistió dentro de ella mientras derramaba su semilla. Una calidez inundó el espacio entre sus piernas, y ella se mordió el labio, esperando que quizás, sin importar cómo había comenzado esta unión, él no le negara esta parte del matrimonio si iba a negarle todo lo demás.

Amor, afecto... fidelidad.

Peor aún, ahora que había tenido a su marido de esta manera, anhelando más incluso antes de que terminara, ¿cómo iba a vivir sabiendo que él continuaría su vida como antes?

Retoando por la ciudad como si aún fuera un hombre soltero.

Habían sido enemigos antes y habían peleado demasiadas veces para contarlas, pero esta vez, esta lucha podría ser una que ella no podía permitirse perder.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

VIAJABAN EN EL CARRUAJE. Habían pasado varias horas desde que dejaron el último pueblo antes de entrar en las afueras de Londres. Hoy regresarían a casa y tendrían que enfrentarse a los padres de Genevieve.

¿Desaprobarían? ¿Su amigo de toda la vida lo retaría y exigiría reparación por haberse llevado a su hermana y casarse con ella?

Tenían muchas explicaciones que dar, pero cuando su familia supiera la verdad y el peligro en el que Genevieve podría haber estado, lo entenderían.

Tendrían que hacerlo.

Su nueva esposa, suya en todos los sentidos de la palabra, se apoyaba en el codo, con la barbilla descansando en su mano mientras miraba por la ventana el creciente número de casas que bordeaban el camino.

Varias criadas en Gretna habían intentado limpiar el vestido de baile de seda para que Genevieve regresara a casa con él, pero lo que fuera que hubieran usado para quitar la suciedad solo había empeorado el aspecto del vestido.

Justo en este momento, con el humilde vestido que le habían traído para usar, no representaba a la hija del duque que era, ni a la condesa en la que se había convertido hacía solo dos días.

Aun así, no podía evitar admirar lo absolutamente hermosa que era, especialmente cuando no sabía que la estaban observando. Su bonita nariz y su piel perfecta. Sus grandes ojos verdes miraban todo con curiosidad y esperanza.

Sus labios... Besaba mucho mejor de lo que jamás había imaginado. El recuerdo de su intimidad... Su miembro se estremeció, el deseo retorciéndose en su estómago por más.

Con ella.

—Pronto estaremos en casa. ¿Qué les dirás a Mamá y Papá? —preguntó ella.

Él se movió en el asiento y se ajustó la corbata, intentando arreglar su ropa lo mejor que pudo. —La verdad. Les contaré lo que el Sr. Venzellons intentó y lo que sucedió después. —Dirigió su atención también a la ventana, cualquier cosa menos distraerse con la vista de su hermosa esposa.

Una mujer a la que podía seducir cuando quisiera.

Apretó los dientes. No la seduciría en el carruaje a solo una milla o dos de casa.

Por mucho que la idea lo intrigara.

Viajaron en silencio el resto del camino a Mayfair. Según las instrucciones, el cochero detuvo el carruaje cerca de las caballerizas del Duque de Curzon, asegurando que su llegada a la ciudad pasara desapercibida para el chismoso *ton*.

Ayudó a Genevieve a bajar del carruaje y, tomándola de la mano, la condujo a través de la puerta trasera del jardín hacia los extensos terrenos del duque. Ignoraron las miradas sobresaltadas e interesadas de varios jardineros y pronto se encontraron caminando por los pasillos de la mansión hacia la biblioteca del duque.

Un lacayo los notó cuando entraron en el vestíbulo. —Lord Tyndall, el duque los está esperando. Por favor, pasen.

Frunció el ceño y miró a Genevieve. Ella le apretó la mano, lo que solo podía asumir que era en señal de apoyo, y agradeció su valentía. Podría necesitarla en los próximos minutos.

Entraron juntos a la biblioteca del duque, y Genevieve hizo una reverencia antes de acercarse a su padre y extender los brazos hacia él.

El duque abrazó a su hija, en silencio, pero el alivio en el semblante de Su Gracia le dio a Beckett la esperanza de que su encuentro con él podría no ser del todo malo.

—Mi querida hija, hemos estado muy preocupados. —La tomó por los hombros y la miró fijamente durante varios momentos—. ¿Qué pasó? Recibimos una nota escrita apresuradamente solo de Lord Tyndall y no pudimos entender mucho.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Beckett.

El duque les indicó que lo hicieran, y se sentaron frente a Su Gracia. —Como sabe, asistí al mismo baile que Lady Genevieve hace varios días —comenzó, explicando lo que había ocurrido y con lo que se había topado, y posteriormente detenido. Pero también señaló el daño que el Sr. Venzellons parecía decidido a causar si no conseguía lo que quería con Lady Genevieve.

—No podía, verás, permitir que Lady Genevieve fuera víctima de semejante hombre. Era un mentiroso, un canalla, y seguramente habría hecho de su matrimonio una pesadilla. Como su amigo y amigo de la familia, no permitiría que la maltratara. Espero que pueda perdonarme por llevármela. Estamos casados, Su Gracia.

El duque mostró poca emoción, simplemente los miró a ambos durante un tiempo. Beckett luchó por no inquietarse, por no mostrar su malestar. ¿Estaba el duque enfurecido? ¿Exigiría que se anulara el matrimonio? Un poco difícil considerando que lo habían consumado, además de que había otros motivos que harían imposible disolver su matrimonio.

Aun así, el duque era un hombre poderoso. Podía hacer cualquier cosa si lo deseaba.

—Están casados, bueno, esa es una buena noticia, supongo. En cuanto al Sr. Venzellons, no ha causado ningún problema en Londres. De hecho, ya se ha marchado a la India. Querer un cambio de ambiente fue su excusa, pero creo que fue porque Martin tuvo unas palabras con él

una noche que no le agradaron particularmente.

Beckett se rio entre dientes, gustándole la idea de que el Sr. Venzellons recibiera un puñetazo en la mandíbula. El hombre no merecía menos. —Tengo aquí el certificado de matrimonio, Su Gracia. —Sacó el documento de su bolsillo y se lo entregó al duque—. Me disculpo por llevarme a Lady Genevieve de la ciudad. Pero después de lo que vi, y dadas las amenazas del Sr. Venzellons, pensé que la mejor y más rápida manera de acabar con sus amenazas era casarme yo mismo con Lady Genevieve. Ella accedió después de un poco de persuasión, y aquí estamos.

—Sí, aquí estamos todos. —La atención del duque se dirigió a su hija—. ¿Estás feliz con esto, querida? Siempre puedo alterar este resultado si no lo estás.

Genevieve guardó silencio durante un tiempo. La inquietud se agitó en el estómago de Beckett antes de que ella sonriera a su padre. —Aunque Lord Tyndall no es el hombre con el que pensé que me casaría alguna vez, no es tan terrible que me desagrade quien es ahora mi esposo. Hemos formado una tregua y nos llevamos bastante bien. Creo que nuestro matrimonio será agradable, y hay poco que podamos hacer al respecto ahora.

—¿Por qué, querida? —preguntó el duque.

—Bueno, porque hemos sido íntimos, Papá. Podría estar llevando al hijo de Lord Tyndall en este momento.

Beckett se quedó paralizado ante sus palabras. Un hijo. Su mente se esforzó por pensar, planear, imaginar. Nunca había derramado su semilla en una mujer antes, no sin usar un preservativo. Siempre había sido tan cuidadoso. Pero con Genevieve, no lo había sido.

¿Pero un hijo?

No estaba preparado para ser padre. No estaba preparado para ser esposo, de hecho.

¿Qué había hecho?

—Oh, por supuesto. Bueno, esas serían noticias encantadoras. Durante algún tiempo, tu madre y yo pensamos que nunca te casarías. Ya que no pudimos asistir al evento en sí, tendremos que organizar un baile en honor a vuestras nupcias.

—Nos encantaría, papá.

La mano de Genevieve se deslizó sobre la suya, apretándola y sacando a Beckett del pánico que lo asaltaba. Apenas sabía cómo cuidar de sí mismo, mucho menos de otro ser humano. ¿Y si fallaba y algo le pasaba al bebé? ¿O a Genevieve? Se estremeció, el horror no valía la pena ni pensarlo.

—¿No es así, mi lord? —le preguntó ella.

Él asintió, sabiendo que eso era lo que se suponía que debía comunicar. —Oh, por supuesto. Y pronto, si es posible. La sociedad debe saber que nuestras dos grandes familias se han unido.

Solo podía esperar que no aumentara más. Al menos, no todavía.

CAPÍTULO VEINTICINCO

—¿VAS a salir, mi señor? —preguntó Genevieve a Beckett mientras pasaba apresuradamente frente a la puerta de su dormitorio, dirigiéndose hacia la escalera.

Él se detuvo en seco y la miró como si hubiera olvidado que existía, lo cual no era sorprendente. Había hecho exactamente eso desde su regreso de Gretna hacía dos semanas.

La había ignorado.

Su menstruación había llegado, eliminando cualquier esperanza que albergara de tener un hijo. Pero ahora que había pasado, estaba desesperada por asistir a un baile como la nueva Condesa Tyndall.

Pero no podía asistir a su primer evento sin su marido. ¿Qué pensaría la *alta sociedad*? ¿Su familia y amigos? Todos asumirían que ya había problemas en el matrimonio, y no se equivocarían.

Si él no la tocaba pronto, podría morir de necesidad.

El hombre la había embrujado, le había hecho el amor de manera exquisita en Gretna, y luego la había dejado colgada como la ropa que a menudo se secaba en las cuerdas cerca de las caballerizas.

Esto no podía continuar así.

Ella era la hija de un duque. No era ella quien debía quedarse en casa fingiendo ser la esposa perfecta y futura madre. No cuando su marido se negaba a ser el esposo ideal.

—Ah... sí. Hay un juego de cartas en el club. Veré a tu hermano y a algunos amigos. Pensé que haríamos una noche de ello. Ha pasado algún tiempo desde que disfruté de una noche así.

Ella cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Saliste anoche. ¿Cuánto tiempo pudo haber pasado? ¿Horas? —Hizo una pausa—. Sin mencionar que has salido cada noche desde que regresamos a la ciudad. Si fuera una mujer de apuestas, diría que me estás evitando a propósito.

—¿Cómo dices? ¿Qué estás tratando de expresar?

—Bueno, creo que lo dije bastante claro. ¿Le tienes miedo a tu esposa? Hemos tenido nuestras diferencias, pero pensé que habíamos formado una tregua en Escocia.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y sus ojos se abrieron antes de que empezara a bajar

por el pasillo de nuevo.

—No hay tiempo para charlar. Debo irme. Que tengas una buena noche, querida.

—¿Tyndall? —Ella corrió tras él, alcanzándolo justo antes de la parte superior de las escaleras—. No me ignores. ¿Has perdido la cabeza? No es así como se debe tratar a una nueva esposa. Debería decirle a papá que me estás abandonando.

Él caminó hacia ella y le agarró los hombros, con una sonrisa condescendiente en los labios que ella quería borrar de una bofetada.

—Vamos, vamos, esposa. No seas una arpía. Son solo cartas y algo de vino. Nada más.

Ella entrecerró los ojos mirándolo.

—No te creo, y si piensas que me voy a quedar en casa siendo una buena mujercita para ti, puedes pensarlo de nuevo.

Era su turno de cruzar los brazos y mirarla con enojo.

—¿Y qué crees que vas a hacer? ¿Ser infiel? ¿Engendrar un bastardo en tu vientre? Creo que no.

Ella jadeó, sin poder creer que fuera tan cruel o dijera algo tan vil.

—Por supuesto que no. No soy una ramera de Covent Garden. Pero no me gusta que me tomen por tonta, y me estás haciendo parecer una al no asistir juntos al primer evento como deberíamos, como la sociedad espera.

—Tendrás que esperar hasta mañana por la noche. El baile de los Sedgewick es entonces, y será un buen momento para mostrar nuestro encantador matrimonio.

—Disculpa, ¿qué pasa con ese tono de burla? Tú eres el que me llevó a Escocia y se casó conmigo sin pedir permiso. Yo no te pedí que hicieras eso. De hecho, estoy segura de que mi padre me habría protegido del señor Venzellons. ¿Por qué no admites simplemente que te gusto más de lo que estás dispuesto a reconocer, y ahora estás huyendo asustado?

Ahí estaba, había dicho lo que había estado pensando estos últimos días.

Se había estado preguntando por qué la había evitado a toda costa. Tenía que ser porque no confiaba en sí mismo cuando estaba cerca de ella.

La deseaba, una emoción que ella podía usar a su favor. ¿Quién no quería hacer que sus maridos las desearan? Eran arcilla húmeda en las manos de una mujer si ella tenía tal control.

Él haría lo que ella deseara. En lugar de salir con sus amigos caballeros y fingir que aún era soltero.

—Apenas éramos amigos antes de nuestro matrimonio. ¿Qué te hace pensar que ahora estoy obsesionado contigo?

Ella se acercó a él y no pasó por alto el oscurecimiento de su mirada ni la emoción que arremolinaba en sus ojos azules cuando tocó su pecho, acariciando con sus dedos su abrigo de paño fino.

Ella no llevaba nada más que su camisón y su bata, habiendo estado decidida a dar la noche por terminada y quedarse en su habitación. La atención de él se desvió hacia sus labios, su boca

abriéndose en una pequeña inhalación.

Él tragó saliva cuando ella posó su mano sobre su estómago y sintió sus músculos tensos contraerse bajo su palma.

Oh sí, el hombre no era indiferente, sin importar cuánto fingiera serlo.

—Cuando sigues huyendo, saliendo todas las noches sin tu esposa, ¿qué más puedo pensar? Me tienes miedo, a lo que te hago sentir. Aunque no pretendo que sea amor, ciertamente me deseas. Ahora puedo verlo, y apostaría que si te toco aquí —deslizó su mano sobre sus pantalones y agarró su rígida virilidad, tomándose un momento para acariciarlo—, sí, ahí, demuestro mi punto. Te alejas de esta casa para que no te tiente —Se rió y se apartó de él—. Pero no me voy a ir a ninguna parte, así que solo será cuestión de tiempo antes de que abandones este intento de seguir como antes, y vengas suplicándome que te perdone por tu obstinación.

Él frunció el ceño.

—Estás diciendo tonterías. Eso no es lo que está pasando aquí en absoluto. Simplemente voy a Whites a jugar a las cartas. Estás imaginando y creando un escenario que no es real.

Ella se encogió de hombros.

—Ve entonces, mi señor. Disfruta de tus amigos y tus rameras.

—No hay rameras, esposa.

Genevieve se dio la vuelta y comenzó a regresar a su habitación.

—Estoy segura de que aún no las hay, pero las habrá. Con el tiempo, cuando me hayas alejado tantas veces que ya no te permita entrar en mi vida, buscarás consuelo en otra parte, y entonces te arrepentirás de tus decisiones. Pero será demasiado tarde.

—Asistiré contigo al baile de los Sedgewick mañana por la noche, y allí haremos el debut de nuestro matrimonio. Esta noche no es lo que estás suponiendo.

—Que tengas una agradable velada en tu club, mi señor. Te veré por la mañana.

Entró en su habitación y se dirigió directamente a su escritorio, garabateando rápidamente una nota para Charlotte y Matilda. Si Lord Tyndall pensaba mantenerla bajo llave, tendría que pensarlo de nuevo. Ella haría su debut como la nueva Condesa Tyndall y dejaría que su marido explicara su ausencia por sí mismo. Nunca había sido la tonta de nadie, y ciertamente no la de Beckett. Debería considerarse afortunado de que se hubiera casado con él en absoluto.

Con escándalo o sin él.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

GENEVIEVE, Charlotte y Matilda entraron al baile de Lord y Lady Bexley esa tarde. El evento estaba en pleno apogeo, con las paredes doradas de las salas repletas de asistentes.

Los vestidos eran opulentos, el vino corría libremente y la música tentaba a cualquiera que estuviera al alcance del cuarteto de cuerdas.

Saludó a los anfitriones, Lord y Lady Bexley, y se dirigió al salón de baile. Muchos de los invitados las miraron, no tanto sorprendidos de verla a ella o a sus amigas juntas, sino porque sin duda la ausencia de su marido estaría en boca de todos los chismosos a la mañana siguiente.

Lo cual era exactamente lo que ella deseaba.

Si Lord Tyndall no iba a asistir al primer baile al que habían sido invitados como matrimonio, ella asistiría sola.

Pronto aprendería que a ella no le gustaba que la menospreciaran, especialmente su cónyuge, ni tampoco le gustaba perderse bailes y fiestas.

Muy pronto, volverían al campo y dejarían Londres, y no regresarían por varios meses. Ahora que era una esposa, no podría volver a su hogar ancestral, sino que tendría que viajar a su nuevo hogar.

¿Quién sabía cuán aburrido y monótono podría ser ese hogar? Si era algún indicio de cómo se comportaba su marido en sociedad estos días, sería ciertamente aburrido.

Frunció el ceño mientras se movían entre la multitud de invitados. De hecho, apenas sabía algo sobre su casa en el campo. Él siempre se había quedado en la finca de ella durante las vacaciones escolares y universitarias. ¿Acaso tenía una, o era meramente un producto de su imaginación?

—Se ve hermosa esta noche, Lady Tyndall —dijo Lady Ashbrook, haciendo una reverencia. La esposa del barón era nueva en Londres, habiendo regresado después de dar a luz a su primer hijo el año pasado.

—Gracias, Lady Ashbrook. Usted también se ve muy bien. Felicidades por el nacimiento de su hijo. He oído que es encantador.

—Oh, lo es, gracias, y pronto usted también estará esperando, estoy segura. Lord Tyndall es un hombre apuesto. Me imagino que su matrimonio es bastante apasionado.

Genevieve miró a Lady Ashbrook momentáneamente, con la mente en blanco sobre qué responder. ¿Era así como hablaban las damas casadas entre sí, sin ninguna circunspección?

Matilda se rió y se cubrió la boca con el abanico. —Nos llevamos lo suficientemente bien, mi lady. Gracias por su amable interés. —Genevieve siguió adelante, habiendo tenido suficiente de esa conversación, antes de que se encontraran cerca del final de la sala, observando al *ton* en acción.

—Una pregunta interesante de Lady Ashbrook y una a la que también me gustaría saber la respuesta —Charlotte sonrió con picardía—. Cuéntanos, Genevieve, ¿cómo es Lord Tyndall en el sentido bíblico? Tenemos curiosidad por saber.

Oh, Dios, ¿cómo responder a tal pregunta sin ponerse tan roja como el rouge que decidió no ponerse en los labios esta noche? —No mentiré; es apasionado, o al menos, lo fue cuando nos casamos. No ha oscurecido mi puerta desde ese día. No estoy segura de por qué.

—Hmm, ¿crees que se arrepiente de haberse casado contigo? —soltó Matilda.

Genevieve jadeó, incapaz de creer que su amiga hubiera dicho tal cosa. Los ojos de Matilda se agrandaron, y tartamudeó palabras, tratando de arreglar su metedura de pata. —No tanto arrepentimiento, me corrijo, sino que tal vez casarse contigo lo ha impactado de alguna manera, y ahora está un poco asustado.

—Oh sí, veo a dónde quieres llegar con esta idea —se unió Charlotte—. Tal vez después de estar contigo íntimamente, se ha obsesionado un poco, y eso lo ha asustado. Quizás no te toca porque si lo hiciera, perdería el control de su comportamiento de caballero. El muro que siempre ha estado entre ustedes dos.

Ninguna de las dos eran ideas tontas, y el pensamiento había cruzado por la mente de Genevieve una o dos veces desde que regresaron de Escocia, entre otras cosas, que había sido un terrible error que no podía deshacer.

—Entonces, ¿qué sugerirían que haga para intentar arreglar nuestros problemas? ¿Seducirlo? ¿Negárselo? ¿Vestirme provocativamente en su presencia y luego negárselo? ¿Qué?

—¿Todas esas cosas? —Matilda se rió—. Oh, ¿te imaginas al renombrado libertino Lord Tyndall cayendo a tus pies suplicando que tengas piedad de él y le permitas, ya sabes...

—¿Dormir conmigo de nuevo?

—Creo que ella estaba buscando un término más contundente que dormir.

—No puedo verlo haciendo tal cosa —afirmó Genevieve—. Parece bastante decidido a mantenerme a distancia.

—Sería un tonto de verdad si te negara.

Genevieve abrazó a Matilda rápidamente, agradecida por sus amigas con quienes podía ser ella misma y decir lo que pensaba sin juicios. —Su señoría dejó claro en Escocia que este matrimonio es uno de deber para él. Me ha salvado de la ruina del señor Venzellons y ahora cree que su carga ha concluido. Pero no para mí. Si soy honesta, me encuentro un poco enamorada de mi marido. Las emociones que me hizo sentir en nuestra primera noche juntos... El placer que no

sabía que podía obtenerse de otro.

—¿Estás diciendo que lo que hemos aprendido a hacer solas es posible con nuestros maridos? Sé que el libro que leímos lo decía, pero nunca lo creí realmente. ¿Has visto cuántas mujeres casadas caminan por Londres con el ceño fruncido y la boca apretada? No parecen mujeres que hayan disfrutado de sus maridos en el lecho conyugal la noche anterior.

—Charlotte, eso es perverso pero totalmente cierto. Debo estar de acuerdo —dijo Matilda.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Aunque sé que todas nos hemos explorado a nosotras mismas en la privacidad de nuestras habitaciones, debo admitir que cuando Lord Tyndall y yo estuvimos a solas, bueno, digamos que el resultado de esa unión fue más intenso, fuerte y satisfactorio de lo que jamás he experimentado por mí misma.

—Bueno, esas son buenas noticias. Quizás debería perseguir a Lord Wolfson con más determinación. Yo también quiero experimentar eso.

—No os olvidéis de mí, aunque no he encontrado a nadie que me guste lo suficiente como para desnudarme con él. ¿Os lo podéis imaginar? —dijo Charlotte, con las mejillas enrojecidas.

—Eres hermosa —dijeron Genevieve y Matilda al unísono a Charlotte—. Y cuando encuentres a tu marido, él también caerá de rodillas y te suplicará piedad, que es lo que te mereces y nada menos.

—Bueno, si nuestra decisión es hacer que Lord Tyndall se ponga celoso y furioso porque estás en sociedad, disfrutando de bailes y fiestas, vino y buena conversación, ¿no deberías también disfrutar del sexo opuesto? De manera platónica, por supuesto, pero coqueteando lo suficiente como para erizar los pelos de Lord Tyndall.

—Creo que eso es exactamente lo que se necesita. Cuando uno ve la posibilidad de lo que ha perdido, tal vez quiera recuperar su premio —afirmó Matilda.

—Sí, seguiré como antes. Disfrutaré bailando con los caballeros que me presten atención y dejaré que Lord Tyndall se entere de la popularidad de su esposa a través de los miembros de supreciado club.

—No te olvides de provocarlo en casa tanto como puedas. Si queremos que se dé cuenta de que eres la única mujer que necesita y debe adorar, entonces debe ver lo que se está perdiendo y por qué, por una ramera de Covent Garden.

La idea hizo que el estómago de Genevieve se retorciera. ¿Podría ser tan atrevida? ¿Empujar a su marido y ver hasta dónde tendría que llegar antes de que cediera a sus deseos? ¿A su afecto?

—Esperemos que no esté volviendo a sus viejas costumbres, simplemente manteniendo distancia de mí debido a las estipulaciones que discutimos anteriormente. Rezad por mí para que no pueda negarme para siempre, que su lujuria por mí se convierta en amor.

—¿Lo amas? ¿Te has enamorado de tu marido? —preguntó Matilda, con los ojos abiertos de asombro.

—No sé lo que siento por Beckett, pero sé que está confuso y enredado, tanto como creo que él se siente ahora mismo. Me gustaría un matrimonio por amor, como a todas nosotras. Si lograré

ese resultado está por verse, pero no me rendiré sin luchar, aunque esa lucha sea un poco turbia y por debajo de las acciones de una dama.

—¿Cuándo nos ha llevado lejos el ser una dama? Yo digo que juguemos sucio y ganemos, especialmente si el premio es el amor —dijo Charlotte.

—¡Bravo! —asintió Matilda.

Genevieve asintió. Que comiencen los juegos.

CAPÍTULO VEINTISIETE

LA NOCHE ESTABA AVANZADA. Beckett miró el reloj en la pared del estudio. Las tres de la madrugada. Un escalofrío descendió en el aire, y se levantó del sofá para echar otro leño al fuego. Se quedó de pie, mirando las llamas, contemplando dónde demonios estaría su esposa.

Ella se había preparado para acostarse cuando él se había marchado más temprano esa noche. La imagen de su camisión estaba grabada en su mente y lo había atormentado en White's.

El reloj dio el cuarto de hora. Seguramente no tardaría mucho más. No es que fuera demasiado tarde para quienes disfrutaban de la temporada. Los eventos a menudo se prolongaban hasta el amanecer, pero aun así, él había pensado que ella estaría en casa, dormida en su cama.

A salvo.

Cuando había ido a verla al llegar a casa, se había sorprendido al encontrar su cama preparada por la doncella, una vela encendida en la repisa de la chimenea, pero ni rastro de Genevieve. Había vuelto a bajar y pedido un refrigerio ligero antes de acomodarse para ver cuánto tardaría su esposa en regresar.

Habían pasado horas desde entonces, y con ellas, su paciencia.

Que ella estuviera fuera no tenía ningún sentido. Habían acordado asistir juntos al baile de los Sedgewick. Su primero como pareja casada. ¿Por qué había decidido asistir a otro por su cuenta?

El sonido de la puerta principal al cerrarse lo sacó de sus cavilaciones. Los pasos ligeros y con zapatillas lo hicieron dirigirse hacia la puerta de la biblioteca para interceptar a Genevieve antes de que subiera las escaleras.

Salió al vestíbulo justo cuando ella tropezó con el primer escalón, cayendo hacia adelante y aterrizando sobre sus manos. Se le escapó una risita ebria, y él frunció el ceño.

¿Estaba borracha?

—¿Qué estás haciendo, Lady Tyndall? —Salió al vestíbulo y la observó mejor. Su peluca estaba torcida, su vestido arrugado por una noche de juerga, y sus mejillas sonrosadas por la fatiga.

¿Qué había estado haciendo?

Respiró hondo, negándose a imaginar posibilidades que no fueran ciertas. Eso solo llevaría a

la ansiedad y a discusiones, sin mencionar que le haría perder el poco control que le quedaba cuando se trataba de su esposa.

—Estuve en el baile de los Bexley. No seas tan tonto como para no saber dónde estaba, milord.

—Creí que habíamos acordado no asistir a ningún evento hasta que yo estuviera libre para escoltarte como tu esposo.

—Bueno... —Trozó al bajar de la escalera y cayó contra él. La ayudó a ponerse de pie, y ella le dio unas palmaditas en el pecho con condescendencia. Él apretó los dientes. Estaba borracha y completamente ebria. Le sorprendería si pudiera recordar algo de lo que habían discutido o lo que había hecho esa noche.

Lo cual parecía haber sido mucha más emoción de la que él había tenido. El juego de cartas había sido aburrido, y las mujeres que se habían paseado a su alrededor poco inspiradoras, cada una pareciendo ser una mantenida. Se dio cuenta de que no estaba interesado en sus artimañas, por mucho que lo intentaran. Un cambio irritante que no podía entender.

Al final, había vuelto a casa temprano, solo para encontrar la casa vacía y a su esposa desaparecida.

—Deberías haber aceptado venir conmigo en lugar de asistir a tu preciosa partida de cartas. —Se rio, lo empujó y se dirigió hacia la biblioteca. Él la siguió, encontrándola frente al fuego calentándose las manos—. No es como si no supiera lo que ocurre en esas partidas de cartas. Aunque sé que no llevamos mucho tiempo casados, esperaba que no me trajeras la sífilis tan pronto a nuestro lecho conyugal.

¿La sífilis?

Se quedó boquiabierto y buscó las palabras adecuadas para responder. —¿Estás insinuando que me acosté con otra mujer esta noche?

Ella se encogió de hombros, sin parecer en absoluto preocupada de que eso pudiera ser cierto. La idea era insoportable, y Beckett no se sentía del todo cómodo con lo molesto que eso le hacía sentir.

La miró con el ceño fruncido. —Señora, le he hecho una pregunta.

—Oh, cielos, ¿me has hecho una pregunta? Bueno, será mejor que responda antes de que te enfades conmigo. —Resopló y luego estalló en una risa tonta—. ¿Acaso no es cierto? No sé si recuerdas, mi señor esposo, pero tengo un hermano. Y estoy más que al tanto, por su borracho ser que vuelve a casa de tales eventos a los que asististe esta noche, de lo que ocurre en ellos. —Lo miró, pareciendo de repente bastante sobria—. ¿Puedes negarlo? ¿Había damas presentes o no esta noche? ¿Alguien se sentó en tu regazo, esperando un paseo agradable?

Beckett se aclaró la garganta, ya que nunca le habían hecho tal pregunta antes. —Deja de ser una esposa regañona. No te queda bien. —Se dirigió hacia la puerta, pero podía oírla siguiéndolo de cerca.

Ella tiró de su brazo, haciéndolo girar. —¿Había mujeres en tu partida de cartas esta noche?

Es una pregunta bastante simple. ¿Por qué no la respondes?

—Porque no importa si estaban allí o no.

Ella cruzó los brazos, levantando su ya amplio pecho más arriba contra su corpiño. Él luchó por no mirar fijamente. Realmente lo hizo, pero ella era una mujer hermosa.

Su mujer.

Su esposa.

Apretó los dientes, se pasó una mano por el pelo y se preguntó cómo podría escapar y salir de esta conversación antes de que se dijera otra palabra.

—Responde la pregunta, y no seas tan cobarde, Tyndall.

¿Cobarde? Entrecerró los ojos, cerró el espacio entre ellos y se irguió sobre ella. —Por supuesto que había mujeres presentes. Mujeres hermosas. Mujeres que se pondrían de rodillas y me darían placer si solo se lo pidiera.

Un músculo se tensó en su mandíbula, y una punzada de arrepentimiento lo atravesó al darse cuenta de que había tocado una fibra sensible. Ella no merecía ser tratada así, ni por él ni por nadie más. Genevieve no había hecho nada malo. Su matrimonio había sido su elección, su decisión.

—Pues, donde fui esta noche, había hombres. Muchos caballeros ansiosos por conocer a la recién casada Lady Tyndall —giró ante él, con los brazos extendidos—. Bailé toda la noche e incluso recibí una o dos peticiones para pasear por los jardines. Me sentí muy halagada.

—¿Y aceptaste sus peticiones? —Un nudo de ira le hirvió en el estómago. No era una emoción a la que estuviera acostumbrado. ¿Acaso caballeros, algunos posiblemente sus amigos, le habían pedido un paseo a medianoche? Sus intenciones eran claras, y él sabía lo que buscaban. Un beso robado, quizás más si ella lo permitía. Después de todo, estaba casada. Un blanco fácil para aquellos hombres que no les importaba quién era ella, siempre y cuando no tuvieran que casarse y fuera seguro coquetear.

Conocía bien a esos hombres.

Él había sido uno de ellos.

Bueno, *había* sido uno de ellos.

—Aún no, pero la temporada no ha terminado. Todavía hay tiempo —pasó junto a él, y él la agarró del brazo, atrayéndola contra sí. Ella jadeó, sus pechos presionando contra su pecho, su rostro inclinado hacia arriba para mirarlo. Podría fácilmente inclinarse y besar su dulce boca. Enseñarle cómo podría arrodillarse y hacer lo que él anhelaba. Enseñarle que si alguien iba a besarla esta noche, sería él y solo él.

—No me hagas quedar como un tonto, esposa. No lo tomaré con agrado.

—Oh, ¿no lo harás? Pues yo tampoco si te revuelcas por Londres sin cuidado. Si llegara a morir porque no pudiste mantener tu hombría fuera del cuerpo de otra mujer, te lo cortaré antes de que me entierren. Ten por seguro eso, mi señor.

—Y si me engañas y llevas el hijo de otro hombre, pretendiendo que es mío, yo... yo...

—¿Qué? No habrá prueba de mi infidelidad. Sin embargo, estoy segura de que todos sabremos si tienes la viruela u otra dolencia.

Ella miró fijamente, inseguro de cómo esta conversación había degenerado al punto de que se estaban amenazando mutuamente. La idea de ella, su cuerpo creciendo para acomodar a un niño que no era suyo, le daban ganas de vomitar.

—Te enviaré al campo para que vivas allí el resto de tus días. Sola.

Ella se rió, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta. —Bueno, estoy segura de que habrá hombres en algún lugar del campo para hacerme compañía, especialmente si mi esposo no lo hace.

Él se quedó boquiabierto, observando cómo ella salía por la puerta sin preocupación. No se atrevería a hacerle algo tan horrible. Estaba jugando con él, nada más.

Seguramente lo estaba.

¿No es así?

CAPÍTULO VEINTIOCHO

DURANTE LA SEMANA SIGUIENTE, asistieron a varios bailes y dos cenas, una de ellas organizada en su honor. Su nuevo marido era el epítome de un caballero. La ayudaba a subir las escaleras, le sonreía y la halagaba a cada momento, y la observaba con amor desde el otro lado de la sala, pero ella sabía que todo era una fachada. Estaba jugando con ella, intentando enmendar lo que había hecho mal la semana anterior.

El sinvergüenza no solo había insinuado que había damas presentes en su partida de cartas, sino que la atormentaba al no contarle lo que había sucedido. Ella no necesitaba que le recordara las artimañas de las damas o su oficio. Apretó su copa con más fuerza, odiando los celos que la consumían ante la idea de su deslealtad.

Lord Lennox se unió a ella, entregándole una copa fresca de champán. Esa noche, se encontraban en la gran mansión londinense de sus padres y disfrutaban del baile de bodas que su madre había organizado meticulosamente en tiempo récord, solo para asegurarse de que la alta sociedad aceptara su matrimonio con Tyndall y que su nombre no sufriera daño alguno debido a la boda en Gretna.

Su pobre madre realmente necesitaba dejar de preocuparse por lo que pensaban los demás. Su madre era la Duquesa de Curzon. Solo les importaba lo que ella pensara y se guiarían por ella en todos los aspectos.

El señor Venzellons no tenía importancia alguna.

—Gracias —dijo, sonriendo al alto conde de impactantes ojos azules y cabello rubio que le caía sobre un ojo. Sin duda, era un hombre apuesto, pero aun así, maldita sea, no tan atractivo como su marido.

Lanzó una mirada al otro lado de la sala y encontró a Beckett de pie con Charlotte y Matilda, observándola. Incluso cuando bebía ese whisky repugnante que tanto disfrutaba, su mirada nunca la abandonaba.

¿Qué estaría pensando ese hombre? Probablemente creía que iba a salir a los jardines con Lord Lennox y permitirle que se aprovechara de ella como una desvergonzada sin moral.

No es que no fuera tentador ver qué haría Beckett si se dirigieran a la terraza. Las puertas que daban al exterior estaban justo detrás de ella, sería tan fácil sugerir...

—Supongo que debería felicitarla por su matrimonio, Lady Tyndall, aunque para nosotros, pobres almas, es sin duda una triste pérdida para la sociedad. ¿Qué haremos cuando las tres Gracias estén casadas?

Ella rio, posiblemente de manera más pronunciada de lo necesario. Él no había dicho nada particularmente gracioso, pero su marido no lo sabía. Lo dejó allí parado al otro lado de la sala, frunciendo el ceño y preguntándose de qué estaría hablando con este apuesto joven.

Y era más joven que Beckett, eso era seguro, más cercano a su edad que su marido.

—No se desespere, milord. Aún tengo dos amigas que permanecen solteras y están muy presentes en el mercado matrimonial.

Su señoría miró hacia donde Charlotte y Matilda estaban de pie, ahora hablando entre ellas. Su marido de alguna manera se había colado entre las dos. ¿Es que no podía moverse? La visión trajo una sonrisa burlona a sus labios.

—Ah, pero ¿no mencioné que prefiero a las pelirrojas? He oído un rumor de que su cabello bajo esa elaborada peluca con incrustaciones de joyas es de ese color. ¿Me equivoco en ese sueño? Por favor, no me diga si estoy equivocado. Destrozaría mis ilusiones.

Se mordió el labio, sintiendo el calor florecer en sus mejillas. —No puedo decírselo, milord. Eso sería muy personal, y solo los amigos más cercanos de mis padres y yo conocemos la verdad.

—Y sin duda su marido. Me imagino que verla con el cabello suelto debe ser toda una visión. Estoy verdaderamente verde de envidia.

—Una pena, sin duda, Lord Lennox —dijo Beckett, sobresaltando a Genevieve, que no lo había visto cruzar la sala para unirse a ellos.

Tomó su mano, la deslizó sobre su brazo y la palmeó, pero en realidad, la mantenía firmemente a su lado y bajo su control. —Si deseaba que Lady Tyndall se convirtiera en Lady Lennox, debería haberle preguntado. Ella había sido una debutante por tercera vez.

—No fui una debutante por tercera vez. Solo se puede debutar una vez —intervino ella, sin que le gustara que Beckett se refiriera a ella como una mujer desesperada y recurrente en busca del afecto del sexo opuesto. Ella y sus amigas habían decidido no casarse a propósito, y ella había rechazado muchas propuestas de matrimonio porque ninguna era adecuada. Ninguna era un matrimonio por amor.

Y aun así, parecía haberse casado con un hombre que era su enemigo, no el amor de su vida.

Tonta.

—En cualquier caso, si nos disculpa. Deseo tener unas palabras con mi *esposa*. —Beckett acentuó la palabra esposa, y si hubiera sido un cuchillo, seguramente habría cortado la barbilla de Lord Lennox.

Se movieron a través del salón de baile y hacia el vestíbulo antes de que Beckett comenzara a subir las escaleras.

—¿A dónde vas? —preguntó ella, tratando de detenerlo.

—¿Dónde está tu habitación? Necesitamos tener una conversación.

Ella arqueó una ceja, riendo ante su tono molesto. —¿En serio? ¿Sobre qué?

Llegaron al rellano superior, y él miró a izquierda y derecha, debatiendo qué camino tomar. Genevieve permaneció en silencio, esperando a que perdiera la paciencia y preguntara.

—Bueno, ¿dónde está tu habitación?

—A la izquierda, milord. Sexta puerta a su izquierda.

La arrastró por el pasillo. Solo unos pocos apliques en la pared estaban encendidos en esta parte de la casa. Entraron en su habitación, que seguía igual que cuando la dejó la noche que viajaron a Escocia. Su madre aún no estaba lista para admitir que su hija ahora estaba casada y ya no vivía bajo su techo.

—¿Estás tratando deliberadamente de causar otro escándalo? Lord Lennox te estaba preguntando sobre tu cabello. Y tú lo estabas provocando, coqueteando con él como si no estuvieras ya casada conmigo.

—Bueno, ¿estamos casados? Ciertamente no actúas como si lo estuviéramos.

—¿Y qué quieres decir con eso? —Se cruzó de brazos, mirándola con severidad.

Ella tragó saliva, odiando que incluso cuando estaba terriblemente enojada con él, también se sentía terriblemente atraída por el hombre. Habían pasado días y días desde que habían estado juntos íntimamente. Una semana al menos, y su cuerpo lo anhelaba.

Lo provocaría de cualquier manera que pudiera para obtener una reacción de la bestia. Puede que no le gustara su marido, pero ciertamente lo deseaba. Que Dios ayudara a su alma perversa.

—No compartimos comidas ni tiempo a solas después de los bailes y fiestas. No compartes mi cama. Me siento como si estuviera viviendo en algún alojamiento compartido como una posada o un internado. Dime, porque estoy segura de que sería similar a cómo vivías en Eton hace todos esos años.

—Excepto que cuando vivía con mis compañeros de clase en Eton, éramos amigos.

Sus palabras la hirieron, y se mordió la lengua para contener las lágrimas que amenazaban con salir. —Si buscas y recibes placer en otra parte, entonces yo también lo haré. No moriré como una mujer marchita de un lord que no complacía a su esposa.

Ella pasó junto a él, y él la agarró por la cintura. Su espalda se presionó contra su pecho, y su aliento le hizo cosquillas en el oído.

—No te atreverías a buscar placer en otra parte.

—¿No lo haría? —lo provocó, girando un poco la cabeza para mirarlo.

Lo que vio era salvaje, indómito y demasiado lejos para recuperar, contener y controlar. ¿Había empujado a Beckett demasiado lejos?

Su mano se deslizó sobre su pecho, y apretó su carne a través del elaborado corsé. Donde debería haber dolor, solo el placer recorrió su cuerpo, directamente hacia su centro. Se retorció, presionándose contra su agarre, deseando más como una libertina.

¿Quién era ella cuando estaba con él? No se reconocía a sí misma.

—Eres mía, Genevieve. —Su mano se deslizó por su estómago para presionar la carne sensible entre sus piernas a través de las yardas y yardas de tela. Aun así, ella sintió su toque como si no hubiera barreras entre ellos.

Gimió, cediendo a cómo la hacía sentir.

—¿Quieres que te demuestre mi punto?

¿Lo quería? Su cuerpo dolía y anhelaba su toque. La liberación con la que había llegado a soñar podría estar a solo una respuesta de distancia. Asintió, ondulándose en su agarre mientras su mano la acariciaba entre los muslos.

—Haz lo peor que puedas, mi lord. Dudo que tengas lo necesario para hacerme gritar.

Él se rio, un sonido lleno de oscura determinación. —Ya veremos eso.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

BECKETT NO ESTABA seguro de qué se había apoderado de él. ¿Orgullo? ¿Determinación? ¿Lujuria por su esposa?

No quería pensar en cómo se había sentido al verla hablar, reír y coquetear con Lord Lennox. El hombre estaba cruzando una línea, y tendría unas palabras con el joven conde antes de que terminara la semana.

Tomó a Genevieve en sus brazos y se dirigió a su cama, arrojándola sobre las cubiertas. Disfrutó de la vista de la sorpresa y la expectación que ardían en su mirada verde.

Ella se recostó, apoyada sobre sus codos, observándolo. —Y ahora que me tienes aquí, ¿qué vas a hacerme, esposo?

¿Lo estaba provocando? El hambre ardía profundamente dentro de él, y quería darle una lección sobre burlarse de un hombre —su marido— y lo que podría hacerle.

Había tantas cosas que había fantaseado hacer. Esta noche, ahora mismo, sería apenas una de ellas.

Se quitó violentamente el abrigo y el chaleco y los arrojó sobre un diván cercano. Su corbatín los siguió. Para lo que tenía planeado, solo necesitaba un poco de libertad de movimiento.

Alcanzó el borde de su vestido, deslizándolo por sus esbeltas piernas. Llevaba medias de seda con bonitas cintas rosadas alrededor de sus muslos superiores. Se colocó entre sus piernas, separando sus rodillas y dándose una vista completa del sexo rosado y húmedo que era suyo para disfrutar.

Estaba lista para él, y podía ver que ella esperaba que le hiciera el amor.

Y aunque se saciaría, aquí y ahora se trataba de enseñarle una lección sobre quién era dueño de su cuerpo y alma, quién podía provocar y torcer su deseo por él para sus propias necesidades.

Ella era suya, y para el final de la noche, nunca lo dudaría ni desearía a nadie más.

—Recuéstate e intenta no gritar, si puedes.

—Te tienes en muy alta estima otra vez. No sé por qué sigo divirtiéndome con tu arrogancia.

—Lo verás pronto. —Se subió a la cama, besó a lo largo de su media de seda, levantando una pierna y lamiendo detrás de una rodilla. Ella soltó una risita y jadeó cuando él mordisqueó juguetonamente la carne a lo largo de su muslo superior, acercándose a su delicioso sexo.

Podía oler su deseo, le hacía salivar, y se relamió los labios, ansioso por saborearla, follarla en todos los sentidos de la palabra... con su lengua.

Se acomodó entre sus piernas y usó su lengua para provocarla. Ella sabía divinamente, y un gruñido hambriento se le escapó antes de que pudiera evitarlo.

Su miembro duro presionaba contra la cama. La deseaba desesperadamente, pero ahora mismo, necesitaba esto más. Necesitaba mostrarle cómo podía hacerla sentir. Mostrarle las alturas a las que solo él la llevaría ahora que estaban casados.

Sus piernas cayeron laxas, dándole espacio para disfrutarla. Amó su sexo, succionó su pequeño botón hinchado y besó sus dulces labios hasta que ella se retorció en la cama.

—Beckett.

El sonido de su nombre, un grito, un gemido de placer casi lo hizo derramarse en sus calzones. Deslizó un dedo en su calor apretado y cálido, y ella gimió, sus dedos agarrando su cabello, apretándolo con fuerza.

—Folla mi cara, Genevieve. Toma tu parte. Córrete para mí.

—¿Qué me estás haciendo? —Su súplica sin aliento era música para sus oídos.

Continuó, provocando implacablemente su carne melosa. Ella ondulaba contra su boca, presionaba contra su mano, lo follaba como él le había pedido.

—¡Beckett! —gritó su nombre mientras su cuerpo se convulsionaba alrededor de su dedo. Él lamió su carne lasciva mientras ella cabalgaba su orgasmo, queriéndola hasta el final, sin dejarla en lo más mínimo insatisfecha por su toque.

Con un último beso en su monte de Venus, iba a moverse para salir de la cama, pero tan rápido como un rayo, Genevieve se movió, empujándolo sobre la cama para montarlo a horcajadas.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

Él la miró fijamente, incapaz de comprender lo que estaba haciendo o cómo lo había maniobrado tan fácilmente.

Ella alcanzó la abertura de sus calzones, abriéndolos de un tirón. Su miembro saltó libre, duro como el infierno e insatisfecho.

Estaba en un gran aprieto, seguro de que sus testículos explotarían.

Ella agarró su miembro, guiándolo hacia su interior. La abundancia de su vestido le dificultaba ver lo que estaba haciendo, pero por Dios, podía sentirlo.

Se deslizó en su calor apretado y húmedo. Tan bueno. Tan jodidamente apretado. Tragó saliva y luchó por controlar sus emociones y necesidades.

Ella no le dio tiempo para recuperar el aliento. Se levantó y se bajó sobre él, trabajándolo con una locura que le robó el aliento de los pulmones.

Era magnífica. La bebió con la mirada, parecía exactamente como en un salón de baile, hermosamente vestida, peluca perfectamente peinada, un vestido digno de una reina, y sin embargo, en esta habitación, oculta bajo yardas de material que se arremolinaban alrededor de

ambos, lo follaba como una de las mejores cortesanas de Europa.

Nunca sobreviviría.

Sus testículos se tensaron, su miembro se endureció. Agarró sus caderas, embistió en ella, necesitando correrse tanto como su cuerpo necesitaba aire.

Ella jadeó, movió sus caderas y lo tomó profundamente.

Su segundo orgasmo se convulsionó alrededor de su miembro, y fue demasiado. No pudo contenerse, no pudo retrasar el exquisito placer ni un momento más.

—Genevieve —jadeó, meciéndose en ella, tomándola, llenándola con su semilla. Se corrió fuerte y rápido, el placer haciendo que las estrellas brillaran ante sus ojos.

—Beckett, sí, oh sí. —Ella lo trabajó, exprimiendo hasta el último temblor de ambos.

Con la respiración entrecortada, la observó maravillado por lo que había hecho. No había esperado que ella tomara el control. Había pensado que estaría satisfecha y dejaría su interacción anterior en eso.

Asegurarse de que él también alcanzara el clímax era un acto que no había esperado.

Ella se movió de su regazo y se desplomó en la cama a su lado. Sin pensarlo, la atrajo a sus brazos mientras intentaba recuperar su equilibrio.

Genevieve se acurrucó a su lado, con la mano descansando distraídamente sobre su pecho. Él frunció el ceño, sin estar seguro de lo que estaba pasando aquí o por qué le gustaba tenerla en sus brazos.

No habían sido amigos, no durante años. Su matrimonio era por deber y esa amistad por la familia de ella.

¿Por qué estaba allí acostado, abrazándola, deseando tenerla en sus brazos, protegida y segura?

Ella le besó el pecho a través de la camisa y se incorporó antes de deslizarse hacia el borde de la cama. En el momento en que ella se alejó, ya la echaba de menos.

Su ceño se frunció aún más.

—Gracias por el agradable interludio, esposo. Nunca volveré a pensar en mi habitación de la misma manera. Nos vemos en casa.

Con esas palabras, giró sobre sus zapatillas y salió de la habitación.

Beckett se incorporó, se quedó boquiabierto ante la puerta que se cerraba y maldijo.

¿Lo había dejado allí?

¿Acaso acababa de ser utilizado? ¿Para sexo? ¿Para desahogo?

Vaya, nunca... Ciertamente, siempre había sido él quien dejaba a una amante después de un interludio, nunca la mujer.

Pero parecía que, una vez más, su esposa era un enigma. Una pícara.

Una mujer a la que no podía descifrar.

¿Qué haría con ella ahora?

CAPÍTULO TREINTA

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Genevieve se sentó a la mesa del desayuno, con su humeante tetera, pan ligeramente tostado y jamón dispuestos frente a ella. Su apetito esa mañana era ciertamente considerable, y solo podía atribuirlo a los esfuerzos de la noche anterior con su marido.

Su baile de bodas, celebrado por sus queridos padres, había sido un éxito, y nadie se atrevió a mencionar que el matrimonio en sí había ocurrido en Escocia.

Y lo que había sucedido en su dormitorio había sido un beneficio adicional que no pensaba experimentar. Desde su matrimonio, Beckett apenas la había mirado, mucho menos tocado.

No es que ella lo deseara particularmente. Bueno, no lo habría deseado antes de su matrimonio. Apenas eran amigos, pero después de lo que él le había hecho sentir, ¿cómo podía uno seguir con la vida y no disfrutar de tales interludios?

Si él no deseaba oscurecer la puerta de su dormitorio, no debería haberle mostrado otro lado del matrimonio para empezar. Su deseo, que era lo que era cuando todo estaba dicho y hecho, era culpa de él. Que ella lo deseara, al menos continuamente, podía atribuirse completamente a él.

Un lacayo dejó el periódico más reciente, y ella lo miró de reojo, sin estar de humor para asuntos más serios relacionados con Londres e Inglaterra en general.

—¿Puede avisarme cuando Lord Tyndall regrese de su club? Deseo hablar con él.

—¿Lord Tyndall, mi señora? —El lacayo se puso firme y la miró como si de repente le hubieran brotado dos cabezas.

—Sí, Lord Tyndall, ¿puede darle un mensaje de que deseo verlo cuando regrese a casa? —Se sirvió una segunda taza de té, tomó su cuchillo y untó un poco de mermelada en su tostada.

El lacayo se aclaró la garganta. —Su señoría, mi señora, está durmiendo en su biblioteca esta mañana. Regresó poco después que usted anoche, pero lo encontramos descansando abajo. No lo hemos molestado.

El cuchillo se le cayó de la mano y resonó en el plato. Lo recogió, terminó de untar su mermelada antes de dar un bocado y digirió tanto su desayuno como lo que el lacayo había dicho.

—¿Está seguro de que su señoría llegó a casa temprano anoche? —Eso era extraño en Beckett, quien consideraba su club como su segundo hogar estas últimas semanas.

—Sí, mi señora. Estoy completamente seguro. Su señoría llega a casa la mayoría de las noches solo un poco después que usted, pero permanece abajo.

Ella dejó su tostada y miró al lacayo, un poco asombrada por este anuncio. Beckett regresaba a casa poco después que ella. Había estado teniendo pesadillas sobre dónde iba a todas horas de la noche, qué damas estaban tratando de acercarse a él, qué estaba haciendo con aquellas que lo cortejaban con sus artimañas.

Y todo este tiempo, él estaba bajo el mismo techo bajo el que ella yacía, excepto que se escondía en la biblioteca.

—Gracias. Buscaré a su señoría después de desayunar.

—Sí, mi señora.

Decidida a no apresurarse, se tomó su tiempo para terminar su comida e incluso pasó unos buenos diez minutos leyendo el periódico, o al menos fingiendo hacerlo, antes de empujar su silla hacia atrás y salir en busca de Beckett.

Se suponía que asistiría a un baile en los Jardines de Placer de Vauxhall esta noche. La invitación había sido para ambos, pero Beckett no lo había mencionado de pasada estos últimos días.

Podría considerar llevar a Matilda y Charlotte si él no iba a asistir, aunque se rumoreaba que el baile era solo para parejas casadas.

Llamó a la puerta de la biblioteca, pero cuando no recibió respuesta, giró el picaporte y entró donde Beckett se estaba escondiendo estos días.

Ninguna luz penetraba en la habitación, y las contraventanas y cortinas permanecían cerradas. El fuego hacía tiempo que se había consumido hasta quedar solo unas pocas brasas ardientes.

Cerró la puerta y se acercó al sofá. Beckett yacía de espaldas, con la cabeza apoyada en un brazo, el otro caído a un lado, sus dedos apenas rozando la alfombra Aubusson.

Una sombra de barba incipiente se asentaba en su mandíbula cincelada, su boca ligeramente abierta en el sueño.

No pudo evitar mirar fijamente su belleza. Este viril y apuesto granuja era su marido. Un muchacho al que una vez había adorado y llegó a odiar después de sus burlas hacia ella.

Se llevó la mano a sus rizos rojos, libres de hacer lo que quisieran en la privacidad de su propio hogar. Pero ¿cómo podía saber con certeza que podría haber una posibilidad para ellos? ¿Una verdadera conexión que fuera más allá de la compatibilidad física que compartían? No había duda de que él la encontraba atractiva y la deseaba en su cama cuando se permitía admitir tales cosas, incluso si nunca lo confesaría abiertamente.

Pero no podía evitar sentir los indicios de aquellos viejos sentimientos dormidos que había reprimido durante tanto tiempo, fingiendo que esas emociones se habían retorcido en desprecio y fastidio. Porque al estar frente a él ahora, viéndolo dormir, sabía que esas emociones eran todo lo contrario.

Todavía lo amaba tanto como cuando era una chica impresionable, con nada más que esperanza y expectativa en sus ojos cada vez que estaba cerca de él.

Él había sido mayor, mucho más sabio, creía ella, y cómo lo adoraba. La manera en que hablaba, tan clara y confiada, montaba a caballo como si hubiera nacido para vivir en una silla de montar o nadaba en el lago de su familia durante su tiempo con ellos en la finca era perfecta.

Hasta que se burló de ella y rompió su joven corazón.

Frunció el ceño, tratando de recordar sus palabras exactas.

A la tierna edad de quince años, había quedado devastada por sus burlas, pero tal vez eso era todo lo que era. Él era jovial y no pretendía causar tal ofensa.

Se sentó en el sofá y tocó su pecho, sacudiéndolo un poco. —Beckett, ¿vas a levantarte hoy o vas a holgazanear en tu biblioteca hasta esta noche?

Él murmuró algo que ella no captó entre dientes y agarró su mano, manteniéndola firmemente contra su pecho. Su corazón latía contra su palma. Estaba cálido, no llevaba nada más que su camisa y pantalones, y sus pies estaban descubiertos.

Era evidente que había intentado desvestirse y se había detenido a mitad del proceso.

Se despertó sobresaltado, su atención dirigiéndose hacia donde su mano presionaba la de ella contra su pecho. Sus ojos se encontraron con los de ella, y la soltó, intentando incorporarse e ignorar el hecho de que había estado sosteniendo su mano cerca de su corazón.

—¿Qué hora es? —Se frotó la cara con las manos, parpadeando.

—Son poco más de las diez de la mañana, pero quería venir a preguntarte si asistirás al baile de Vauxhall esta noche. La invitación indica que se prefieren parejas casadas, y quiero ir, pero no puedo sin ti. Podría intentar colar a Matilda y Charlotte, pero no sería necesario si vas conmigo.

—¿El baile de Vauxhall? —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Me temo que no puedo. Un compromiso previo, ya sabes.

La molestia se asentó en su pecho, y luchó por no fruncir el ceño. —¿Qué compromiso previo? Parecerá de mal gusto si asisto al baile sin ti. La gente pensará que hay algo mal en nuestro matrimonio.

Él se burló y se levantó, dirigiéndose al cordón de la campana y llamando a un sirviente. —Bueno, ¿acaso no hay algo mal? ¿Debo recordarte que no somos un matrimonio por amor? Somos simplemente una pareja formada debido a mi comportamiento de caballero y mi falta de voluntad para ver arruinada a la familia de mi mejor amigo.

Ella tragó saliva, confundida después de su interludio de anoche donde había pensado —esperado— que podrían tener un nuevo acuerdo. Pero aparentemente no. Una vez más, él la estaba alejando, manteniéndola a distancia. —Muy bien —Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta—. Te has explicado perfectamente. Que tengas un buen día.

Salió furiosa al pasillo, probablemente menos dama de lo que una condesa debería ser, pero el hombre era exasperante. ¿Cómo podía ser tan dulce, tan decidido a demostrarle que era suya, solo para alejarla al día siguiente?

Bueno, si él no asistiría con ella, simplemente iría sola. Y si él no se comprometía y quería continuar con su vida, entonces ella también lo haría.

Dos podían jugar a su juego del gato y el ratón, y ella había aprendido hace muchos años que le crecían garras cuando la ofendían, y tal vez era hora de que Beckett fuera arañado.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

QUIZÁS FUE un error por su parte asistir al baile de Vauxhall, pero cuando su irritante esposo se negó a acompañarla a un evento al que estaba desesperada por asistir, una tenía que tomar sus propias decisiones.

El carruaje se detuvo con un bamboleo frente a las puertas de los jardines de placer, y ya podía oír la orquesta tocando, las risas que llegaban a través de la noche tranquila a todos los que se apresuraban a asistir.

—Por favor, quédese aquí, Jeffries. Volveré más tarde en la noche.

Su cochero inclinó el sombrero.

—Por supuesto, mi señora —Se aclaró la garganta—. ¿Está segura de que no desea que la acompañe? Vauxhall no siempre es seguro.

Genevieve desestimó sus preocupaciones con un gesto.

—Tengo amigos que asisten. Todo estará bien —Lo dejó para que encontrara un lugar donde estacionar el carruaje y se adentró en los jardines.

La gente pululaba a su alrededor, y ella mantuvo la cabeza alta esperando que lo que había dicho fuera cierto, que al menos encontraría a un amigo o dos en el baile. El baile de Vauxhall de Lord y Lady Ramsbury se celebraba anualmente, y aunque no era cercana a su señoría, tenían una edad similar. Excepto que Lady Ramsbury se había casado en su primera temporada, mientras que Genevieve no lo había hecho.

Paseó alrededor del salón de baile al aire libre y observó a los bailarines durante varios minutos antes de que Lord Lennox se situara a su lado, sonriéndole con su apuesto rostro.

—Ha venido, Lady Tyndall —Miró alrededor como si buscara a alguien, a su esposo, solo podía suponer. Bueno, le costaría encontrar a Tyndall ya que había decidido no asistir.

—¿Dónde está Lord Tyndall? No me diga que le ha permitido asistir a este baile sin su protección.

Ella le sonrió, pero interiormente, hervía de rabia porque Beckett se había negado. El hombre era impredecible, y nunca sabía cómo iba a reaccionar en un día determinado.

Algunos días, era posesivo, casi amoroso, y actuaba de manera opuesta a aquellos que se casan por deber o acuerdo. Pero otras veces, era frío, distante e indiferente.

Irritante...

—Tenía otros compromisos, desafortunadamente.

—O, afortunadamente para mí y otros, estoy seguro. Nos aseguraremos de que esté segura y disfrute de su noche.

—¿Nosotros? —preguntó ella, interesada en quiénes eran ese *nosotros*.

—Lord y Lady Ramsbury y yo, por supuesto.

Sonrió, aliviada de que no fuera algún otro caballero que apenas conocía.

—Bueno, entonces, esta noche será un triunfo. ¿Bailamos? —preguntó audazmente.

—Sí, hagámoslo —La llevó a la pista de baile. La música elevó su espíritu, aunque moleestamente deseaba que hubiera otro caballero en sus brazos, haciéndola girar por la pista de baile en este mismo momento.

Si tan solo los sentimientos que había reprimido todos esos años no se hubieran reactivado ahora que estaba casada con Beckett. La vida sería mucho más fácil si no se preocupara por él. Demasiado como para no sentirse herida cada vez que la alejaba.

Se entregó al baile, se perdió en la música y se propuso disfrutar de su noche en los brazos de otro hombre.



BECKETT LEVANTÓ la vista del juego de Faro cuando el hermano de Genevieve irrumpió en la sala, con el rostro ensombrecido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Martin, arrastrando una silla junto a la mesa de cartas y uniéndose a él y a Lord Morton.

—Estoy jugando al Faro. ¿Por qué crees que estoy aquí? —respondió.

Lord Morton se rio y jugó una mano.

—Vete, Morton. Necesito hablar con mi cuñado en privado.

—¿Es urgente? —preguntó Beckett, frunciendo el ceño y sin que le gustara particularmente el tono de su amigo o las exigencias a los demás.

—Es de suma urgencia.

Morton suspiró y se levantó de su silla.

—Continuaremos cuando tu conversación haya terminado.

—Gracias —dijo Beckett, volviéndose hacia Martin—. ¿De qué se trata todo esto? ¿Por qué estás aquí tan alterado?

—Porque mi hermana, tu esposa, ¿debo recordártelo?, está en el baile de Vauxhall. Sola.

—¿Genevieve asistió al baile de Lord y Lady Ramsbury? —Un nudo de miedo, mezclado con ira, se asentó en su estómago—. Le dije que no asistiera. Le expliqué ayer mismo que tenía otro compromiso y no podía acompañarla. Asumí que, por lo tanto, enviaría sus disculpas —Se apartó de la mesa, olvidándose de terminar el juego—. ¿Llevó una carabina?

—Nadie. Recibí noticias de un buen amigo de que Lord Lennox está bastante prendado de ella y está disfrutando de su tiempo, siguiendo sus faldas, si entiendes mis palabras. Si no deseas que todo Londres crea que tu esposa es íntima de otro hombre, te sugiero que olvides estas noches de juego triviales y vayas a buscarla.

—No es un perro de caza, Martin. No puedo ir a buscarla, pero iré y haré acto de presencia. Me aseguraré de que sus acciones no la arruinen.

—Sí, y quizás ambos deberían dejar estos juegos y admitir lo que realmente está pasando entre ustedes. Los dos son tan obstinadamente... obstinados. ¿No pueden ver que están locamente enamorados el uno del otro pero se niegan a admitir la verdad? Lo han estado durante años.

—¿Qué? —El aliento en los pulmones de Beckett se detuvo ante la palabra amor. No estaba enamorado de su esposa. Martin era absurdo, posiblemente había perdido la cabeza. Él no amaba a su esposa. Apenas le agradaba.

La idea lo avergonzó, y tuvo que admitir que pensar de esa manera no era cierto. Sí le gustaba, mucho más de lo que jamás hubiera pensado. Habían estado enfrentados durante tantos años, yendo y viniendo con insultos y desaires sociales, que casi se había convertido en una segunda naturaleza irritarla a cada momento.

Pero ahora, casado con ella, amándola cuando estaban a solas... bueno, no podía negar que ella le hacía sentir cosas que nunca pensó experimentar con nadie.

Que fuera Genevieve era una realización que no quería admitir. Hacerlo le daría poder sobre él, y odiaba no tener el control de su vida. Después de la muerte de sus padres, había perdido todo el control sobre su crianza, su educación, quién se ocupaba de sus propiedades, todo. Se había arraigado en él, al alcanzar la mayoría de edad, nunca dejar que nadie le dijera qué hacer o cómo hacer algo en su vida. Amar y perder lo que amaba era un dolor que no podría sobrevivir por segunda vez. La pérdida de sus padres ya había sido bastante dura.

Genevieve estaba incluida entre las personas que mantenía a distancia, sin permitirle acercarse demasiado a él para quitarle su poder.

—Ambos fingen detestarse, pero no es cierto. Genevieve te ha amado desde que os presenté en nuestra finca campestre. Y desde vuestro matrimonio, os he visto en los eventos a los que asistís juntos. La observas como un halcón. La deseas tanto como la admiras. Pero déjame decirte algo, no deberías negar lo que ambos claramente sentís. Qué vida desperdiciada si los dos continuáis jugando este estúpido juego de quién odia más al otro cuando es evidente que os amáis por igual —Martin hizo una pausa mientras salían de la casa hacia donde estaba estacionado su carruaje—. Otros hombres ven tu distancia, y sé que no deseas tener a nadie cerca por miedo a perderlos como perdiste a tus padres. Pero otros le darán lo que necesita, afecto, elogios y atención, y la perderás. Por supuesto, nunca podréis divorciaros, pero crecerá entre vosotros una brecha que nunca podrá cerrarse. No quiero eso para ninguno de los dos. Así que, por favor, ve a Vauxhall y dile cómo te sientes. Admítete a ti mismo que la amas, cabello rojo y todo.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

EN MENOS DE UNA HORA, su carruaje había llegado a Vauxhall. Caminó entre la multitud, saludando a quienes reconocía, pero su esposa seguía frustrante e inaccesiblemente distante.

El miedo se acumulaba en su estómago ante la posibilidad de que ella hubiera caído en manos de caballeros indeseables o se hubiera marchado con Lord Lennox. Lo mataría sin piedad si el conde se atrevía a tocar un solo cabello de la cabeza de su esposa.

Seguramente, ella no sería tan insensata como para marcharse con un hombre que no fuera su marido, o pasear sola por los jardines. No, estaría bien y a salvo, y nada le sucedería.

Jamás se perdonaría si le ocurriera algún daño, y él se había negado a escoltarla como debería haberlo hecho cuando ella se lo pidió.

Sacudió la cabeza, caminó entre la bulliciosa multitud, revisó cada palco y habló con varios amigos, todos los cuales dijeron haber visto a Lady Tyndall anteriormente en la noche, pero no desde hacía algún tiempo.

¿Se habría adentrado en los jardines con algún caballero admirador desconocido? No habría cometido un acto tan vil y cruel hacia él, seguramente.

Estaban casados, y aunque no siempre habían sido cercanos, seguramente ella sabría que él no había sido infiel estas últimas semanas y esperaba lo mismo de ella.

Una familiar visión de cabello rojo ardiente llamó su atención, y se abrió paso entre la multitud, solo para encontrarse con los juerguistas y descubrir que no era Genevieve en absoluto.

No es que ella no hubiera llevado una peluca esta noche. Solo llevaba el pelo suelto en privado.

¿Dónde estaba?

Lord Lennox cruzó su mirada a través de los terrenos y se dirigió hacia él. Beckett odiaba que el hombre pareciera un poco inquieto e incómodo en su presencia. ¿Se habría tomado libertades que no le correspondían? Lo retaría a duelo al amanecer si lo hubiera hecho.

El ojo de Beckett se crispó.

—Lord Lennox, espero que esté disfrutando de su noche.

El joven galán se rió y levantó su whisky en señal de saludo.

—Siempre, pero no parece que usted lo esté haciendo. ¿Ocurre algo, Lord Tyndall? Parece

un poco alterado. ¿Ha perdido algo?

Entrecerró los ojos mirando al joven, sin apreciar que lo señalara de esa manera. Sí, estaba inquieto, no podía encontrar a su maldita esposa, y este pequeño petimetre había perseguido sus faldas durante algunas semanas, y sin duda sabría si Genevieve aún estaba aquí.

—¿Dónde está ella? —preguntó sin rodeos. Sin molestarse en nombrar a Genevieve. Lord Lennox sabía de quién hablaba.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Nos separamos hace algunas horas. —Se tocó la barbilla—. Oh, es cierto, ahora lo recuerdo. Mencionó otro baile en Mayfair, un baile de máscaras, o tal vez era un baile de disfraces. Lo he olvidado. Hay tantos cada noche que es difícil seguirles el ritmo.

Beckett ignoró su vaguedad y luchó por no sacarle la verdad a la fuerza.

—¿Está diciendo que Lady Tyndall se ha marchado?

—Creo que sí, pero ¿no debería usted saber dónde está su esposa, milord? Debo decir que eso es de mal gusto.

Beckett no se molestó en contestar. Simplemente giró sobre sus talones y se dirigió de vuelta a donde estaba estacionado su carruaje. Asistiría a todos los bailes y cenas de esta noche en la ciudad si eso significaba encontrar dónde estaba su esposa.

No es que le importara que ella disfrutara de la sociedad. Era hija de un duque, se había criado para gobernar la sociedad, ser la matriarca de los ricos, pero no le gustaba no saber exactamente dónde estaba.

El baile de Vauxhall era un lugar sórdido y peligroso, y si ella se había marchado, lo cual seguramente había hecho ya que no podía encontrarla, era un pequeño consuelo para sus nervios.

Pero necesitaba encontrarla. Asegurarse de que estaba bien y a salvo.

Confirmar que seguía siendo suya y de nadie más.

—A Mayfair, Tommy, y rápido, hombre —ordenó a su cochero, subiendo al carruaje y cerrando la puerta de golpe. El carruaje se puso en marcha mientras su cochero hacía lo que se le había indicado.

Se dirigieron hacia Mayfair a buen ritmo y no tardaron en volver a la ciudad.

Saltó del vehículo antes de que se detuviera frente a la casa de los Fraser en la ciudad, la misma donde había compartido el primer beso con Genevieve.

¿Estaría ella aquí, enmascarada y coqueteando con otros caballeros que le ofrecían la atención y el afecto que anhelaba pero que él no le había dado?

Merecía que le dispararan por haberla alejado durante tanto tiempo. ¿Tendría razón Martin? ¿Amaba a su esposa? ¿El miedo a perder de nuevo a alguien que le importaba le impedía entregarle su corazón?

Había perdido a sus padres, dos buenas personas a las que echaba de menos cada día, incluso ahora. ¿Estaba manteniendo a Genevieve a distancia de forma subconsciente por si algo terrible le ocurría a ella también?

El pánico se apoderó de su piel, y lo reprimió, sin querer que nublara su juicio. Todo estaría bien. Ella estaría en uno de estos eventos, sin duda con sus amigas.

Entró en la casa, envuelta en sombras, música y gente haciendo cosas nefastas en rincones apartados. Caminó alrededor, buscando a alguien que se pareciera a Genevieve. Una tarea difícil, ya que todos estaban encapuchados o llevaban máscaras.

—Lord Tyndall, no pensé que estaría aquí esta noche. Lady Masters está por allá —sugirió Lady Fraser, señalando con la cabeza en dirección a una antigua amante.

Sonrió, no queriendo ser descortés, aunque una reprimenda por sugerir que fuera infiel a su esposa estaba en la punta de su lengua. —Me preguntaba si Lady Tyndall ha llegado. Pensábamos asistir esta noche.

—¿Oh, la condesa? No, no la he visto, pero asegúrese de disfrutar su tiempo aquí hasta que ella llegue —Lady Fraser se alejó con aire petulante, y él sintió deseos de vomitar.

¿Todos creían que era el tipo de hombre que sería infiel? Por supuesto que sí. Había provocado a Genevieve diciendo que no cambiaría, pero eso estaba lejos de la verdad. Él había cambiado. Ella lo había cambiado.

Para mejor, nada menos.

Dejó la mascarada y, durante las siguientes horas, visitó entretenimientos de todos los niveles de la sociedad, pero Genevieve seguía sin aparecer por ninguna parte.

¿Dónde demonios estaba?

Se encontraba en el baile de los Haddington, se pasó una mano por el cabello y divisó a Lady Charlotte y Matilda. La esperanza lo invadió y se dirigió hacia ellas. Donde estaban Las Gracias, típicamente también estaba Genevieve.

—Lord Tyndall, qué gusto verlo —Lady Matilda miró más allá de él, con ansiedad en su mirada—. ¿Dónde está Genevieve? Esperábamos verla esta noche, aunque dijo que tenía otro compromiso.

—¿Así que no está aquí? —Tragó saliva para contener el terror e intentó parecer indiferente, pero no era bueno. Había buscado por todo Londres y ella no aparecía por ninguna parte.

¿Estaría herida, tirada en alguna calle empedrada o en algún oscuro sendero de Vauxhall?

—No, iba a asistir al baile de Vauxhall, pero nosotras no pudimos ir. Era un poco demasiado escandaloso para mujeres solteras como nosotras, pero ella dijo que usted se reuniría con ella y que no podría asistir a este evento.

Asintió, su mente trabajando a toda velocidad. El sudor brotó en su piel y sus piernas se sintieron repentinamente débiles.

—Debo irme —deseó poder borrar el miedo que sus palabras provocaron en los rostros de las amigas de Genevieve, pero no tenía tiempo.

Salió corriendo del baile, subió a su carruaje y ordenó que lo llevaran a casa. Cambiaría su ropa, reuniría a su personal, al mayordomo y a todos si era necesario, y comenzaría a buscar por todo Londres.

Si Genevieve estaba en problemas, la encontraría y la salvaría antes de que fuera demasiado tarde.

Minutos después, llegó a casa. Saltó del carruaje, gritando órdenes apenas entró en la casa. Subió las escaleras corriendo y se encontró con su ayuda de cámara en el pasillo, que llevaba varias prendas de ropa escaleras abajo.

—Steven, ayúdame a cambiarme. No puedo encontrar a Lady Tyndall y temo que algo desafortunado haya ocurrido esta noche. Necesito tu ayuda —entró en su habitación, arrancándose el pañuelo del cuello y escuchando a su ayuda de cámara seguirlo de cerca.

—Mi señor, si me permite...

—He buscado en cada baile y fiesta de Londres esta noche, y no se la encuentra por ninguna parte. Necesito que nuestros lacayos más grandes y fornidos registren los terrenos de Vauxhall. Yo proporcionaré el vehículo y enviaré a mi hombre de negocios para reunir ayuda de tantos vigilantes de Londres como podamos contratar. Debemos encontrarla.

—Mi señor.

—Envía un mensaje al padre de su señoría, el duque. Él me ayudará a encontrarla.

—Lord Tyndall, permítame hablar un momento —su ayuda de cámara casi gritó.

Beckett levantó la vista mientras se quitaba los zapatos de noche para reemplazarlos por botas de montar. —¿Qué sucede, hombre? Debemos actuar con prisa.

—Mi señor, Lady Tyndall está dormida en su habitación. Ha estado en casa durante horas, regresó apenas una hora o dos después de salir esta noche para el baile de Vauxhall. No hay necesidad de enviar un grupo de búsqueda, pues su señoría está a salvo en la habitación de al lado.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

GENEVIEVE SE DESPERTÓ sobresaltada cuando una mano presionó su pierna y un peso se acomodó a su lado en la cama.

Se incorporó, parpadeando en un intento de aclarar su visión. —Beckett, ¿qué...? —Se acomodó contra el cabecero e intentó enfocarlo en la habitación en penumbra—. ¿Qué haces aquí? Me has asustado.

Él se pasó una mano por el pelo y suspiró, un sonido rico en alivio. —Ah... hay algo de lo que tenemos que hablar.

El miedo se instaló en su estómago, y se agarró el abdomen. ¿Habría hecho algo que no debía? ¿Habría encontrado finalmente consuelo en los brazos de otra, una idea que ella había estado temiendo desde el momento en que él dijo que su matrimonio no era más que un deber?

—¿Qué ocurre? —Lo observó, preparándose para el daño que vendría, el golpe contra su corazón—. ¿Ha pasado algo?

Él alcanzó la vela al lado de la cama, caminó rápidamente hacia el fuego y la encendió antes de regresar, dándoles luz.

Ahora podía verlo; parecía desaliñado y cansado, y una sombra de barba recién crecida oscurecía su hermosa mandíbula.

Instintivamente, le tocó la mejilla, esperando que no estuviera a punto de romperle el corazón.

—Tu hermano vino a Whites esta noche, exigiendo que fuera a recogerte del baile de Vauxhall. Dijo que no era apropiado que estuvieras allí sola, y que otros lo habían mencionado. Pensé que habíamos acordado que no asistirías, así que me sorprendió oír que estabas presente.

Ella entrecerró los ojos, no deseando tener otra discusión sobre los eventos sociales a los que asistía, pero algo andaba mal. Algo le decía que Beckett no era él mismo en este momento.

—Te pedí que me acompañaras y te negaste. Si deseas seguir asistiendo a diferentes eventos sociales, entonces sí, habrá algunos a los que yo asista que quizás no te gusten.

—Genevieve, era peligroso, y cuando fui a Vauxhall...

—¿Asististe al baile de Vauxhall? No te vi allí.

—Bueno, no, tampoco pude encontrarte, y entré en pánico. Busqué por todas partes, regresé

a Mayfair, y creo que asistí a todos los eventos sociales de Londres esta noche. Estoy seguro de que parecía un loco, pero estaba frenético. Pensé que algo te había pasado. Tus amigos no sabían dónde estabas, y al regresar a casa, a punto de reunir al personal para empezar a buscarte, me informaron que estabas en la cama todo el tiempo.

No debería haberlo hecho, pero sus labios se curvaron ante la idea de que la hubiera buscado. ¿Significaba esto que se preocupaba por ella? ¿Que no era tan inmune al afecto y, se atrevía a esperar, al amor?

Una emoción que ya no podía negarse a sí misma. Lo adoraba. En verdad, no importaba cuán enloquecedor fuera, nunca había dejado de amarlo, desde su infatuación infantil, incluso durante sus años de enfrentamientos, hasta su matrimonio.

Lo amaba y no podía negar esa verdad.

—Vauxhall fue de poco valor de entretenimiento, y regresé a casa después de solo una hora más o menos de haber llegado allí. Lamento haberte preocupado tanto.

Él asintió, pero siguió pareciendo preocupado. —Y eso es de lo que también quería hablarte.

—¿Ah, sí?

Se frotó la mandíbula con la mano, mirándola a los ojos. —Me di cuenta de algo esta noche que me he estado negando. Durante semanas, he estado distante, tratando de continuar mi vida como antes de que nos casáramos.

—¿Te has acostado con otra mujer? —La idea le daba ganas de vomitar.

Frunció el ceño, negando con la cabeza. —Dios, no, eso no. No he tenido el deseo de acostarme con nadie más que contigo, y eso es a lo que voy, Genevieve.

Ella tragó saliva ante el pequeño destello de esperanza que se encendió dentro de ella. ¿No estaba sola en sus sentimientos por el hombre que tenía delante? —Continúa —dijo, mientras la anticipación se apoderaba de su corazón.

—Sabes que perdí a mis padres cuando era joven, y tu hermano, mi amigo, me ofreció su familia para guiarme y apoyarme y acogerme en vacaciones y Navidad. Siempre estaré agradecido al duque y a la duquesa. —Hizo una pausa, frotándose las manos por las piernas del pantalón, sus dedos temblando de nervios—. Pero esa no es la razón por la que me casé contigo, aunque lo haya dicho así.

Ella permaneció en silencio, asimilando sus palabras y tratando de controlar los latidos de su corazón. —¿Por qué te casaste conmigo si no fue por deber, Beckett?

Él la observó, sus ojos ardiendo de miedo y, se atrevía a pensar, amor. —Porque de alguna manera, en algún momento desde nuestro primer beso en la mascarada, me he enamorado de ti. La idea de que te casaras con alguien más me repugnaba y me provocaba un miedo tan profundo que no podía ver con claridad. Te seguí aquella noche con el señor Venzellons no por casualidad, sino porque de ninguna manera iba a permitir que se casara contigo. Que te llevara lejos de Inglaterra, de tu hogar, de mí.

—Oh, Beckett...

Él se arrancó de la cama y caminó de un lado a otro. Ella lo siguió. —He temido amar de nuevo después de que murieran mis padres, y luego esta noche, cuando no pude encontrarte en ninguna parte, ese miedo se apoderó de mí por partida doble, me volvió loco, y me arrepentí de todo. Me arrepentí de no haberte dicho que te amaba. Que eres todo lo que siempre quise y no sabía que necesitaba. La idea de que pudiera perderte también, que estuvieras herida, lesionada, que hubieras sido víctima de hombres indeseables, fue suficiente para hacerme perder la cabeza.

Ella lo miró fijamente, incapaz de creer lo que estaba diciendo, pero tan agradecida de que estuviera siendo honesto.

Por fin.

—Nunca quise volver a sentir la pérdida que experimenté cuando murieron mis padres. Al amarte, me expondría a experimentar esa pérdida de nuevo si algo te sucediera. Pero después de esta noche, me di cuenta de que amarte, adorarte y estar contigo, y entregarte mi corazón, supera con creces cualquier temor que albergue. Prefiero amarte con todo mi ser que vivir sin amor ni afecto el resto de mi vida. Eso no es vida en absoluto.

Sin decir una palabra, Genevieve atrajo a Beckett en un fuerte abrazo. Lo sostuvo y pasó su mano por su espalda, intentando calmar el miedo que aún corría por su cuerpo.

Los músculos bajo sus manos estaban tensos, y podía sentir su corazón latiendo rápidamente contra el suyo.

—Lamento que te hayas preocupado tanto, pero de verdad, estoy bien. Pero te prometo que no asistiré a otro evento como el baile de Vauxhall sin que estés a mi lado.

—No te dejaré fuera de mi vista —rio él sin mucho entusiasmo, abrazándola con fuerza.

—¿Beckett? —preguntó ella, mirándolo.

—¿Sí? —La miró, inseguro y vulnerable. Más de lo que ella jamás lo había visto en su vida.

—Yo también te amo.

Él sonrió con suficiencia ante sus palabras y la levantó en sus brazos. —¿De verdad?

—Nunca dejé de hacerlo, y esa es la verdad. Yo también te amo. Por más enloquecedor que te encuentre, no puedo evitarlo.

Él rio y los llevó a la cama. Cayeron sobre el colchón, sus piernas entrelazándose, su corazón lleno de adoración y deseo.

—También tengo una confesión.

—¿Otra? Estás ocupado esta noche —rio ella, deslizando sus manos sobre sus hombros y atrayéndolo hacia sí. Su beso fue suave, y su cuerpo anhelaba la liberación—. ¿Qué es? —preguntó.

Él la miró fijamente, sus miradas entrelazadas. —Siempre he amado tu cabello rojo y ardiente. Sé que te molestaba y hería tus sentimientos, pero solo era porque necesitaba mantenerte a distancia. No quería admitir que incluso cuando éramos niños, pensaba que eras la niña más bonita que jamás había visto.

Genevieve se mordió el labio, su visión de él borrosa por las lágrimas. —¿Siempre has

amado mi cabello rojo? No puedo creerlo.

—Créelo —dijo él, besándola de nuevo. Alcanzó su camisón, y ella lo ayudó a quitárselo por las caderas y sacárselo del cuerpo. Él se arrodilló, quitándose rápidamente el chaleco y la camisa, sus pantalones siguiéndoles de cerca. Se unieron de una manera enloquecedora y desesperada que ella nunca había sentido antes.

Él embistió dentro de ella, tomándola, haciéndola suya, poseyendo cada parte de su alma. Ella se la entregó, al amor que tenían y a la vida que disfrutarían.

—Genevieve, eres tan hermosa. Te amo —susurró contra sus labios.

Ella lo besó de vuelta, entrelazó sus pies detrás de su espalda y lo tomó profundamente. Amándolo tanto en cuerpo como en alma. —Yo también te amo.

Llegaron juntos, duro y rápido, la embriagadora convulsión de sus cuerpos al unísono era todo lo que ella siempre había deseado. Tan correcto, tan perfecto.

—Beckett —Su nombre salió como una súplica, una promesa de ser suya para siempre.

Pero entonces, ella siempre había sido suya. Simplemente tuvo que esperar a que él se diera cuenta de que él también siempre había sido de ella.

—¿Cómo voy a mantener mis manos alejadas de ti ahora? Soy un libertino condenado.

Ella sonrió, pasando sus manos por su cabello, bebiendo la vista de su apuesto rostro, el hermoso encanto de su marido que le quitaba el aliento. —¿Quién dijo algo sobre mantener nuestras manos alejadas? Estamos casados. Podemos hacer lo que queramos, cuando y donde deseemos.

Él gruñó, su virilidad endureciéndose de nuevo dentro de ella. —Eres muy traviesa, Lady Tyndall.

—No tienes ni idea —bromeó ella, haciéndolo rodar sobre su espalda y mostrándole cuán traviesa podía ser.

EPÍLOGO

GENEVIEVE Y BECKETT fueron recibidos en la mansión londinense del duque D'Estel, tan grandiosa como la del padre de ella. Los condujeron al salón, que daba a la magnífica terraza.

Lady Charlotte los saludó cuando el lacayo anunció su llegada y se acercó para besar la mejilla de Genevieve en señal de bienvenida. —Gracias por venir hoy. Lamento no haber podido asistir a vuestra pequeña cena la otra semana. Me temo que aún estoy terriblemente dolorida.

—¿Cómo está tu dedo? —Se sentaron, y Genevieve extendió la mano para examinar el dedo de Charlotte, que se había roto al caer de su caballo en Hyde Park tres semanas antes.

—Desafortunadamente, me duele terriblemente y me resulta difícil sostener los cubiertos, así que una cena no habría sido una buena idea. Pero la férula está ayudando, y espero que en tres semanas más esté curado y pueda regresar a la temporada para terminarla con vosotras y Matilda.

—Yo también lo espero —dijo Genevieve. Beckett le tomó la mano y la colocó sobre su regazo.

Charlotte sonrió al ver sus dedos entrelazados y arqueó una ceja. —¿Y qué celebrabais con esa cena? Matilda no quiso decírmelo, dijo que queríais informarme vosotros mismos, aunque intenté con todas mis fuerzas sonsacarle la verdad.

Genevieve rio, recordando que le había dicho a Matilda que si se lo contaba a Charlotte antes de que ella tuviera la oportunidad, no la invitaría a ninguna futura cacería en su finca campestre. Una actividad que Matilda disfrutaba enormemente cuando estaba en la casa familiar en el campo.

—Bueno, queríamos decírtelo cara a cara: voy a tener un bebé. El médico lo confirmó la semana pasada, y nacerá antes de la próxima temporada, así que es posible que pueda volver a Londres con todas vosotras el año que viene. Pero ya veremos.

Los ojos de Charlotte se abrieron de par en par antes de levantarse de un salto y abrazar fuertemente a Genevieve. —Oh, mi querida amiga. Un bebé y un marido en el mismo año. Estoy tan feliz por vosotros, por los dos.

—Gracias —dijo Beckett, poniéndose de pie y besando a Charlotte en la mejilla antes de que estallara en un mar de lágrimas—. Vamos, vamos, nada de eso. Son buenas noticias —dijo, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Lo sé, pero es que estoy tan feliz por vosotros. Siempre supimos cuánto te amaba Genevieve, y veros a los dos tan felices juntos y formando una familia, bueno, ¿cómo no llorar?

Genevieve rio y se sentaron justo cuando un lacayo entró con una bandeja de té, pastel y galletas.

—Yo también la adoro, así que el sentimiento es mutuo. Volveremos a mi finca campestre al final de la temporada, así que podrás disfrutar de nuestra compañía hasta entonces. Tal vez podría presentarte a un caballero o dos. Encontrarte un marido también.

Charlotte rio y les sirvió una taza de té a cada uno. —Gracias, pero no, seré perfectamente capaz de encontrar mi propio marido.

En ese momento, la voz de un caballero irrumpió en el salón, y Charlotte se puso de pie, con una expresión de sorpresa y deleite cruzando su rostro antes de controlarse.

—Oh, os ruego me disculpéis, Lady Charlotte. No sabía que ocupabais la sala. Volveré más tarde cuando hayáis terminado.

—Señor Alexander Richards —dijo Beckett, levantándose y acercándose al hombre que Genevieve no podía dejar de mirar. Qué caballero tan apuesto, ¿y quién era? ¿Y por qué irrumpía en el salón de Lady Charlotte?

Miró a su amiga, pero encontró a Charlotte también mirando al hombre, con una mirada de asombro y adoración.

Interesante...

—Lord Tyndall, buenas tardes. Me alegro de veros de nuevo. Ha pasado algún tiempo.

—Sí, así es. Años, de hecho. ¿Qué hacéis aquí?

El señor Richards miró a Lady Charlotte y juntó las manos frente a él. —Soy el administrador del duque D'Estel.

—¡Por Dios! ¿Lo sois? Bueno, eso es bueno para vos, y si alguien sabe de finanzas, ese sois vos. Me alegro de veros de nuevo. Os hemos echado de menos en las casas de juego. Siempre mantenéis a los jugadores en su mejor momento.

—Ah, bueno, sí. Pero rara vez juego estos días.

Beckett rio. —Un buen plan. —Volvió a sentarse junto a Genevieve y Charlotte permaneció de pie, mirando al señor Richards mientras este le devolvía la mirada a su amiga.

¿Qué estaba pasando aquí que ella no sabía?

—Bueno, os dejaré con vuestro té.

—Podéis uniros a nosotros si lo deseáis, señor Richards. Sois más que bienvenido —dijo Charlotte, dedicándole al señor Richards la sonrisa más dulce que Genevieve había visto jamás dirigida a alguien.

Él se aclaró la garganta, pero descartó sus palabras con un gesto. —Lamentablemente, debo declinar. Tengo mucho que hacer. Me alegro de veros de nuevo, Lord Tyndall. Buenas tardes, Lady Charlotte, Lady Tyndall.

Se marchó entonces, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí. Genevieve miró a

Charlotte a los ojos, notando el rubor que besaba las bonitas mejillas de su amiga.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó sin dudarlo.

Charlotte frunció el ceño e intentó parecer confundida. Una total falsedad porque conocía a su amiga, y en ese momento estaba ocultando algo.

—No sé a qué te refieres —respondió Charlotte inocentemente.

—Sí que lo sabes. Te gusta el señor Richards, y él lo sabe. Tampoco podía apartar los ojos de ti.

—No seas absurda, Genevieve. Estás tan llena de amor estos días que lo ves donde no existe en otros lugares.

—No es así en absoluto. Te gusta, y si soy buena juzgando el deseo de un hombre, tú también le gustas a él.

Charlotte luchó por no sonreír. —No, estás equivocada.

—Oh, no, no lo estoy.

—Sí lo estás, ahora basta de hablar de mí. Cuéntame más sobre cómo te sientes.

Genevieve dejó pasar la línea de interrogatorio, pero eventualmente se lo sacaría. Miró a Beckett, quien le devolvió una sonrisa, moviendo las cejas antes de que comenzaran a hablar sobre el bebé y sus planes para el resto de la temporada.

Pero seguramente sería interesante, especialmente si su amiga, la hija de un duque, estaba encaprichada con un mayordomo.

Genevieve no podía esperar para ver cómo se desarrollaba todo, con suerte con un felices para siempre, como el que a ella le habían regalado.

Charlotte no merecía menos.

[Suscripción al boletín](#)

Y si te apetece, ¡suscríbete a mi boletín para leer el capítulo exclusivo de ***Medianoche en Mayfair***, el libro 2 de ***La Sociedad 1777*** antes que nadie! Además, mantén un ojo en tu bandeja de entrada para más regalos especiales relacionados con libros en los próximos días.

[¡SUSCRÍBETE AQUÍ!](#)

OTRAS OBRAS DE TAMARA GILL

La Sociedad 1777

Amoríos y Duques

Los York Rebeldes

Las Incontrolables Woodvilles

Liga de Caballeros Incasables

Besa al Marginado

Casarse con un pícaro

Lords de Londres

Casa Real de Atharia

Amor escocés a través del tiempo

Una Temporada Robada

Londres Escandaloso

Alta Mar y Grandes Apuestas

Hijas de los Dioses

LIBROS INDEPENDIENTES

Rendición Desafiante

Convenio Atrevido

Pecar con Escándalo

Forajidos

ACERCA DE LA AUTORA

Tamara es una autora australiana que creció en una antigua ciudad minera al sur de Australia, donde se originó su amor por la historia. Tanto es así, que hizo que su querido esposo viajase al Reino Unido con ella para celebrar su luna de miel, momento donde le arrastró desde los monumentos históricos hacia los castillos y viceversa.

Es madre de tres, dos pequeños caballeros en crecimiento, y una futura lady (eso espera ella) y un trabajo de medio tiempo la mantienen ocupada en el mundo real, pero cada vez que encuentra un momento de paz, ama escribir novelas románticas en una plétora de géneros, incluyendo las regencias, el medievo y viajes en el tiempo.

